JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal



Robó el CORAZÓN de un Mafioso

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO VII

JÉSSICA MACEDO

Robó el CORAZÓN de un Mafioso

HEREDEROS DE LA MAFIA
LIBRO VII

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Copydesk

Patty Trigo

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho

Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Capítulo cincuenta y nueve
Capítulo sesenta
Epílogo
Informazioni sull'autore
Leggi anche:
Social network (dall'editore)

Sinopsis

Nicolae Bellucci es el contador de la mafia italiana. Brillante y estratégico, trabaja cuidando el activo más poderoso de su familia: el dinero. Metódico, fue adoctrinado desde pequeño para seguir su propósito y no pensar en nada más que en su trabajo.

Ilza Smith creció en la calle y tuvo que aprender desde muy pequeña a ser una sobreviviente. Huyendo de monstruos, no esperaba cruzarse en el camino de uno de los hombres más poderosos de Italia y robarle un bien preciado que lo haría perseguirla.

Obligada a cumplir una misión imposible, la ingenua joven tendrá que acercarse al mafioso y descubrirá lo mucho que necesita de su protección.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana o rusa.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de una novela negra, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

Para mi querida lectora Ilza ♡



Nicolae

Capítulo uno

—Vendan ya las acciones —anuncié a mis empleados, que estaban atentos a todas mis órdenes.

Aceptaron y ganamos miles de euros solo con esa transacción.

Pensativo, atravesé la enorme sala con varios puestos de trabajo y me acerqué a la pared de cristal que me permitía contemplar el paisaje de Roma al atardecer. El moderno edificio que mi padre construyó estaba un poco alejado del centro histórico de Roma, formado por viejos edificios de cientos o miles de años que atraían a un enorme volumen de turistas. No podía quejarme, la afluencia ayudaba a impulsar el negocio. La capital italiana era la cuna de la civilización, la ciudad donde siempre había vivido y donde mi familia dirigía su imperio. Aquella metrópoli estaba acostumbrada a los grandes líderes y hacía unos años nos había tocado a nosotros. Mientras todos tenían los ojos puestos en los monumentos y el Vaticano, nosotros controlábamos el juego y dictábamos las reglas del mundo.

Como contador de la mafia, hacía mi magia, convirtiendo lo ilegal en legal y blanqueando el dinero que entraba de la calle. No era un trabajo fácil, controlaba muchas propiedades y bienes, donde cada detalle importaba y no podía descuidarme en ningún momento. Podía parecer fácil, con un flujo constante de gente y la posesión de muchos establecimientos por la ciudad, como cafeterías, restaurantes y hoteles, ayudaba a disimular el volumen de dinero que se movía por el tráfico y el contrabando, pero precisamente por eso no podía relajarme y dejar que nuestros enemigos notaran un fallo.

Nos habíamos ocupado de Sebastián el año pasado, el maldito director de la Interpol que se había acercado a mi hermana con la intención de manipularla. Todavía no confiaba plenamente en él, pero parecía que el policía había cambiado de bando por amor. Sin embargo, eso no significaba que no hubiera otros pisándonos los talones.

Mi móvil empezó a vibrar y lo saqué del bolsillo. Vi el número de Dante y contesté sin dudarlo. Mi primo estaba cada vez más cerca de ocupar el trono de su padre y ya se estaba posicionando como tal. Por mucho que pensara que mi trabajo no cambiaría mucho, cuando el Don se convirtiera finalmente en el heredero, sería oficialmente un traspaso de poder a la siguiente generación y la jubilación de mi padre y mis tíos.

—¡Hola Dante!

—¿Por qué falta en el informe la cifra de facturación para el oeste de Roma? —Fue directo al grano, sin tiempo para formalidades ni saludos.

—Niel Santiago aún no ha hecho el ajuste.

—¿Y no se me informó de esto?

—Thiago le hizo una visita ayer y le dio de plazo hasta hoy a mediodía para entregarle el dinero.

—¿Y?

—Mi equipo ya está trabajando en ello. Al final del día será legítimo en nuestras cuentas.

—Avísame cuando todo esté bien.

—De acuerdo, jefe.

—¿Y el pago a los colombianos del envío de la semana que viene?

—Se hará el viernes, entregado por drone.

—Te espero mañana para nuestra reunión. —Ni siquiera me dio opción.

—Iré a la mansión —dije, sin más remedio.

—Te estaré esperando allí.

—Hasta luego, Dante. —Terminé la llamada y guardé el móvil.

Volví con mis hombres y me centré en ultimar los asuntos pendientes del día y en mantener al día todos los informes para que Dante pudiera comprobarlos. En la mayoría de los asuntos, él ya había tomado la iniciativa, y lo único que quedaba era satisfacer a su padre y mantenerlo al corriente de todos los detalles.

Ya era de noche cuando salí de la empresa y conduje mi Ferrari por el centro histórico de Roma. Pasé cerca de las murallas de la Ciudad del Vaticano y estacioné el coche en la esquina de una calle cercana, en el único espacio que milagrosamente había encontrado entre los muchos coches que inundaban las calles de esa parte de la ciudad. Por no hablar de que las estrechas calles no ayudaban mucho. No es de extrañar que la mayoría de los residentes optaran por vehículos pequeños.

Mi familia había heredado una vena religiosa que nos afectaba a todos, especialmente a mi *nona,* que nos recordaba las costumbres y la fe siempre que podía. Sin embargo, lo que más me atraía de aquella ciudad no era precisamente el aspecto divino, sino la historia. Aquellas murallas reunían al menos una pequeña parte de todo lo que había sido la humanidad desde el principio de los tiempos. Aunque me decepcionaron algunos de los monumentos que se

transformaron y borraron con el auge del cristianismo.

Con mi influencia y todo el poder de mi familia, pude acercarme lo suficiente para conocer piezas milenarias que fueron importantes para escribir el pasado. Si tuviera un pasatiempo, podría ser este: acercarme a la historia y explorar las huellas que dejaron las personas que vinieron antes que yo.

Había un enorme flujo de turistas mientras caminaba por la plaza de San Pedro, grupos de turistas que seguían a los guías de un lado a otro, hablando en diferentes idiomas. Todos los días, el mundo se reunía allí para admirar la religión y la historia. Una de las mayores colecciones estaba allí ante mis ojos. A lo largo de varios siglos, la iglesia había acumulado bienes y obras de arte de distintos países del mundo, y al igual que yo, otras personas acudían allí para admirarlos.

En el centro podía ver la Basílica de San Pedro, con su majestuosa cúpula elevándose más allá de las columnas que rodeaban la plaza ovalada con un obelisco en el centro y una fuente a cada lado. El resto de mi familia evitaba esa parte de la ciudad a menos que tuviéramos asuntos que atender. Había demasiados turistas, gente paseando, guías y vendedores ambulantes de recuerdos. Pero era mi forma de relajarme después de un largo día.

Estaba distraído, caminando, cuando alguien chocó conmigo.

—Lo siento —dijo en inglés.

Apenas levantó la vista y no pude verle bien la cara. Pasó de largo, avanzando hasta perderse entre un grupo de turistas. Por lo que pude ver, era una mujer esbelta, con el pelo corto y negro hasta los hombros.

Parpadeé, soltando esa imagen. Solo era una mujer torpe de la que no debería haberme preocupado, hasta que...

Levanté el brazo derecho y me di cuenta de que me faltaba el reloj. No era un reloj de oro caro, como los que venden en las joyerías, sino uno que mi padre y yo habíamos arreglado juntos hacía años.

—¡Maldita sea! —murmuré en voz baja.

No era el tipo de accesorio que perdería u olvidaría en algún sitio. Para que no estuviera conmigo, alguien debía habérmelo quitado.

Lo siento. La voz femenina resonó en mi mente como si estuviera a mi lado.

—¡Maldita ladrona!

Miré a un lado y a otro, tratando de identificar adónde se había ido. Corrí hacia la

multitud, buscándola. Sin embargo, fue como si se hubiera desvanecido como el humo. Su corta melena negra no aparecía por ninguna parte.



Uza

Capítulo dos

Me quité la peluca y la tiré a un cubo de basura, me puse unas gafas de sol y me puse la chaqueta del revés, con un estampado diferente para que no me identificaran si alguien intentaba buscarme.

Abrí mi bolso, comprobé rápidamente su contenido y vi los relojes, carteras y joyas que había conseguido entre la multitud de turistas que se habían congregado frente a la Basílica de San Pedro.

Desde que me quedé huérfana, había aprendido por las malas que sobrevivir sola no era la tarea más fácil. Mis padres eran drogadictos, la vida nunca había sido fácil para mí y desde muy joven había aprendido a valerme por mí misma. Con el tiempo me había convertido en una nómada, dejando Londres para ir de una ciudad a otra, viajando por toda Europa y desapareciendo cuando llamaba demasiado la atención.

Seguí caminando por la calle con el pecho hinchado y aire confiado. Con mi ropa de lujo, confeccionada por íconos de la moda europea, y el bolso que costaba miles de euros. Nadie pensaba que yo pudiera ser una ladrona. Así era muy fácil mantener el disfraz allá donde fuera.

Hacía tres días que había llegado a Roma y desde entonces había conseguido varios objetos de valor, por no hablar del dinero en efectivo que había sacado de los bolsos y carteras de algunos turistas distraídos. Hago señas a un taxi, que se detiene junto al cordón y espera a que suba al asiento trasero.

—Estación Termini, por favor —pedí en italiano.

—Sí, señorita.

Una de las ventajas de viajar por el mundo fue que aprendí varios idiomas. Hablar los idiomas de la gente me ayudó a acercarme a ellos y a que desconfiaran menos de mí. ¿Quién iba a decir que una joven encantadora era una ladrona muy perspicaz?

Me estaba alisando el pelo cuando miré por el retrovisor central y vi que un Ferrari negro doblaba la esquina y venía hacia nosotros. Al principio pensé que era una impresión mía, pero al segundo me di cuenta de mi preocupación.

—¿Nos está siguiendo ese coche? —le pregunté al conductor.

—No lo creo.

—De acuerdo.

Su respuesta no bastó para disipar mis sospechas. Me había acostumbrado a vigilar y eso era crucial si quería seguir con vida.

—¿Podemos ir un poco más rápido?

—Estamos en el límite de velocidad.

—Por favor...

Resopló, pero acabó asintiendo.

En cuanto tomó velocidad, el coche de detrás hizo lo mismo y no tuve ninguna duda de que estaba detrás de mí.

Gemí en silencio, sin saber qué esperar. Podía ser un policía de civil o cualquier otra persona que tuviera idea de quién era yo.

De repente, nos detuvimos en un semáforo en rojo, lo que paralizó el tráfico. Solo había un coche entre nosotros y el Ferrari que nos seguía y eso me puso aún más tensa.

—Creo que tengo que irme ya.

—¡Señorita!

Apenas le di tiempo al conductor a cuestionarme antes de inclinarme hacia delante y pulsar un botón en su puerta que abrió todas las demás. Salí en cuestión de segundos e intenté correr hacia la acera, pero me esquivó por poco una Vespa que cortaba camino entre los coches.

—¡Oye! —gritó el taxista, porque yo me escapaba sin pagar, pero ni siquiera miré atrás.

Puede que el otro coche no me estuviera siguiendo, pero era mejor que no me arriesgara para estar segura.

Corrí por la acera hasta llegar a una calle más estrecha, respiré aliviada y caminé un poco más despacio. Probablemente era la impresión que tenía de alguien que siempre necesitaba ir un paso por delante de los demás.

Salí a otra calle, con cafés y tiendas de fachadas antiguas. Me alisé el pelo y seguí caminando por la calle como si nada hubiera pasado hasta que volví a ver la Ferrari, doblando la esquina, y mi corazón volvió a dar un brinco.

Gruñí en voz baja y empecé a correr. Mis tacones no eran los zapatos más adecuados para esto, pero no podía quedarme esperando a ver qué quería de mí quienquiera que me estuviera siguiendo.

La Ferrari aceleró hasta que estuvo a mi lado. Por mucho que corriera, no era más rápida que un coche así.

Al darme cuenta de que no podía quedarme allí, entré en uno de los restaurantes, corriendo entre las mesas y provocando los gritos de la gente.

—¡Disculpe! —Empujé a un camarero y este volcó la bandeja sobre un par de clientes que esperaban sus pedidos.

No paré de correr, ni siquiera cuando oí a la gente quejándose conmigo.

No estaba dispuesta a dejar que nadie me atrapara.

Encontré la puerta trasera del café y salí por ella, encontrándome con una pequeña calle con varios contenedores de basura.

Pensé que podría quedarme allí y recuperar el aliento unos instantes, pero entonces oí un grito procedente del interior del restaurante y me di cuenta de que quienquiera que me estuviera siguiendo no se había dado por vencido.

Empecé a correr de nuevo, siguiendo la salida del callejón.

—¡Oye! —oí gritar a alguien.

Me di la vuelta durante un breve segundo y ese fue probablemente mi mayor error, porque lo vi.

El pelo castaño, los ojos verdes y el exquisito traje que debía de costar más de diez mil euros. Recordé al último hombre al que había robado ese mismo día. Un precioso reloj de oro. Lo que no podía predecir era que un tipo como él vendría así por mí en lugar de llamar a la policía.

Nuestras miradas se encontraron y me miró fijamente durante unos instantes.

En cuanto dio un paso hacia mí, empecé a correr de nuevo. Mi tacón se enganchó en la tapa de una alcantarilla y se rompió, esquivando por poco mi tobillo. Dejé atrás los zapatos y seguí corriendo.

El hombre que me perseguía estaba cada vez más cerca, como si pudiera sentir su aliento en mi cuello.

Oí sus pasos detrás de mí cuando salimos a una calle nueva y consiguió agarrarme el bolso, que sujetaba firmemente en el hombro. No tuve más remedio que soltarlo, porque la fuerza con que lo sujetaba le hizo desequilibrarse, empujando su cuerpo hacia atrás, lo que me dio unos instantes para seguir corriendo.

Entré en una estación de metro y seguí bajando, corriendo tan rápido como pude y saltando la valla de seguridad, atrayendo la atención de uno de los guardias.

Un hombre corriendo detrás de mí no era suficiente, ahora tenía dos. Corrí tan rápido como pude hasta el andén y me subí al primer tren que pasó. En cuanto se cerraron las puertas, vi al hombre al que había robado el reloj. Golpeó con las manos las puertas del tren, pero no se abrieron. Afortunadamente, el tren se puso en marcha antes de que pudiera alcanzarme.

Respiré hondo y me alejé, buscando un lugar vacío donde poder sentarme.

Exhalé e inhalé de nuevo con intensidad, apoyando las manos en las rodillas. En cuanto disminuyó la adrenalina, el dolor me abrumó.

Punto positivo: había conseguido escapar. Punto negativo: había perdido mi bolso y todo lo que había robado ese día.



Nicolae

Capítulo tres

Observé el metro hasta que desapareció. La mujer había huido, pero se había dejado el bolso. Cuando lo abrí en cuanto volví a mi coche, encontré mi reloj, que había utilizado para localizarla, y las pertenencias de varias otras personas a las que también habían robado.

—¡Maldita ladronzuela! —gruñí.

La verdad era que me fastidiaba no haber conseguido atraparla. Muy pocas personas se me escapaban de las manos. Sin duda, mi padre me habría dicho que la dejara escapar. Los ladrones callejeros eran habituales en Roma, sobre todo cuando la ciudad estaba llena de turistas extranjeros con euros de sobra. Desde luego, la mujer no tenía ni idea de quién era yo y de lo peligroso que era cruzarse en el camino de un Bellucci.

El tablero de mi coche se iluminó con una llamada y resoplé al ver el nombre que aparecía en la pantalla. No estaba del mejor humor y preferí callarme.

—Vincenzo, ¿qué pasa? —refunfuñé mientras respondía a la llamada con un botón del volante.

—Te has olvidado de mí todo el día, empiezo a pensar que ahora por fin me he ganado la confianza de la familia.

—Ja, ja —gruñí ante su tono de burla—. Querías arrestarnos y te estás tirando a mi hermana. Créeme, nunca confiaremos en ti.

—También pensé que nunca trabajaría en la mafia y, ¿mira dónde estoy ahora?

—Olvídalo.

—¡Como quieras! —Adoptó un tono más serio—. Tenemos asuntos que atender.

—No es un buen momento.

—Yo que tú prestaría un poco de atención, a menos que el interés de la Unión Europea por las finanzas de Bellucci no sea algo de lo que quieras estar informado.

—¿Cómo lo sabes?

—Todavía tengo mis contactos.

—¿No nos estás llevando a una trampa?

—Nicolae, tengo una hija y una esposa a las que proteger.

—¿Le has dicho algo a Ettore y a los otros?

—Decidí llamar primero a mi cuñado favorito. —Su libertinaje no contaba a su favor.

—Entendido.

—¿Qué te pasó?

—Nada.

—Tienes mal humor, pero no sueles tenerlo.

—No me pasó nada.

—De acuerdo. Si quieres hablar...

—Contrataré a un terapeuta.

—De acuerdo. —El maldito francés con el que se había casado mi hermana se reía al otro lado de la línea—. Entonces no digas que no te ofrecí ayuda.

—Pasa la información que tienes a mi hermano y deja que Ettore la analice.

—Bien, lo haré.

—Hasta luego.

—Adiós.

Colgué la llamada y volví a mi casa. Era tarde y me di cuenta de que no ganaría nada quedándome allí pensando en una mujer que, si era lo bastante lista, ya estaría lo más lejos posible.



Uza

Capítulo cuatro

Cuando llegué al hotel donde me había alojado, estaba agotada. Era rápida, pero nunca había tenido que correr tanto. Fuera quien fuera aquel hombre, me había estado persiguiendo y por poco no me había alcanzado.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Un mozo de equipajes se me acercó al ver mi estado.

Estaba sudorosa, despeinada y descalza. Era como si me hubiera arrollado un tren a toda velocidad. Sin embargo, ese tren tenía la forma de un hombre de casi un metro con noventa, ojos verdes y pelo castaño claro.

—Me asaltaron.

Había perdido mi bolso, pero decir la verdad nunca había sido uno de mis puntos fuertes. Mi estado físico estaba bien justificado por esta respuesta.

—¡Santo Dios! —exclamó el hombre—. ¿Quiere que llame a la policía?

—No es necesario. Ya lo he denunciado. Ahora solo necesito un buen baño.

—¿Quiere que la acompañe a su habitación?

—No es necesario.

—¿Segura?

—Sí.

—De acuerdo. Llámeme si necesita algo.

—Gracias.

Subí en ascensor hasta mi habitación y me tiré en la enorme cama king size. Cuando te vestías ricamente y te alojabas en un hotel de lujo frente al coliseo, la gente no se daba cuenta de que podías ser una ladrona.

A lo largo de mi vida había aprendido que la imagen importaba mucho. Lo que la gente pensaba que eras acababa siendo más importante que lo que realmente eras.

Me relajé un rato, disfrutando de las suaves sábanas, hasta que me levanté. Fui al baño y llené la bañera.

Mi día se había echado a perder, todo lo que había robado estaba en esa bolsa, pero afortunadamente la caja fuerte estaba llena y no tendría que preocuparme por el dinero en los próximos días.

La semana siguiente tendría una reunión con un intermediario en Ginebra que tenía por

costumbre comprar las joyas y otros artículos de lujo que yo robaba. No quería pagarme el precio de mercado por los artículos, pero teniendo en cuenta que eran robados, mi poder de negociación era reducido.

Me quité la ropa y me metí en la bañera. Suspiré profundamente mientras mis músculos se relajaban en la comodidad del agua caliente. Me encantaba el lujo. ¿A quién no? La buena vida era algo que atraía a todo el mundo, y conmigo no era diferente. Por mucho que no naciera en una familia afortunada ni tuviera oportunidades de estudiar, me las arreglaba para salir adelante.

Me sumergí en el agua hasta empaparme el pelo. La sensación de calma y paz era deliciosa y me permití disfrutarla al máximo.



Nicolae

Capítulo cinco

Llamé a la puerta de mi hermano varias veces hasta que alguien vino a abrirme. Nedja, mi cuñada, me miraba de pies a cabeza mientras trataba de identificar algo que respondiera a sus preguntas mentales.

—Nicolae, ¿estás bien?

—Sí. ¿Dónde está mi hermano? No respondió a mis llamadas.

—Jugando con nuestro hijo.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. —Dio unos pasos a un lado, abriéndome paso.

—¿Qué ha pasado? —Ettore salió del pasillo y caminó hacia mí.

—Intenté llamarte y no contestaste.

—Estaba jugando con Erkin. ¿Qué es, algo importante?

—Me gustaría que me ayudaras a localizar a alguien. ¿Es posible?

—¡Claro que sí!

—Gracias.

Caminé detrás de mi hermano hasta el despacho, él acercó una silla frente al ordenador y me indicó otra para que me sentara a su lado.

—¿Qué necesitas?

—Quiero encontrar una mujer.

—¡Oh! —Se apoyó en el respaldo, con cara de sorpresa—. No creo que sea la mejor manera. ¿Qué tal un sitio de citas?

—No es momento para bromas, Ettore.

—Bien. Entonces, ¿puedes decirme exactamente qué pasó?

—Estaba en la plaza de San Pedro y una mujer me robó el reloj que me había regalado papá. La localicé y conseguí recuperarlo, pero ella se escapó. Quiero encontrarla.

—Entendido. —Se puso más serio mientras procesaba la información—. ¿Dónde crees que puede estar?

—No tengo ni idea.

—¿Tienes una foto o alguna grabación donde pueda identificar la cara?

Negué con la cabeza.

—Sabes que es casi imposible.

—Tal vez pueda encontrar alguna huella digital aquí. —Le entregué el bolso que me habían dejado. Era un artículo de lujo que debía de costar al menos tres mil euros. La ladronzuela probablemente se lo había robado a otra persona.

—Veré qué puedo hacer. —La expresión de Ettore no era la más alentadora, pero teniendo en cuenta las opciones que tenía, no había mucho que pudiera hacer.

—Gracias.

Mi hermano recorrió la oficina en su silla de escritorio con ruedas y colocó la bolsa en una especie de escáner. El aparato la procesó y pronto dio algunos resultados.

—Tenemos al menos cinco huellas, incluyendo las tuyas. Pondré el resto en el sistema y veré qué puedo hacer.

Asentí, dejando que mi hermano hiciera lo que quisiera. Mientras los otros tres se dedicaban a los juguetes que desarrollaban con nuestro padre, a mí siempre me atrajo más el aspecto financiero, el dinero y toda la magia que podía hacer con él. El fraude bancario, la evasión de divisas y la elusión fiscal parecían un juego de niños comparado con todo lo que hacía para la mafia.

—¿Es ésa la mujer? —Señaló la imagen en la pantalla de su ordenador. Era una señora de al menos sesenta años, por mucho que intentara ocultar su envejecimiento mediante cirugía plástica y otros artificios.

—No.

—¿Y ésta? —Esa otra era más joven, pero bastante diferente de la cara que había visto.

—Tampoco.

—Entonces tu bolso es un callejón sin salida.

—¿Y las demás huellas digitales?

—No aparecen en ninguno de los sistemas en los que puedo buscar. Si es de otro país con un registro más rudimentario, quizá nunca la encontremos.

—De acuerdo.

—Solo es una ladrona, Nicolae. No importa. Recuperaste tu reloj y eso es lo que importa.

—Tienes razón. —Me levanté de la silla—. Siento haber interrumpido tu momento con tu hijo.

—No importa.

—Nos vemos mañana en la empresa.

—Hasta entonces.

Dejé la casa de mi hermano y volví a la mía. Ettore tenía razón. Ella solo era una ladrona y no había nada de qué preocuparse.



Nicolae

Capítulo seis

Dante estaba sentado a la cabecera de la mesa, con los dedos cruzados bajo el mentón y expresión pensativa. No había dicho nada desde que Ettore y Vincenzo habían comentado una posible amenaza de la policía. Aunque seguía desconfiando un poco de mi cuñado, algo que probablemente nunca desaparecería, se había esforzado por ser servicial y parecía estar de nuestro lado la mayor parte del tiempo.

—¿Puedes confirmar la información de Vincenzo? —Dante habló por fin, dirigiéndose a Ettore.

—Todo indica que realmente están mirando nuestras cuentas. —Mi hermano estaba junto a Thiago, con los brazos cruzados, y ni siquiera se movió.

—Nicolae, ¿debería preocuparme por algo?

Negué con la cabeza y mantuve la postura.

—No hay nada que pueda vincularse a nuestro nombre. Hago que todo el dinero que recibimos sea cien por ciento limpio.

—No quiero descubrir un dolor de cabeza más tarde —dijo seriamente—. Y mi padre aún menos.

—Ninguno de nosotros, Dante —reafirmó Lorenzo, que estaba sentado a su lado.

—La verdad es que no siempre se pueden cubrir todos los frentes. —Tuve que ser honesto—. Trabajamos con muchos hombres y mujeres que distan mucho de ser las mejores personas del mundo. Así que siempre es bueno tener en nómina a policías y políticos para hacer desaparecer cualquier posible problema.

—Por eso estoy aquí, para encargarme de los cabos sueltos —comentó Thiago con una sonrisa sombría.

—No todo se soluciona matando gente, Thiago —refunfuñé.

—Pero la mayoría de las cosas sí.

Mi hermano se rió de la afirmación de su amigo.

Estaba acostumbrado a los modales de Thiago y sabía que no se lo tomaba con calma cuando se trataba de liquidar a nuestros enemigos, pero creía que no todo tenía que resolverse siempre con un asesinato.

—Esto no es un juego de niños. —Dante entrecerró la mirada, serio, mientras jugueteaba

con un anillo de oro que llevaba en el dedo—. Cada uno de nosotros tiene un papel muy importante que desempeñar para que la mafia siga funcionando. Somos el futuro y no queremos defraudar a nuestros padres.

—Tranquilo, primo, la corona es casi tuya —bromeó Thiago.

—El liderazgo mafioso es algo más que un título.

—No he dicho lo contrario.

—Thiago, vuelve al tema, hermano —intervino Lorenzo. Ya estaba haciendo muy bien el papel de *consigliere*—. Estamos aquí para validar la información que recibimos del francés.

—No me fío del policía que se casó con Nina —reforzó el asesino.

En cierto modo, mi instinto de proteger a mi hermana también dudaba a diario del francés, pero en aquella situación tenía que ser racional. Estábamos tratando mis propios asuntos y no quería que la policía husmeara en las cuentas de mi familia, por mucho que yo respondiera de mi capacidad para darle la vuelta al dinero y dejarlo limpio.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, Nicolae? —Dante esperó mi posición.

—Identifica al equipo responsable de esta investigación, ve qué puedes hacer para neutralizarlos. Aunque creas que no vas a encontrar nada.

—Me gusta la idea de neutralizarlos. —Thiago se rió—. Solo necesito los nombres.

—Contrólate. —Lorenzo detuvo la excitación de su hermano—. Matar policías solo atraerá aún más atención hacia nosotros.

—Entiendo—refunfuñó Thiago de mala gana.

—Todos tienen algo que ocultar. Averigua sus secretos, Ettore —ordenó Dante—. Utilicémoslo a nuestro favor y neutralicemos la amenaza.

—Yo me encargo.

—Nicolae, pon atención extra a las operaciones.

Asentí con la cabeza.

Tenía que admitir que había estado un poco distraído desde que aquella ladrona se había cruzado en mi camino, pero no podía dejar que algo así acabara por perturbar los negocios de mi familia.

Ettore tenía razón, solo era una ladrona y mejor la dejaba pasar. Había recuperado mi reloj y eso era lo único que importaba.



Uza

Capítulo siete

Días después...

Otro hermoso día bajo el sol de Roma. Aquella ciudad tenía un aire agradable, a pesar de que los monumentos antiguos eran más viejos que la propia historia. Me gustaba estar allí, aunque sabía que no podría quedarme en esa ciudad para siempre.

Iba a acompañar de nuevo algunas excursiones turísticas y tomar un tren a Suiza a última hora de la tarde.

Me preparé, salí de la habitación y fui a desayunar al precioso restaurante con unas vistas magníficas que valían el viaje por sí solas. Me serví la comida y una buena taza de té con leche, al estilo inglés que tanto me gustaba. Todo aquel lujo fue algo a lo que me acostumbré muy rápidamente, a pesar de que venía de una vida difícil en la calle.

Siempre veía a los niños en sus preciosas casas de Westminster y pensaba qué hubiera pasado si yo hubiera nacido como ellos, con una familia afortunada. Pero yo me consideraba una sobreviviente que había aprendido a cuidar de sí misma y lo hacía muy bien.

Salí temprano por la mañana y me dirigí a un punto de encuentro frente al Coliseo donde comenzaba una de las visitas guiadas. Seguí al grupo, haciéndome pasar por uno de ellos y escuchando el tedioso discurso del guía turístico mientras aprovechaba pequeños momentos de distracción para robar joyas y carteras. En cuanto pude, me alejé de ellos y busqué otro grupo.

Estaba tan acostumbrada a hacerlo que creía que era mi arte particular. Mientras los pintores hacían gráciles movimientos pintando sus lienzos, yo bailaba suavemente abriendo cremalleras y guardando pertenencias dentro de mi bolso.

Se me había dado tan bien que podía robar una pulsera en pocos segundos sin que nadie se diera cuenta.

A última hora de la tarde, fui a la estación de tren que me llevaría a Ginebra. Pedí un café típico italiano y me senté en una de las mesas redondas de madera mientras contemplaba la puesta de sol en el horizonte.

Siempre estaba sola, me había acostumbrado a una vida así, pero no podía decir que no disfrutara de los mejores momentos. Disfrutaba de todo lo que podía y era feliz por ello.

En cuanto se anunció el embarque de mi tren en uno de los paneles, me levanté, tiré mi taza descartable de café a una papelera y caminé con mi pequeño bolso hasta el andén. Me

mezclé rápidamente con los demás pasajeros mientras buscaba mi asiento.

Otra cosa que la vida me había enseñado era a llevar poco equipaje.

Si necesitaba huir rápidamente, las maletas grandes siempre estorbaban y había que dejarlas atrás, generando pistas que podían llevar a la policía hasta mí. No podía olvidar que era una ladrona y que la policía me perseguía, aunque no se mencionara mi nombre y no hubiera nada que me incriminara.

Para vivir en ese mundo tenía que ser lista.

Durante las horas de viaje, observaba el paisaje y aprovechaba para dormir un poco. Siempre intentaba mantenerme alerta y a veces era difícil descansar.

Pronto llegué a Ginebra.

La temperatura cambió un poco al bajar del tren y me di cuenta de que tenía frío. Me abracé a mí misma por reflejo y abrí mi bolso en busca de un abrigo que había dejado allí. Por suerte, llevaba guantes la mayor parte del tiempo, lo que me ayudó.

Me sorprendí cuando un hombre con un pesado abrigo se abrió paso entre la multitud y se acercó a mí, tomándome por sorpresa.

—¿Ilza?

—¿Te conozco? —Agarré con más fuerza el asa de la mochila y miré a un lado y a otro, calculando posibles vías de escape por si necesitaba huir.

—Necesito que vengas conmigo. —Me ofreció la mano, esperando que lo acompañara voluntariamente.

Miré más de cerca al tipo, tenía mala cara, una cicatriz en la ceja y era calvo. Era la prueba evidente de que no se debe juzgar a una persona por su aspecto, pero a veces era difícil ignorar los instintos.

—Mi madre siempre decía que no debía hablar con extraños.

—No soy un extraño, Simon me envió.

¿Simon?

Él sabía el nombre de mi intermediario, pero eso no podía garantizar que él lo conociera de verdad.

—¿Dónde está él?

—Tienes que venir conmigo. —Extendió la mano, intentando agarrarme, pero fui más rápida y logré esquivarlo.

—No voy a ninguna parte. —Di unos pasos hacia atrás tambaleándome y miré a un lado y a otro, dándome cuenta de que otros tres tipos se acercaban, intentando rodearme desde todas las direcciones.

No solía ser el tipo de bienvenida que me daba Simon, lo que me hizo estar aún más segura de que me estaban tendiendo una trampa.

Empezaron a acercarse, miré a un lado y a otro, y para evitar que se acercaran demasiado, empecé a correr.

Pasé entre una familia, empujando a la madre sobre el niño y el padre enojandose conmigo, pero antes de que pudiera oír su regañina en alemán, seguí corriendo. Encontré una escalera que bajaba a la calle. Me abrí paso zigzagueando entre la gente, chocando con las personas y derribando sus pertenencias y equipajes. Si no hubiera estado intentando salvar mi propia vida, habría conseguido un buen botín.

—¡Fuera de mi camino!

Casi choco con una mujer que empujaba un cochecito.

El ejercicio físico no era mi fuerte, pero tendría que hacer más si quería seguir huyendo así.

Mi error fue mirar hacia atrás y darme cuenta de que había al menos cinco hombres persiguiéndome. Parecían mucho mejor preparados que yo y no se inmutaron ni un instante.

Intenté cruzar la calle, pero el semáforo estaba en verde y casi me atropella un coche que venía en dirección contraria.

Rodé sobre el capó, jadeando, con el pelo pegado a la cara por el sudor, pero no dejé de correr, porque sabía que era crucial para salvar mi vida.

Oí el rugido de una moto, podría haber sido cualquier moto, pero cada vez estaba más cerca. Por mucho que me dolieran las piernas, seguí corriendo. Hasta que el motociclista cruzó la acera delante de mí y la inercia casi me hizo caer sobre él.

Di unos pasos hacia atrás, pero antes de que pudiera escapar en otra dirección, el hombre de la moto sacó una pistola y me apuntó a la cabeza, haciéndome tragar saliva.

Aunque llevaba mucho tiempo en ese submundo, no estaba acostumbrada a ver armas de fuego, y mucho menos a que me apuntaran con una a la cabeza.

—Quédate quieta.

—¿Qué quieres de mí?

—Mi jefe quiere verte.

—No me había dado cuenta de que Simon había hecho amigos.

—No es Simon.

—¿Quién es?

—Ven y deja de hacer preguntas.

Dos de los hombres que corrían tras de mí me agarraron por los hombros y, por más que intenté forcejear, no pude liberarme. Me levantaron del suelo y me arrastraron hasta la parte trasera de un coche oscuro.

Golpeé el cristal con la mano, pero no pude escapar.

Intenté gritar, pero sentí el frío cañón de la pistola apretado contra mi nuca.

—Cállate o tus sesos mancharán ese vidrio.

Tragué saliva y apreté los labios.

Nos alejamos poco a poco del centro de la ciudad hasta que, al cabo de unos minutos, divisé una colina con un castillo de arquitectura medieval.

Cuando aparcaron en la entrada, uno de los hombres me agarró del brazo y me arrastró hasta la puerta. El interior del edificio era una mezcla de refinamiento y antigüedad, como si en realidad me encontrara en un castillo del siglo XII, y al mismo tiempo había elementos modernos, como iluminación y calefacción eléctricas.

Solo dejaron de arrastrarme cuando me arrojaron delante de un hombre. Estaba sentado en un sillón rojo, como si fuera el rey del lugar, llevaba un traje oscuro a rayas y detrás de él había otros dos matones.

—¿Eres la chica que Simon recomendó?

—¿Para qué me recomendó Simon? —Sacudí la cabeza, intentando soltarme—. Tus hombres no saben cómo tratar a una dama.

—Suéltenla. —Hizo un gesto con la mano y me empujaron, haciendo que casi cayera a los pies del líder de cabellos grises.

—Gracias. —Me pasé la mano por la cara, apartándome los mechones del pelo, e intenté recomponerme—. ¿Dónde está Simon?

—Me debía algunos favores y él no podía pagar, así que lo sustituí.

—¿Sustituiste?

—Eres lista, puedes deducir.

Estaba tensa, en estado de shock y me preguntaba qué podrían querer de mí.

—Antes de deshacerme de él, Simon dijo que eras una gran ladrona.

—Creo que se ha equivocado un poco. Solo soy un carterista, no es gran cosa.

—¿Has vivido así mucho tiempo?

—Una dama hace lo que tiene que hacer para sobrevivir.

—Entonces seguro de que encontrarás la manera.

—¿De qué?

—De robar algo para mí.

—Yo no hago ese tipo de trabajos.

—Te aseguro que harás una excepción con el jefe. —Uno de los hombres al lado del líder, puso la mano en su cintura y señaló el arma que llevaba.

Volví a tensarme, estaba claro que me meterían una bala en la cabeza si era necesario.

—¿Qué necesitas? —Intenté sonreír, pero probablemente hice una mueca.

—Mi nieta se casa dentro de dos meses y me ha pedido que le regale la corona de Santa Filomena. Se trata de una hermosa joya que el Papa León XIII regaló al patriarca de la familia Bellucci, en esa época conde de Roma. Desde entonces, se cuenta que esta joya ha estado en posesión de la familia y que fue lucida en la boda del nuevo líder.

—¿Quieres que robe una joya concreta de una poderosa familia de Roma?

—Lo entendiste rápidamente.

—Creo que tienes muchos más hombres y recursos que yo. —Señalé a sus secuaces que me habían arrastrado hasta allí de forma muy amenazadora.

—¿Y provocar una guerra? En absoluto. Si te capturan, dirás que querías robar la joya tú misma. Sin ningún vínculo con nosotros.

—¿Nosotros quiénes?

—Es mejor no saberlo.

—¿Y si me niego?

—Mueres aquí ahora mismo.

—¿Qué te garantiza que no cambiaré de opinión?

—Ahora hemos conseguido traerte y lo volveremos a hacer. Tienes un mes para conseguir la corona o te mato.

—¿Y qué gano si lo consigo?

—La oportunidad de seguir respirando y un millón de euros.

—¿Un millón?

—En una bonita maleta.

Por muy tentador que fuera el dinero, no era la principal motivación para que considerara ese robo. Si esos hombres estuvieran diciendo la verdad, terminarían matándome.

—¿Puedo pensarlo?

—A menos que creas que has vivido lo suficiente. —Se inclinó hacia delante y me recordó que no tenía opciones.

—¿Tienen más información sobre esta corona?

—Tenemos una foto.

—¿Más información? Dónde podría estar...

—Ese es tu trabajo ahora, chica.

Permanecí en silencio. Yo no era esa clase de ladrona, nunca había entrado en una casa o en un museo con el objetivo de llevarme algo. Sin embargo, no parecían dispuestos a considerar ninguna falla mía, lo que me ponía en una situación aún más difícil.

Si corría, ¿habría alguna posibilidad de escapar de ellos?

—Ni se te ocurra defraudarme, ¿me oyes? —El líder se inclinó hacia mí con una postura aún más amenazadora, como si pudiera leerme el pensamiento.

Volví a tragar por millonésima vez. Apenas me quedaba líquido en la garganta y estaba áspera.

—Yo... Yo... Pue... ¿Puedo irme ya? —Apenas podía hablar pensando en lo que podrían hacerme si fallaba.

—Mis hombres te acompañarán a la ciudad.

—Gracias.

No tenía ni idea de quiénes eran realmente, solo estaba segura de que si no conseguía robarles la corona, quizá no viviría para ver el año que viene.



Nicolae

Capítulo ocho

Me quedé mirando por la ventana el cielo oscuro de una nueva noche de luna hasta que sentí que algo tiraba de mis pantalones y miré hacia abajo. Mi sobrina había salido del centro de la alfombra y gateaba hacia mí. Valentina intentaba equilibrarse sobre mis piernas, pero la niña aún no tenía fuerzas para mantenerse en pie.

—¡Hola! —Me agaché y levanté a la chica al darme cuenta de que intentaba llamar mi atención.

Desde que ella nació, vivimos mucho juntos, sobre todo porque mi padre me había encomendado la tarea de vigilarlos. En cuanto mi hermana se casó con un maldito francés, vinieron a vivir al mismo edificio que yo.

Aunque el ex director de Interpol se esforzaba cada día por demostrar que haría cualquier cosa por mi hermana y por la hija que tenían, ni mi padre ni yo bajamos la guardia. Quizá en esta situación los celos entre hermanos estuvieran más en juego que los simples negocios. Para todos nosotros, Nina siempre sería la pequeña de la familia y por muy decepcionados que estuviéramos con todo lo que había pasado, haríamos todo lo que estuviera en nuestra mano y más para protegerla siempre.

Mi sobrina empezó a tirar de mi corbata y yo la ignoré.

Ettore tenía razón, debía dejar de lado aquel incidente con la ladrona. Había recuperado el reloj, que tenía un gran valor sentimental para mí, y no tendría que preocuparme por aquella mujer. Sin embargo, no podía dejar de pensar en aquel incidente.

Debía de ser porque estaba distraído, había dejado que alguien se acercara lo suficiente como para robarme algo preciado. Dada la posición que ocupaba en el negocio familiar, nunca podía estar desatento. Más aún en un momento como aquel en el que nos vigilaban.

No podían ponernos en peligro.

—Nic, ¿va todo bien? —Nina se agachó y recogió a su llorosa hija de mi regazo.

—Sí. —Parpadeé e intenté volver a la realidad.

—Pareces disperso.

—Solo pensaba en algunas cosas, nada del otro mundo. —Forcé una sonrisa.

—¿Comprobaste la información que te di? —El marido de mi hermana estaba en otro rincón de la habitación y atrajo mi atención.

—La información es correcta.

—No tenía ninguna duda al respecto. —Se encogió de hombros con seguridad.

—¿Por qué no vamos a cenar? —Nina acunó a su hija en brazos y nos hizo un gesto para que la siguiéramos hasta la mesa del comedor, donde la sirvienta había servido la comida.

Pasé otra tarde con ellos y luego me fui a mi piso.

Estar en soledad solo me hacía pensar más en la situación, pero pronto el trabajo y otras responsabilidades cambiarían mi enfoque.



Uza

Capítulo nueve

No esperaba volver a Italia en esas circunstancias, por mucho que la ciudad me pareciera encantadora y atractiva, la idea de tener que llevar a cabo un robo que definiría si viviría o moriría me ponía muy tensa.

No quería ni pensar en lo que podría ocurrirme si no lo conseguía.

Gracias a Internet, era fácil averiguar cosas sobre la gente, a veces mucho más de lo que querían mostrar. En una búsqueda no muy exhaustiva, conseguí identificar al tipo que me había hecho capturar.

Selenio Grigoriy era el patriarca de una familia tradicional y muy importante de Suiza. Tenía influencia en todos los ámbitos y estaba detrás de todos los negocios de Ginebra. Dirigía la ciudad y se rumoreaba que era el líder de la mafia suiza. Teniendo en cuenta toda la experiencia que tenía, aprendí lo suficiente como para estar segura de que los rumores eran una verdad que la policía no quería demostrar.

Otra búsqueda me condujo a la familia a la que querían que robara. La familia Bellucci había gobernado Roma desde la época de los títulos nobiliarios y ese control perduraba hasta nuestros días. Otros rumores me llevaron a la certeza de que estaba completamente en problemas.

Si no me asesinaban por desistir del robo, seguramente moriría intentándolo. Selenio no tuvo el valor de meterse en eso y eligió a una persona como yo que sería fácilmente aplastado.

—¡Ah! —grité con una mezcla de miedo y desesperación mientras abofeteaba la almohada de mi habitación de hotel.

No tenía ni idea de cómo iba a escapar de aquella situación y la desesperación no hacía sino ponerme aún más tensa.

¿Y si me escapo?

Simon no era mi único contacto en el mercado negro. Tenía un viejo conocido que podía hacerme un favor si encontraba el dinero para pagarle. Una documentación falsa y bien hecha podría sacarme de la pista de Selenio y sus hombres sin que tuviera que arriesgarme a robar a hombres aún más poderosos que él.

¿Por qué su nieta no compró otra corona en vez de querer una antigua que le regaló un cura hace más de cien años?

A veces los ricos tenían gustos muy excéntricos que yo nunca entendería.

Saqué el móvil y llamé a un contacto. Diógenes era un portugués con muchas habilidades que había conocido en Londres en uno de los pubs que salpican la ciudad. Podía hacer que cualquier persona pareciera real. No solo podía falsificar documentos físicos, sino también conseguir seguros médicos y otras pruebas creíbles, pero todo esto tenía un precio muy alto. Uno que tendría que pagar si quería salir de aquello sin acabar muerto.

Estaba pensando en trasladarme a América. Brasil o Estados Unidos serían una buena opción para reiniciar mi vida.

Tras una breve conversación con él, Diógenes tendría lo que yo necesitaba en una semana, mientras que yo tendría que encontrar doscientos mil euros para pagarle o no haríamos ningún negocio.

Estaba realmente jodida...

El mayor problema era que ya casi nadie llevaba dinero en efectivo, lo que dificultaba cada vez más los robos. Incluso los más ricos pagaban con tarjetas o aplicaciones, nunca en efectivo.

Tendría que conseguir que alguien comprara joyas sin levantar sospechas o encontrar la forma de atracar un banco, lo que en teoría debería ser más fácil que entrar en casa de la Bellucci sin que te descubran y te maten.

Había luchado tanto para sobrevivir sola en ese mundo que no podía rendirme en ese momento.

Iba a desaparecer en el mundo, empezar de nuevo y salvarme de esos hombres que creían poder decidir mi destino.

Era una sobreviviente y seguiría sobreviviendo.

Esta vez había elegido un hotel más sencillo porque tenía que ahorrar hasta el último céntimo si quería conseguir los doscientos mil lo antes posible.

Salí tarde de la habitación y fui una de las últimas en desayunar. Me había alojado en tantos sitios así a lo largo de mi vida que me había adaptado bien a la rutina. Sabía cuándo se iban las mucamas a limpiar y por dónde empezaban.

Divisé una al final del pasillo y me tropecé con ella.

—¡Lo siento! —Esbocé una sonrisa falsa.

—No se preocupe, señorita. —La mujer de mediana edad con algunas canas en el moño

se mostró amable.

—Siempre soy tan torpe.

—A veces ocurre.

—Buen trabajo y perdón por cualquier cosa.

—No es nada. Gracias.

Me dirigí a la escalera, tomando la llave maestra que le había robado a la mucama mientras me recuperaba de mi fingido tropiezo. Aquel truco era viejo, pero la gente seguía cayendo en él por mucho que hubiera pasado el tiempo.

El pasillo de arriba estaba vacío. La ventaja de los hoteles más sencillos era que había poco personal para atender cada habitación. Pero en las habitaciones tampoco había mucho que robar. Encontré una cartera con cien euros por el suelo y algunas monedas cerca de un cenicero en otra habitación. Así nunca iba a conseguir los doscientos mil.

Necesitaba ir a un lugar donde la gente tuviera dinero.

Volví a mi habitación, recogí mis cosas y ni siquiera me molesté en el checkout. Había usado un nombre falso y nunca me encontrarían.

Caminé por la calle, pensando en algún restaurante elegante donde los clientes pudieran ser víctimas potenciales.

Nada de joyas, teléfonos móviles o tarjetas de crédito, necesitaría dinero en efectivo, ya que Simon había desaparecido y su amigo me estaba amenazando.

Un millón de euros...

Recordé la cantidad que dijo que estaría dispuesto a pagar por la corona. Era mucho dinero, suficiente para llevar una vida cómoda durante mucho tiempo, pero el riesgo era demasiado alto. Era mejor seguir viviendo la vida que tenía que no tener ninguna vida.

No estaba tan distraída, pero no recuerdo exactamente de dónde vino el impacto, pero lo siguiente que supe es que un hombre me había agarrado por el brazo y me había inmovilizado contra la pared de un callejón de la calle.

Levanté la vista e identifiqué la cicatriz de su cara y su calva. No sabía el nombre del tipo, pero lo reconocí muy bien como uno de los secuaces de Selenio.

—¿Qué hace usted aquí? —Se me revolvió el estómago ante la proximidad de aquel hombre amenazador.

Sus manos apretando con fuerza mis hombros me hicieron sudar frío y revivir recuerdos

aterradores que me esforzaba por ocultar en el rincón más oscuro de mi mente.

¡Aguanta firme, Ilza! Eres una sobreviviente.

Me repetí esta frase varias veces cuando el miedo era demasiado fuerte y el pavor parecía consumirme por dentro.

—Por favor, déjame ir —supliqué.

—¿O qué? —Me apretó aún más fuerte—. ¿Vas a llorar?

Intenté mover la cabeza, pero estaba atascada. Todo en mí parecía haberse congelado.

—Puta de mierda, ¿crees que puedes irte y no cumplir la misión que te encomendó el jefe?

—Yo... Yo... No... No voy a ninguna parte.

—Entonces, ¿por qué solicitaste documentos falsos?

Tragué saliva. *¿Cómo lo sabía?*

Abrí la boca varias veces, pero no pude emitir ningún sonido y eso bastó para incriminarme.

Me golpeó en la cara con tanta fuerza que me mareó y me hizo golpearme la cabeza contra la pared que tenía detrás, irradiando aún más dolor por todo el cráneo. Por un momento pensé que iba a matarme en aquel callejón.

Empecé a llorar, dejando escapar el dolor a través de mis lágrimas mientras mi mente mezclaba presente y pasado de una forma enloquecedora.

—Por favor, no... Déjame ir... —Ya había suplicado tanto antes y tampoco creía que esta vez fuera a funcionar.

Entonces oí un ruido, un coche que se detenía al lado y un hombre que salía de él.

Su cara, esos ojos...

Era el mismo tipo que me había perseguido después de robarle en la plaza de San Pedro. Cuando vino hacia mí, imaginé que sería mi fin. Serían dos y me destruirían, despedazándome más de lo que ya estaba.

—¿Qué está pasando aquí? —cuestionó al matón de Selenio que me aterrorizaba.

—Lárgate. Esto no es asunto tuyo.

—¿Por qué no? La pelirroja y yo somos viejos conocidos. ¿No es así? —Me guiñó un ojo y no pude reaccionar, aunque pensaba qué decir, la firme mano que me rodeaba el cuello me impedía hablar.

—Será mejor que te vayas.

—¿O qué?

—Te arrepentirás.

—¿Ah, sí? —Dio dos pasos más para ponerse a nuestro lado—. Suelta a la chica.

—¡No te metas! —El matón retiró la mano de mi cuello e intentó empujar al tipo, pero este lo esquivó y le agarró la muñeca, girándola hasta que oí un *crujido*—. ¡Ah, cabrón!

Me liberé por completo cuando la atención dejó de centrarse en mí. Mi espalda se deslizó por la pared y caí al suelo.

Vi cómo el tipo que yo creía que no era más que otro de los playboys millonarios que vivían en la ciudad esquivaba el golpe con una maestría que me sorprendió y golpeaba al tipo en el estómago. Definitivamente, no fui el único que subestimó al hombre, porque el matón de Selenio se vio completamente tomado por sorpresa. Intentó recuperarse, avanzar y luchar, pero ya estaba en una desventaja brutal y una patada le alcanzó en la sien, haciéndole caer al suelo, inconsciente.

Tras asegurarse de que la amenaza había sido neutralizada, el tipo se volvió hacia mí.

Intenté retroceder, pero el muro que tenía detrás no me permitía ir muy lejos. Temía ser el próximo objetivo y que un solo puñetazo suyo bastara para aniquilarme.

—Por... por... —Estaba tan aterrorizada que apenas podía hablar. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero no me salían.

—¿Te encuentras bien?

Parpadeé sorprendida cuando me tendió la mano para que me levantara.

Me limité a asentir con la cabeza, aún sin saber exactamente cómo reaccionar ante su inesperada cordialidad.

—Levántate. —Insistió, tendiéndome la mano.

—Oh, gracias. —Agarré sus dedos, sintiendo un extraño calor acogedor, y él tiró de mi muñeca, dándome la fuerza que necesitaba para ponerme en pie.

En cuanto me equilibré, se apartó y nuestros ojos volvieron a encontrarse. Tenía una mirada firme, convencida y al mismo tiempo amistosa que me hizo sentir extrañamente segura. Esto era peligroso y mi instinto de supervivencia me gritaba que tuviera mucho cuidado.

—Me preguntaba si volvería a encontrarme con la chica que me robó.

Tragué en seco y retrocedí un paso.

—¿Vas a denunciarme a la policía?

—Depende. —Metió las manos en los bolsillos de su impecable pantalón de vestir. No solo su reloj hacía gala de su riqueza.

—¿De qué cosa? —me aventuré a preguntar. Admito que la forma en que me miró me causó un poco de curiosidad.

—¿Vas a intentar robarme otra vez?

Negué con la cabeza.

—Entonces creo que puedo olvidar el pequeño incidente si me dices tu nombre.

—¿Por qué quieres saber mi nombre?

—Creo que es lo menos que puedo hacer después de salvarte.

—Yo... —Miré a un lado y a otro, preguntándome si podría alejarme antes de tener que decirle algo, pero el tipo estaba entre la salida y yo.

—¿Y bien? —insistió.

—Me llamo... —Pensé en inventarme cualquier nombre, pero en el fondo sentí que al menos podía decirle esa verdad—. Ilza... Ilza Smith.

—No eres italiano —fue una afirmación, pero asentí con la cabeza igualmente—. Interesante... ¿El pelo rojo es natural o es una de tus pelucas?

—Natural. Se rumorea que parte de mi familia era escocesa.

—¿Se rumorea?

Ya hablaba demasiado, era mejor mantener la boca cerrada. Había aprendido que cuanta menos información tuvieran sobre mí, mejor.

—Tengo que irme. Antes de que se despierte el matón. —Intenté pasar, pero el tipo me agarró de la muñeca.

Sentí una onda eléctrica recorrerme el cuerpo, casi como una descarga, que me puso los pelos de punta y los ojos desorbitados. Aquella reacción me asustó y me hizo retroceder, tirando del brazo en un acto reflejo.

—Espera.

—Tengo que irme.

—¿Y no quieres saber mi nombre? —Tenía una sonrisita en la comisura de los labios que lo hacía extrañamente cautivador, por mucho que mis instintos me hicieran temer a los hombres y mantener siempre una distancia prudencial.

Aunque tuviera que lidiar con ellos, eso no significaba que no tuviera miedo de que todo volviera a ocurrir.

—¿Quién eres? —Me invadió la curiosidad.

—Nicolae... Nicolae Bellucci.

—Gracias, Nicolae.

—Algunos me llaman Nic, Izi.

No recordaba la última vez que me había ganado un apodo, pero no podía dejarme llevar por algo tan tonto.

—Ahora tengo que irme.

—Puedo llevarte.

—No es necesario.

—¿Segura?

Asentí y esta vez pasé de él. Caminé por la calle y me alejé a toda prisa sin mirar atrás ni correr el riesgo de que me mirara.

Bellucci...

El apellido resonó en mi cabeza y me quedé helada. *¿Podía pertenecer ese tipo a la familia que me habían enviado a robar? ¿Podría ser tanta coincidencia?*



Nicolae

Capítulo diez

Reconozco que vagando por la ciudad tenía alguna esperanza de encontrarla, pero verla en apuros fue sin duda una sorpresa. Aunque para alguien que se ganaba la vida robando a la gente, era muy posible que se topara con alguien más violento que quisiera vengarse por alguna razón.

Ilza Smith...

Si me había dado su verdadero nombre, tenía algo sobre lo que trabajar e intentar averiguar más cosas sobre ella. Solo le había hablado de ella a Ettore y aún no le había dado mucha información. No quería que nadie me regañara por perseguir a una ladrona en la oscuridad.

Esperaba que, en cuanto hubiera satisfecho mi curiosidad por ella, se me pasaran las ganas de saber más.

No era más que una ladrona como tantas otras en Roma. La única diferencia era que esta se había acercado demasiado a un Bellucci.

Entré en mi piso y fui directamente a mi despacho. Por mucho que Ettore destacara investigando vidas y personas, yo también podía hacer magia y encontrar información por mi cuenta.

Escribí su nombre en una casilla de búsqueda y no encontré nada muy relevante, por muy inusual que me pareciera, había varias con ese nombre por toda Europa y lo único que sabía era que no era de Italia, lo que no acotaba para nada el área de búsqueda.

Necesité un poco más de tiempo para que mi software buscara archivos del gobierno y fichas policiales. Alguien que robaba podría haber sido fichada en algún momento y logré encontrar esa información.

Había sido detenida en Londres hacía cinco años por robo. Tenía veintidós años y un largo historial de hogares adoptivos. Una huérfana sola en el mundo que tenía que cuidar de sí misma. Me costaba entenderlo, había crecido en una familia numerosa y unida, rodeada de mis padres, hermanos, tíos y primos. Aprendí desde pequeña que la familia era fundamental. Matábamos y moríamos por los nuestros, siempre.

Ilza no sabía lo que era tener una madre sobreprotectora y una abuela que siempre parecía conocer los secretos de todo el mundo y siempre tenía la respuesta a nuestros problemas, fueran

cuales fueran. Mi padre siempre me había enseñado a ser valiente, a no renunciar nunca a luchar por los míos. Mi madre me había enseñado a escuchar a mi corazón, aunque a veces me llevara a hacer locuras.

La ladrona era una gata solitaria.

Recordaba al hombre que había estado junto a ella y lo aterrorizada que se había quedado. Además de estar sola, parecía relacionarse con gente peligrosa y tendría que tener un poco más de cuidado si no quería acabar herida.

Ella no es tu problema, Nicolae...

Debería dejar de indagar sobre esta chica, dejarla ir...

Dejé de pensar cuando mi móvil empezó a vibrar en mi bolsillo y, al sacarlo, vi que era un mensaje de mi primo.

Lorenzo:

Ven al piso frente al coliseo, Dante y yo te esperamos.

Nicolae:

¿Algo importante?

Lorenzo:

Muy importante.

Nicolae:

Voy para allá.

Lorenzo:

Ven rápido.

Nicolae:

De acuerdo.

Cerré el ordenador y salí del piso, dejando atrás a la chica, al menos por el momento. Cuando la mafia llamaba, siempre teníamos que ir, independientemente de nuestras otras necesidades. Era una de las reglas que mi padre me había enseñado muy bien desde pequeño.

Éramos una organización y las normas eran esenciales para que no nos traicionáramos unos a otros ni pusiéramos en peligro la empresa por cualquier mezquino objetivo individual.

Subí a mi coche y me dirigí a la dirección que conocía bien. Era uno de los pisos de la

mafia, con una hermosa vista de uno de los monumentos más increíbles de la ciudad, donde solíamos reunirnos para resolver los asuntos más diversos.

Detuve mi Ferrari junto al Lamborghini de Dante y me dirigí al ascensor. Cuando salí a la planta, vi a nuestros soldados en la puerta, que asintieron al verme y me permitieron pasar.

Me sorprenden unas risas femeninas y el sonido de la música antes incluso de abrir la puerta.

Cuando entré, vi al menos seis mujeres en lencería escasa, estaban tomando una copa y parecían muy sueltas, mientras Dante y Lorenzo estaban sentados en el sofá, viéndolas insinuarse a ambos.

En cuanto me vieron, dos de ellas se acercaron y me pusieron las manos en el pecho, subiéndolas hasta los hombros.

—Hola... —Sonrió una, pasándose la lengua por los labios pintados de rojo y llamando mi atención sobre ellos.

—Creía que teníamos asuntos importantes que resolver, jefe. —Atrapé la mirada de Dante, serio.

—¿Quién dice que este no es un gran tema que merece nuestra atención, primo? —Lorenzo se rió mientras le daba una palmada en el trasero a una de ellas.

—Disfrutemos mientras estemos solteros, Nic. Ya que al menos Lorenzo y yo nos veremos obligados a casarnos en algún momento y ya sabes: hasta que la muerte nos separe... —Dante levantó su vaso de whisky hacia mí.

Sabía muy bien cómo funcionaba, o una amante o una esposa. Los compromisos con dos mujeres no estaban permitidos y la traición era imperdonable.

—Por eso tu hermano y el mío están fuera de la fiesta —dijo Lorenzo, dando un sorbo a su vaso—. Ellos ya están atados, pero nosotros todavía no.

—No debería tardar mucho. —Me senté en uno de los sillones para relajarme un poco. Seríamos los nuevos dirigentes y no había por qué darle importancia—. Ya has asumido muchas de las funciones de tu padre, Dante.

—La gran mayoría —admitió—. Pero mientras mi padre no anuncie oficialmente a los capos que soy el nuevo Don, aún me ven solo como un heredero y eso desvía un poco el enfoque hacia mí. Creo que es una forma de quitarme protagonismo todo el tiempo que pueda.

—¿Y dejarlo en él?

—Mi padre lleva mucho tiempo con esto, puede aguantar un poco más.

—¿Pero tú no tienes prisa?

—A veces sí. Otras veces pienso que la carga puede ser mayor que la gloria. Pero sé que, cuando llegue el momento, el título será mío. Mientras tanto... —Sonrió mientras rodeaba la cintura de una de las mujeres con los brazos y la sentaba en su regazo—. Permitámonos un poco de distracción.

Dante colocó su vaso en la mesita junto al sofá y sus manos se dirigieron a los pechos de la chica.

Aparté la vista de lo que pretendía hacer mi primo cuando otra de ellas se acercó a mí como una gata astuta, enrollándome la corbata.

¿Gata?

Ilza...

Era más difícil dejar de pensar en esa ladrona de lo que había imaginado. Quería asegurarme de que se mantuviera lejos de mis pensamientos, pero toda la fuerza que aplicaba tenía el efecto contrario.

—Querido… —La mujer que se me insinuaba me puso la uña en la mejilla y me obligó a mirarla de frente.

Era una negra preciosa, con unos pechos voluminosos que casi se le salían del sujetador y una larga melena rizada, pero de momento estaba tan distraído que ni siquiera podía mirarlos. Ni siquiera los gemidos que soltaban las otras cuando eran tocadas por mis primos eran suficientes para excitarme.

—¿Cómo se llama? —Me sorprendió la pregunta de Dante cuando se acercó a mí.

—¿De ella?

—De la chica.

—¿Qué chica? —Apreté los ojos, completamente confuso.

Se rió mientras me entregaba un vaso de whisky.

—No finjas que soy idiota, primo.

—Esa no es mi intención, por eso no sé a dónde quieres llegar.

—Solo hay una razón para rechazar este banquete: estás con alguien.

—No estoy con nadie. —Me reí como si fuera una afirmación idiota e intenté zafarme de ella. No era porque siguiera pensando en la gata que ella significaba algo para mí. No era más

que una mujer que se había acercado lo suficiente como para robarme.

—Está bien si no quieres hablar, pero sabes muy bien cómo mi hermano y el tuyo acabaron casados. Negarlo nunca cambia el hecho.

—No es como si la historia de Ettore o Thiago fuera a repetirse —dije en tono firme, mirando a Lorenzo para que estuviera seguro de las palabras que salían de mi boca—. Sé muy bien cómo controlarme, solo tengo la cabeza llena por la información que nos dio el marido de mi hermana sobre que la Interpol quería revisar nuestras cuentas.

—¿Crees que debemos preocuparnos? —Dante se puso serio, se inclinó hacia mí y apartó a la muchacha que se revolcaba en su regazo.

—Puedes dejármelo a mí. Es mi trabajo asegurarme de que no tengamos problemas con nuestro dinero o propiedades.

—Y lo has hecho magistralmente desde que asumiste el papel, Nic —me felicitó.

—Yo, como todos, quiero garantizar que nuestra familia siga siendo lo que es.

—Y convertirse en más. —Dante levantó su copa.

—Por supuesto.

—Desde que mi hermana se convirtió en la esposa del pakhan, tenemos una alianza nunca antes imaginada con los rusos y solo tenemos que neutralizar todas las amenazas para que nuestro negocio siga funcionando sin problemas.

—Tenemos a Thiago para asegurarnos de ello —se rió Lorenzo, recordando el papel de su hermano en la liquidación de nuestros enemigos.

—Hace bien su papel, igual que cada uno de nosotros tiene que hacer el suyo. —Me levanté—. Si me disculpan, tengo que ocuparme de un asunto importante.

—¿Estás seguro? —La muchacha se acercó de nuevo a mí, lamiéndose los labios regordetes y pasando los dedos por mi pecho.

—Sí, seguro. —La agarré de la muñeca e hice que abriera los ojos antes de que me tocara la verga.

—Como tú quieras, cariño. —Se apartó torpemente y me hizo soltarla.

—Hasta luego. —Me despedí de mis primos.

—Recuerda mantenerme informado si sospechas de algo que debamos vigilar.

—Me parece bien. —Asentí y salí del piso, dirigiéndome a mi coche.

¡Maldita sea!

Me hundí en el asiento del conductor, bastante molesto conmigo mismo. Thiago se reiría de mí por rechazar un festín como aquel, Giovane daría cualquier cosa por estar en mi lugar y dejar de ser tratado como el más joven. En otro momento no me negaría, al menos conseguiría que una de ellas me hiciera una buena mamada, pero tenía la cabeza llena. Estaba tan curioso e intrigado por esta ladrona que ignoré cualquier instinto masculino de cogerme a una puta.

No podíamos ir a clubes, que nos vieran en discotecas o estar demasiado expuestos en cualquier lugar donde pudiéramos llamar la atención o ser presa fácil. Sin embargo, eso no significaba que no disfrutáramos de lo que la vida y la fortuna de nuestra familia podían ofrecernos.

Dante y Lorenzo cerrarían en algún momento un importante acuerdo matrimonial en beneficio de la mafia, mientras que yo no tenía obligación de hacer lo mismo. Podía casarme con quien quisiera, o con ninguna mujer si así lo deseaba, siempre que respetara las normas para no atraer conflictos a mi familia. Debería haber sido mucho más fácil de lo que parecía, pero las mujeres siempre atraían bastante confusión. No buscaba una amante, y mucho menos una esposa.

Mi atención se centró siempre en hacer el mejor trabajo posible y no vi ninguna razón para actuar de otro modo.

Volví a casa a toda velocidad, podría llegar a mi piso y llamar al marido de mi hermana para charlar. Desde que se había casado con ella, el francés nos había estado trayendo información desde dentro de la Interpol, aunque para el mundo e incluso para su madre, había muerto en un terrible accidente. Aunque hasta ahora no nos había defraudado a ninguno, seguíamos en guardia.

Nina era mi hermana pequeña, mi protegida y la de todos mis hermanos. Creo que ninguno de nosotros confiaría al cien por cien en el hombre que se la llevaba a la cama, viniera del bando que viniera.

Manteniendo mi cabeza en el juego, haciendo todo lo posible para mantener el dinero limpio y legal, lejos de cualquier sospecha. Era lo mejor que podía hacer por todos.

Olvídate de la ladrona, Nicolae.



Uza

Capítulo once

Bellucci...

Me desperté en mitad de la noche con ese apellido sonando en mi cabeza como una campana enloquecida. *¡Era un Bellucci!*

La coincidencia no puede ser más descabellada.

Le había robado el reloj a un tipo que pertenecía a una de las familias más poderosas de Italia y, además, era el mismo que Selenio quería que le quitara la corona para dársela como regalo de bodas.

Si alguien me contara una historia así, nunca creería que fuera cierta.

Me levanté de la cama y tomé mi teléfono móvil, que estaba conectado a la red de Internet del hotel. Busqué el nombre en un cuadro de búsqueda: Nicolae Bellucci.

No fue difícil encontrar información relevante sobre él. Un soltero de veintiséis años, codiciado, sexy, multimillonario. Todas las mujeres de Italia, por no hablar del mundo, querían disfrutar de alguna de sus atenciones.

Vi muchas fotos suyas, la mayoría de ellas tomadas mientras estaba de paseo por algún fotógrafo sensacionalista, u otras en las que aparecía vestido de gala en actos benéficos organizados por la familia en favor de los menos afortunados.

Su vida de glamour era una desviación estratosférica de lo que yo estaba acostumbrada.

Solo era un tipo rico al igual que Selenio. ¿Por qué los suizos no le hicieron una oferta para comprar la corona sin involucrarme en ese lío?

Estaba claro que si la cuerda tenía que romperse por algún lado, sin duda sería por el mío. Yo era el eslabón débil y la persona más frágil de la disputa. A pesar de la amenaza que había sufrido, mis instintos seguían sin pensar en otra cosa que no fuera huir. Estaba aterrorizada.

¡Eres un sobreviviente!

Siempre me repetía esta frase, casi como un mantra, cuando pensaba que no podía con todo y que tenía que rendirme de alguna manera. Sin embargo, nunca había pasado por una situación similar como para estar segura de que podría soportarla.

Solo quería estar en soledad, sobrevivir día a día y cuidar de mí misma. La mayor parte del tiempo ya era bastante duro tener que ocuparme solo de eso.

No era una gran ladrona, no robaba bancos ni museos, ni tenía equipos sofisticados como

los que se ven en las películas de acción. Solo era una mujer que no veía otra forma de cuidar de sí misma y darse un poco de lujo.

Fuera lo que fuese lo que Simón había dicho de mí a su conocido, había bastado para ponerme en mal lugar.

Aún estaba lejos de conseguir los doscientos mil euros para pagar los documentos falsos y escapar de Europa. Aunque parecía probable, tenía la sensación de que sería prácticamente imposible.

Me estremecí, helándome de terror al recordar al matón selenio que me había encontrado. No solo me había seguido hasta Roma, sino que parecía saber que pretendía escapar sin antes llevar a cabo el robo para el que me habían enviado allí.

Se me aguaron los ojos y me encogí al recordar el pavor que me consumió la primera vez que me sometió un hombre más grande y fuerte que yo. Temía que volviera a ocurrir en aquel callejón sin que yo pudiera siquiera gritar.

Afortunadamente, había aparecido.

Nicolae Bellucci...

No tenía ni idea de qué hacía aquel hombre allí ni de cómo me había encontrado, pero agradecía que lo hubiera detenido al matón. El pavor y el sufrimiento desaparecieron por unos instantes cuando se ocupó del siniestro súbdito. El chico que se suponía que no era más que el heredero mimado de una familia rica demostró que sabía luchar muy bien y fue capaz de detener a una montaña de músculos.

¡Cuidado!

Mis instintos gritaron en mi cabeza cuando me di cuenta de que estaba pensando demasiado en él. Guardé el móvil e intenté volver a dormir. No podía confiar en ningún hombre, todos me manipulaban, me hacían daño e intentaban utilizarme para sus propios fines.

Yo no era más que una persona, simplemente desechable.

Nadie se preocupaba por mí, ni siquiera mis padres estaban vivos para hacerlo. Sola en el mundo, sin cuidados, sin refugio, sin amigos. Solo me tenía a mí mismo para protegerme.



Nicolae

Capítulo doce

Salí del baño envuelta en una toalla cuando oí sonar repetidamente el timbre de mi puerta, como si hubiera alguien impaciente al otro lado. Supuse que sería Nina, que vivía en el mismo edificio por elección de mi padre para que pudiera vigilarla, mi hermana pequeña era la presencia más frecuente en mi casa.

—Lola, ¿quién está en la puerta? —pregunté a la inteligencia virtual desarrollada por mi padre con mi ayuda y la de mis hermanos.

—Tu madre. ¿La dejo entrar?

—Sí —resoplé. No tenía ni idea de qué podía querer mi madre en mi piso por la mañana, pero sería imperdonable que la mandara de vuelta.

Tardé un rato en oír la puerta electrónica y, unos instantes después, su voz apoderándose del piso.

—¡Nic! Nicolae, hijo mío, ¿dónde estás?

—Acabo de salir de la ducha, mamá —dije, y poco después apareció en la puerta de mi habitación—. Tengo que cambiarme. —Cerré la cara.

—¿Quién crees que te cambió los pañales?

—Sabes que es diferente. —Continué con una postura malhumorada.

—Después de que crecen, se vuelven rebeldes. Ni parece que pasaste nueve meses dentro de mí y que yo...

—No seas dramática, Luize Bellucci.

—Basta con decir: Te he echado de menos, mamá. —Me miró con expresión lastimera.

—Te he echado de menos, mamá —terminé por decirlo de mi boca para no enfadarla aún más, los últimos días habían sido una locura y ni siquiera había tenido tiempo de pensar en ella o en cualquier otra trivialidad—. ¿Por qué has venido aquí?

—Si no vengo, ustedes desaparecen. Maldito día en que tú y Ettore decidieron que necesitaban vivir en otro lugar que no fuera conmigo.

—Ettore incluso se ha casado, mamá.

—Pero los gitanos...

—Sabes que no somos gitanos.

—Son una especie de gitanos, sí. —Hizo un puchero grande que ni siquiera consideré

discutir.

Quería a mi madre, pero eso no significaba que a veces no me volviera loca con sus líos.

—¿Así que has venido solo por echarme de menos?

—Te he traído un trozo de tarta de chocolate que sé que te encanta y quería ver cómo iba todo por aquí. Este lugar parece tan oscuro y solitario, quizás un poco más de color…

—Estoy bien con la decoración, mamá. No tienes que tocar nada.

—¿Seguro? Puedo...

—No es necesario.

—¡De acuerdo! —Asintió cuando se dio cuenta de que no podía seguir discutiendo conmigo—. También he venido a recordarte la fiesta de tu abuela. Es el sábado y tienes que ir. No estaría bien que mis hijos no acudieran, ya se lo he dicho a los demás.

—Está bien, mamá.

—No lo olvides.

—No me olvidaré.

—Estupendo. —Esbozó una amplia sonrisa—. Me preguntaba si...

La dejé hablando sola y fui al armario a cambiarme. Elegí una camisa blanca de las muchas que tenía y un traje gris. Me parecía perfecto para aquel día de trabajo, sobre todo si aún tenía que lidiar con problemas relacionados con la Interpol.

—Nic, ¿has oído lo que he dicho? —Ella quiso saber cuando volví a la habitación.

—Sí —mentí mientras me alisaba la corbata.

—Qué bien. —Sonrió ampliamente y terminó de hacerme el nudo, dándome unas palmaditas en el pecho—. Va a ser una gran fiesta.

—Seguro que sí. —Forcé una sonrisa mientras volvía al armario y abría uno de mis cajones con una extensa colección de relojes.

Estaba acostumbrado a elegir el mismo reloj, pero en cuanto lo hacía, los recuerdos de la gata volvían a mi mente. No pensar en Ilza fue mucho más difícil de lo que hubiera imaginado.

—¿Nic?

—Sí, mamá. —Parpadeé un par de veces antes de girar el cuerpo para mirarla de nuevo.

—Me voy a casa.

—¿Quieres que te lleve?

—No hace falta. Los guardias de seguridad me esperan abajo.

—De acuerdo.

—Te veré el sábado, no lo olvides.

—Allí estaré.

En cuanto perdí de vista a mi madre, por fin pude respirar aliviado.

Yo la quería, pero a veces conseguía alterarme tanto que creía que ese era el papel fundamental de toda madre. Ella seguía sin llevar muy bien mi decisión de irme de su casa, a pesar de que Ettore lo había hecho antes que yo. Gracias a su educación gitana, pensaba que sus hijos nunca saldrían de debajo de las faldas, pero en aquel momento solo Giovane seguía viviendo con mis padres y yo no sabía si elegiría quedarse allí para siempre o si encontraría un rincón propio.

Dejé de lado estos asuntos triviales y me preparé para ir a la empresa.

Tenía que asegurarme cada día de que nuestro dinero estaba a salvo y libre de cualquier prueba que pudiera confirmar las sospechas que se arremolinaban en torno a mi familia.



Uza

Capítulo trece

Seguía en Roma y, para ser sincera, no tenía ni idea de qué hacer. Lo único en lo que podía pensar era en las ganas que tenía de huir, tomar un avión a ninguna parte y refugiarme lo más lejos posible de Selenio y de aquella loca misión.

Estaba muy lejos de tener el dinero necesario para los documentos falsos, pero aunque lo tuviera, no sería suficiente. No tenía ni idea de cómo, pero el matón que había venido a por mí se había enterado y me había proferido terribles amenazas para que ni se me ocurriera huir.

América tendría que dejarlo para otra ocasión, lo más que podía hacer era tomar un tren a otra ciudad y moverme por Europa de forma que no tuviera que presentar documentación.

¿Podría deshacerme de él si robara esa corona?

No pude evitar pensar eso cuando las amenazas de Selenio volvieron a mi mente. Estaba completamente perdida y no tenía ni idea de cómo iba a afrontar la situación.

Escapar... Escapar... Escapa...

Mi instinto no podía pensar en otra palabra que no fuera esa. Pero, ¿cuánto tiempo iba a huir?

No importaba. Yo era una sobreviviente.

Recogí mis cosas esa mañana pensando que tomaría un tren a Milán. Luego otro al sur de Francia y tal vez podría desaparecer en Alemania durante la semana siguiente.

Así Selenio y sus hombres no me encontrarían, al menos eso había planeado. Pero en cuanto salí del hotel, había dos hombres fuera, esperándome como guardias. Para ser más sincera, monstruos dispuestos a acecharme.

Tragué saliva y agarré con más fuerza la correa de mi bolso. Quería pasarlos sin que se dieran cuenta, pero en cuanto di unos pasos más, uno se cruzó delante de mí y me agarró por los hombros.

—¿Crees que vas a alguna parte?

—Solo quería ir a desayunar. —Me inventé lo primero que se me pasó por la cabeza con la esperanza de ser mínimamente convincente.

—Nos hemos enterado del encuentro de tu amigo con uno de los nuestros. La única razón por la que el jefe no te arrancó los dientes fue porque descubrimos que se trataba de un Bellucci, pero esperamos que no te desvíes del plan o la situación podría ponerse muy fea para ti.

—Yo... —Respiré hondo—. Estoy pensando en cómo voy a acercarme.

—Es mejor pensar rápido porque el jefe no tiene mucha paciencia.

Sentí algo frío contra mi espalda, lo que hizo que me tensara aún más. Intenté pensar que no era el cañón de una pistola, pero cada vez estaba más segura de ello.

—¿Por qué no compra la corona a los Bellucci? —me atreví a preguntar, aunque sabía la respuesta.

Yo era una rata a la que se podía sacrificar sin ningún costo y sin la posibilidad de llevar una guerra a las puertas de Suiza. Con mi historial de robos y dado que no formaba parte de ninguna organización, si fracasaba y me descubrían, solo sería vista como una ladrona idiota que corría demasiados riesgos sin pensar en las consecuencias.

—No te hagas la graciosa. —El hombre apretó aún más el tubo helado contra la línea de mi columna y me hizo tragar saliva.

He tenido miedo a la muerte antes, pero ellos sabían cómo aterrorizarme.

—No estoy haciendo bromas.

—Mejor así.

Me empujó hacia delante y me tambaleé unos pasos hasta que recuperé el equilibrio y pude volver a ponerme de pie.

—Te estamos vigilando, chica. Será mejor que no decepciones a nuestro jefe.

Apreté los ojos y apreté los dientes, tratando de contener el pavor que me consumía y hacía que las lágrimas quisieran correr por mi cara. Estaba aterrorizada y tenía que repetirme a mí misma que era una sobreviviente.

Ya había pasado por situaciones difíciles antes y necesitaba afrontar esta también.

El principal problema era que no veía otra alternativa que hacer lo que Selenio quería e intentar robar la corona. Si lo conseguía, me libraría de aquellos maníacos y, además, ganaría una buena suma de dinero que podría pagar mis documentos falsos y supondría una oportunidad para empezar de nuevo.

La principal dificultad era tener que robar a la familia más poderosa de Italia.



Nicolae

Capítulo catorce

Entré en la empresa y vi a un pequeño grupo de personas aglomeradas en torno a uno de los puestos de trabajo. Mi curiosidad me llevó a acercarme y ver cómo mi sobrina era mimada por las personas que trabajaban en la parte jurídica de la empresa.

—¿Nina?

—¡Hola, Nic! —Me saludó mi hermana con una gran sonrisa.

—¿Qué hace Valentina aquí?

—Papá dijo que podía traerla cuando quisiera.

—¡Ah! —solté, malhumorado—. No creo que sea el lugar adecuado para el bebé.

—Ella está bien, hermano. La gente solo quería conocerla.

—Dale los buenos días al tío Nic. —Tomó la mano de la niña y la hizo saludar, dejando a la pobre confundida.

Movió los labios, pero no pudo emitir ningún sonido. La niña aún no entendía nuestras palabras como para arriesgarse a decir algo.

—Hasta luego. —Le devolví el saludo y me dirigí por el pasillo a la planta donde operaba con un equipo de confianza y me ocupaba de transacciones muy secretas que eran cruciales para el mantenimiento de la mafia.

Nada más entrar, vi a mi padre y se giró hacia mí.

—Buenos días. Pensé que tu madre estaba contigo.

—La vi por la mañana, pero creo que se iba a casa.

—Entendido.

—Ella quería hablarme de la fiesta de mi abuela.

—Ella no ha comentado otra cosa estos días. Sabe lo importantes que son las fiestas para su familia.

Me limité a asentir y acerqué mi silla para encender el ordenador y ponerme al día de las transacciones que se habían producido desde la apertura de las bolsas de todo el mundo.

La venta de acciones, fondos y monedas virtuales era una excelente forma de blanquear dinero. El gobierno no podía vigilar todas las microtransacciones ni comprobar el origen y el destino de todos los fondos. Había aprendido a hacerlo despacio, a llevar pequeñas cantidades de un lado a otro. Gota a gota podíamos hacer nuestro propio océano. Con la ayuda de mis padres y

hermanos, habíamos creado mecanismos y varios programas informáticos que funcionaban aleatoriamente y dejaban menos huellas.

El dinero se multiplicaba, los impuestos se pagaban, al igual que las personas adecuadas, y nadie hacía preguntas.

La verdad que nunca admitirían era que si nos sacaban del juego, la economía de Italia y de gran parte de los países vecinos se hundiría de la noche a la mañana, porque estábamos atrincherados en los sectores más diversos, la mayoría de los cuales generaban enormes ingresos y puestos de trabajo.

Era un gran trabajo, tenía que asegurarme de que todo funcionaba perfectamente y cualquier fallo sería culpa mía, pero en el fondo me encantaba lo que hacía y me sentía muy bien haciéndolo.

No me arrepentí de haber asumido ese papel cuando mi padre y mis tíos confiaron en mí para hacerlo. El mundo se movía por dinero y gran parte de él estaba en mis manos.

Mis conocimientos informáticos y mi rapidez mental me ayudaron a hacer frente a las exigencias y a garantizar que el equipo con el que trabajaba rindiera al máximo.

Yo no perseguiría a nuestros enemigos, ni cazaría y mataría como Thiago, ni tendría el peso del liderazgo como Dante, pero mi trabajo era tan crucial para mantener nuestro negocio como el de mis primos. Si uno de nosotros fallaba, todo podía venirse abajo rápidamente.

Sentí vibrar mi móvil en el bolsillo y tardé un rato en comprobar de quién era el mensaje.

Nina:

¿Te encuentras bien?

Nicolae:

¿Por qué no iba a estarlo?

Nina:

Pareces un poco extraño últimamente, distraído...

Vincenzo me dijo que podrías tener problemas.

Nicolae:

Tu marido quiere ser útil, pero no te preocupes, hermanita, todo está bajo control.

Nina:

Sabes que puedes hablar conmigo.

Nicolae:

Lo sé.

Incluso creo que no deberías haber traído a tu hija aquí. No es un lugar para bebés.

Nina:

Como si nuestro padre no nos hubiera traído aquí cuando teníamos su edad.

Todo está bien, Nic.

Nicolae:

Solo me preocupo.

Nina:

Ya lo sé. Todos siempre me protegen y ahora también a Valentina.

La pobre ni siquiera tuvo la suerte de nacer hombre.

Nicolae:

No es así.

Nina:

¡Sí, lo es! Si hubiera sido Ettore con Erkin nadie habría dicho nada.

Él es un niño y es muy posible que se involucre en el negocio familiar antes incluso de empezar la escuela.

Nicolae:

¿Te estás desahogando conmigo?

Nina:

Tal vez...

Perdona.

Nicolae:

No pasa nada. No todos los días son perfectos para todos.

Ahora tengo que centrarme aquí y asegurarme de que no hay migajas para que las encuentren los amigos de tu marido.

Nina:

No son amigos de mi marido.

Nicolae:

Él aún tiene ojos para la Interpol aunque haya fingido su muerte.

Nina:

Porque eso era importante para nosotros. La información es muy útil.

Nicolae:

Tal vez.

Nina:

¿Pensarías diferente si él no se acostara conmigo?

Nicolae:

Es posible.

Nina:

¡Idiota!

Nicolae:

Luego hablamos.

Dejé de enviar mensajes de texto a mi hermana y guardé el móvil cuando mi programa terminó de correr. Encontré cinco incoherencias en las operaciones que me llamaron la atención y que también podrían causar cierta extrañeza a la policía. Llamé a los responsables y les pedí que las corrigieran lo antes posible. La misión era no dejar huecos ni pistas que pudieran ser incriminatorias.

Por muy bien que tratáramos con las autoridades, manteniendo a todo el mundo bien pagado por sus servicios a la mafia italiana, siempre había algún héroe que pensaba que podía destruirnos, especialmente a los recién llegados.

Después de un día normal en el trabajo, me subí al coche dispuesto a conducir hasta mi casa, sin atajos ni paradas por el camino, por mucho que mi mente me llevara a Ilza. Puede que no volviera a ver a la pelirroja inglesa. Pero era lo mejor. Una mujer en aquel momento solo sería una distracción, sobre todo una ladrona como aquella.

Thiago y Ettore ya nos habían dejado una buena lección a todos: no te acerques demasiado o tendrás que atenerte a las consecuencias.

Consecuencias...

La palabra se repetía una y otra vez en mi mente mientras reducía la velocidad del coche cuando me sorprendió su imagen en la esquina. Sorbía extrañamente un helado, con aspecto de turista, lo que no parecía coincidir con ella, o simplemente era extraño teniendo en cuenta que yo

sabía quién era.

Para ser una ladrona tenía que pasar desapercibida, pero allí, justo en la esquina, junto a una farola, parecía demasiado evidente para llamar mi atención y me hizo acercar el coche al cordón y bajar la ventanilla, inclinándome hacia ella.

—¿Te has perdido?

—¿Tú? —Fingió sorpresa, llevándose la mano al pecho, pero definitivamente no era tan buena actriz como creía.

—¿Esperabas a otra persona?

—No esperaba a nadie. —Con una mano sujetaba el bote de helado y con la otra se recogía el pelo detrás de la oreja.

—Entonces...

—¿Está prohibido hacer turismo? Tienen una ciudad tan hermosa. La cuna del mundo.

—Una cosa es que nos hayamos encontrado en la plaza del Vaticano. Aquí no es exactamente la zona más turística de la ciudad.

—Creo que me atrapaste en eso. —Se mostró incómoda.

—¿Qué haces aquí, Ilza?

—¿Lo del turismo no funcionó?

Negué con la cabeza.

—Está bien. —Dejó escapar un largo y profundo suspiro—. Te busqué en internet y descubrí que trabajas por aquí. Esperaba encontrarte.

—Parece que lo has conseguido.

—Sí...

—¿Por qué querías encontrarme? —Me dieron sospechas, aunque una parte de mí estaba entusiasmado con la posibilidad de verla.

—Para agradecerte lo que hiciste por mí ayer.

—Me parecía que estabas en problemas.

—No todos los chicos con los que me cruzo son tan amables como tú. —Esbozó una sonrisa incómoda que me acercó aún más a sus ojos azules.

Era muy guapa y quizá por eso me llamó tanto la atención.

—Quizás deberías intentar no robarlos.

—Una chica tiene que sobrevivir.

—Puede haber otras maneras. —Le abrí la puerta del coche—. Sube. No puedo quedarme aquí o acabaremos llamando la atención de la policía.

—Cambiando de opinión, mejor que no... —Su expresión cambió por completo e Ilza retrocedió unos pasos, con cara de asombro.

—¡Vamos!

Movió la cabeza negativamente y me pregunté qué podía haber hecho mal para que su reacción cambiara en cuestión de segundos. Pasó de ser una gata mimosa a una salvaje y feroz con solo unas palabras.

—¡Ilza!

—Me voy… —Soltó el bote de helado, dejándolo caer boca abajo en el suelo, y se tambaleó calle abajo como si le hubieran dado un puñetazo.

—¡Ilza!

Salí del coche, dejándolo en doble fila, y fui tras ella. Era muy posible que quisieran llevarse mi auto la grúa, pero solo una llamada a la persona adecuada resolvería ese problema. En aquel momento solo quería saber qué le pasaba a aquella mujer que se acercaba y se me escapaba de las manos tan rápido que no podía contenerla.

—¡Un momento!

Estaba a punto de doblar la esquina cuando la agarré de la muñeca y la obligué a mirarme. Abrió mucho los ojos y percibí un extraño temor que no quise provocar.

—¿Qué es lo que te pasa? —pregunté confuso.

—Suéltame —gimoteó, tirando de mi muñeca.

La solté y la inercia hizo que casi cayera al suelo, pero antes de que pudiera, rodeé su cintura con mis brazos y tiré de ella para acercarla.

—¡Detente! —Puso sus manos en mi pecho con mayor desesperación.

—¡Ilza, cálmate!

—Yo no... Yo no...

—¿Ocurre algo aquí? —El dueño de la tienda se acercó a nosotros, intentando comprender la confusión.

—No, no pasa nada. —Solté a Ilza y salió corriendo.

—¿Qué le hiciste a la chica? —El hombre me gruñó.

—Nada... —Sacudí la cabeza, completamente confundido.

—Esos malditos niños ricos que creen que gobiernan el mundo entero. —Se fue refunfuñando—. Vete o llamo a la policía.

Volví a mi coche y arranqué rápidamente. ¿Por qué se había acercado a mí y luego había salido corriendo como si le hubiera hecho daño?

No tenía sentido.



Uza

Capítulo quince

No dejé de correr, ni siquiera miré atrás. Podía estar persiguiéndome, acercándose... Sin embargo, al doblar una esquina y luego otra, me palpitaban mucho las rodillas, con un dolor que se irradiaba por las pantorrillas. Me vi obligada a detenerme, y cuando miré hacia atrás no había nadie.

No me había seguido.

Respiré hondo y eché la cabeza hacia atrás, empujando mi cabello con ambas manos.

El sudor frío no desaparecía. Al mismo tiempo que sabía que había sido una tonta al huir así, no pude contener mis reacciones cuando dijo unas palabras que me causaron un profundo pavor.

Hay otras maneras...

¡Eso no!

¡Nunca!

Ante la idea de revivir las pesadillas de los peores momentos de mi vida, pensé que sería mejor que Selenio me matara de inmediato.

Quería sobrevivir, pero prefería morir antes que volver a experimentar semejante horror.

Llevaba una pequeña bolsa y mi ropa. No se podía llevar mucho cuando se necesitaba escapar de un momento a otro, pero aún tenía algunas pertenencias en el hotel que Selenio custodiaba con sus secuaces.

¿Y si me entregaba, si le decía que era incapaz de llevar a cabo ese robo? ¿Mi muerte sería rápida?

Tragué con fuerza y mi sangre empezó a palpitar de temor al pensar en aquellos suizos y en lo que podrían querer de mí.

Estaba perdida.

Seguí caminando hasta que lo vi. Venía de otra dirección. Como si se diera la vuelta y adivinara por dónde iba a ir. Pensé en girar mi cuerpo y correr en la otra dirección, pero estaba claro que no podría correr eternamente.

—No voy a hacerte daño. —Levantó las manos en señal de paz mientras daba pasos lentos hacia mí.

—No soy el tipo de chica que crees que soy. —Con cada paso que él daba, yo retrocedía

dos.

—¿A qué tipo te refieres? —Frunció el ceño sin comprender.

—Ya sabes.

—No, no lo sé, Ilza.

—El tipo de mujer que se gana la vida ofreciéndose a sí misma.

—¿Te refieres a una prostituta?

Había otras personas caminando cerca de nosotros, haciendo sus vidas, y la palabra dicha en voz alta me hizo sentir vergüenza.

—Yo no...

—Nunca dije que lo fueras.

—Pero mencionaste que había otras formas de ganarse la vida.

—No me refería exactamente a esa.

—Conozco a hombres como tú.

—¿De verdad conoces? —Sacudió la cabeza de una forma que me dejó confusa y parecía obvio que pensaba que yo estaba equivocada.

Solo moví la cara a falta de palabras adecuadas.

—Ya que has venido a darme las gracias, ¿por qué no me dejas invitarte a un café? O un helado, ya que has perdido el tuyo.

—Mejor no.

—¿Estás segura? Conozco un sitio genial.

Tenía que acercarme a aquel hombre, era la única forma de averiguar dónde estaba la corona, pero ¿cómo iba a hacerlo si estaba tan asustada?

La vida me había demostrado suficientemente que no había nadie en quien pudiera confiar más que en mí misma.

—Solo un café.

—Bien, mi coche está a la vuelta de la esquina. —Me indicó y retrocedí. No estaba tan segura como para subir al coche con él.

Recordé lo que Nicolae le había hecho al secuaz de Selenio. Bellucci era muy rápido y fuerte, si intentaba dominarme, no tendría ninguna oportunidad. Más me valía no ponerme en peligro.

—Mejor vayamos caminando —dije temblorosa.

—La pastelería que conozco está un poco lejos.

—Apuesto a que podemos encontrar una más cerca.

—Está bien. —Dejó escapar un suspiro agudo—. Caminemos.

—Perfecto...



Nicolae

Capítulo dieciséis

La seguí hasta una cafetería popular no muy lejos de allí. No era la mejor pastelería de Roma, pero al menos había una mesa limpia y vacía para sentarnos.

Me resultaba extraño que estuviera tan asustada por mi presencia. En mi mente lógica solo había una justificación plausible.

—Sabes quién soy, ¿verdad?

Ilza levantó los ojos para mirarme cuando me senté frente a ella después de hacer nuestros pedidos en el mostrador.

—Nicolae Bellucci, tú mismo me lo dijiste. —Se inquietó, mirando a un lado y a otro como si temiera que la estuvieran observando.

—¿Has oído los rumores sobre mi familia?

—¿Que son ricos? Tu Ferrari y tu traje demuestran que es mucho más que un rumor. ¿Cuánto vale solo ese reloj que robé?

—Un par de cientos de miles de euros.

Palideció unos instantes.

—Eso es mucho dinero.

—No tanto. —Me encogí de hombros.

Permaneció callada, parecía reflexionar, pero aún no me había dado la respuesta que tan desesperadamente quería saber.

—¿De qué tienes miedo, Ilza?

—De muchas cosas. —Me quería evadir—. ¿Tú no?

—Desde niño aprendí a no temer a nada.

—Parece fácil cuando lo controlas todo.

—Así es. —Me incliné hacia ella y retrocedió—. ¿Por qué tienes miedo?

—No tengo miedo.

—Sí, lo tienes. —Puse mi mano sobre la mesa y ella se retorció en su silla—. Por ser una ladrona, no deberías reaccionar así.

—Solo soy una mujer que intenta sobrevivir.

—Eso realmente me intriga.

—¿Estás tan acostumbrado a tu mundo de cuento de hadas que nunca has visto a una

mujer intentando sobrevivir sola en una realidad cruel?

—No me refiero a eso.

—¿Y a qué te refieres?

—Pareces tan valiente y tan asustada al mismo tiempo. Me pregunto qué habrá pasado para dejarte así.

—¿Está mal que sea así?

—Estás esquivando de nuevo. —Me levanté para retirar nuestros cafés cuando me llamaron por mi nombre, pero volví rápido para que no se escapara de nuestra conversación.

—¿Por qué tengo que decírtelo?

—Pensé que estábamos estableciendo un diálogo.

—Solo accedí a tomar un café. —Me quitó la taza de la mano.

—Era una excusa para hablar contigo.

—Podrías acabar frustrado. —Se levantó, pero antes de que pudiera escapar, me incliné de nuevo hacia delante y le agarré la muñeca.

—¿Por qué tiene que ser tan escurridiza?

—¿Por qué crees que puedes controlarlo todo? —Ella me soltó, recogió su vaso y se fue.

Esta vez no me levanté ni salí corriendo detrás de ella porque estaba seguro de que no sería nuestro último encuentro.



Uza

Capítulo diecisiete

La forma en que se acercó a mí y quiso saber más me aterrorizó y me hizo querer retroceder. Si no hubiera sido porque los hombres de Selenio me apuntaron a la cabeza, probablemente habría desaparecido y no habría vuelto a cruzarme en el camino de ese hombre.

Me aterrorizaban los tipos peligrosos que intentaban apoderarse de mí, y Nicolae Bellucci no era diferente. Su familia, lo que eran, los rumores que oía cada día que pasaba en aquella ciudad solo me llevaban a pensar que eran tan peligrosos o más que el suizo y sus hombres.

Elegir en manos de quién morir no era tarea fácil.

Cuando volví al hotel, lo único que quería era un baño caliente y un lugar donde pudiera sentirme protegida, aunque esa sensación fuera completamente ilusoria.

Me zambullí en la bañera hasta que el agua me cubrió la cabeza, y permanecí sumergida durante largo rato, con los ojos cerrados mientras dejaba vagar mi mente. Me quedé hasta el final, hasta que sentí que los pulmones se me iban a colapsar por falta de oxígeno, y entonces me levanté de golpe, tragando todo el aire con tanta fuerza que me atraganté.

Era una sobreviviente..., repetí mi mantra.

Aunque nunca fui muy religiosa, era incapaz de suicidarme. Había llegado demasiado lejos para rendirme así.

Si ese cabrón de Selenio me quería, tendría que deshacerse de mí por su cuenta y ensuciarse las manos. No es que fuera a ser un gran reto para él o que me fueran a echar de menos.

Salí del baño envuelta en una toalla y me dirigí al dormitorio. Me puse una muda de ropa limpia, pensando en cómo iba a conseguir la siguiente, con todo lo que estaba pasando cada vez me costaba más cuidarme.

Llamé al servicio de habitaciones y pedí algo de comer. Luego me senté y tomé mi viejo móvil.

Afortunadamente, ya estaba en la cama cuando vi el mensaje en la pantalla.

> Desconocido:
>
> No sé exactamente de qué tienes miedo, pero preferiría que no fuera de mí.

Ilza:

¿Cómo conseguiste mi número?

Desconocida:

Tengo mis recursos.

Ilza:

¿Cómo esperas que no te tenga miedo si me persigues?

Desconocida:

Siempre huyes.

Ilza:

Tengo mis razones.

Desconocida:

Puedes confiar en mí.

Ilza:

No confío en nadie.

Ni siquiera sé con quién estoy hablando.

Me sorprendió cuando me hizo una foto y me la envió. Era él... Esos ojos enigmáticos, el pelo oscuro...

Sentía un escalofrío cada vez que pensaba en ese hombre y no podía decir si era bueno o malo.

Ilza:

¿Cómo puedo estar seguro de que eres tú?

Son fotos comunes que se pueden encontrar en Internet.

Nicolae:

Puedo enviarte fotos que seguramente no encontrarás en Internet.

Ilza:

No lo creo.

Nicolae:

Podemos hacer una videollamada si te tranquiliza.

Ilza:

No, déjalo.

Nicolae:

Dime que quieres que pare y pararé si estoy siendo tan inconveniente como parece.

Ilza:

Pues para.

Sentí que se me secaba la garganta, el estómago revuelto y una ansiedad que no solía experimentar. La necesidad de seguir hablando con él se debía probablemente al robo y a las órdenes de Selenio.

No envió otro mensaje y me eché hacia atrás, hundiéndome en la cama.

Debería ser más sencillo, debería ser más fácil, pero esa no sería mi vida.



Nicolae

Capítulo dieciocho

Mi madre se acercó a mí y me ajustó el cuello de la camisa en cuanto me vio bajar del coche delante de la alegre y colorida mansión de mis abuelos. El lugar me parecía un poco *excéntrico*, a falta de una palabra mejor, pero nada tenía ese aire y transmitía mejor la alegría de mi madre.

La música estaba alta y podía oírla desde lejos, los niños gitanos corrían de un lado a otro y eran reprendidos por sus mayores por miedo a volcar algo.

—Deberías haberte puesto la corbata que te di.

—Es roja, mamá.

—Mucho más bonito que ese azul marino.

—No lo creo.

—Ah, ¿por qué todos se parecen a tu padre?

—Porque así nos educaron.

—Sí, no me dejarán olvidarlo, pero entremos. —Me rodeó la cintura con la mano y tiró de mí—. Hay alguien que quiero que conozcas.

Esperaba que mi madre me pusiera delante de uno de los viejos de la familia y me hiciera escuchar aburridas propuestas de negocios. Siempre era así, pero me sorprendió que a lo lejos se vieran unas gitanas. Una de ellas se giró hacia mí y me di cuenta de que era joven. Tendría unos veinte años. Tenía el pelo castaño y rizado hasta la mitad de la espalda.

—Hijo mío, esta es Dalila. —Mi madre indicó a la mujer.

Fruncí el ceño, intentando comprender el motivo de semejante presentación. Había innumerables mujeres en aquel lugar y solo podía haber una razón para que mi madre quisiera llamar mi atención sobre aquella en particular.

—Nicolae. —Ella esbozó una discreta sonrisa y se inclinó brevemente.

—Hola. —Mantuve una postura distante y temerosa, porque sentía que me estaban llevando a una especie de trampa.

Levantó la cabeza sin dejar de mirarme y noté que sus mejillas se sonrojaban, como si sintiera cierta vergüenza y al mismo tiempo una mezcla de curiosidad.

—¿Dónde están mi padre y mis hermanos? —Volví a dirigirme a mi madre.

—Por allá, pero... —Antes de que pudiera terminar de hablar, caminé en la dirección

indicada, como quien escapa de la situación.

Conocía a mi madre lo suficiente como para darme cuenta de que siempre había una segunda intención detrás de sus actitudes discretas. En aquel momento no quería que me empujara hacia una de sus parientes, por muy guapa que fuera la chica. En otras ocasiones incluso podría dignarme a intercambiar media docena de palabras con ella e incluso divertirme un poco, pero aquel día tenía la mente muy ocupada.

Caminé un poco más hasta que vi a mi padre y a mis otros hermanos. Estaban hablando con unos hombres de la familia de mi madre y tardaron un rato en fijarse en mí.

—Nicolae.

—Hola, papá.

—¿Todo bien?

Me limité a asentir con la cabeza.

Giovane se dio la vuelta y vino a mi lado, apretándome el hombro para que pudiera mirarlo. Incliné la cabeza y esbocé una media sonrisa.

—¿Quién era ella?

—¿Ella? —Fingí no entender a quién se refería.

—La chica que te enseñó mi madre.

—No lo sé. —Me encogí de hombros.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Es solo una mujer.

—Muy bonita.

—Pareces interesado.

—Más que tú, por supuesto.

—Toda tuya.

Giovane se rió, como si estuviera realmente interesado. Por lo que a mí respecta, podía relacionarse con ella sin preocuparse por mí. Quizá mi madre solo pretendía eso porque después de la boda de Ettore y Nina, ella pensaba que yo debía ser el siguiente, pero no me interesaba en lo más mínimo. Como contable de la mafia, ya tenía bastante de qué preocuparme.

—¿Quieres vino? —Ettore me dio una copa.

—Muchas gracias. —Tomé unos sorbos.

—Hoy pareces callado.

—No es que sea muy hablador.

—En eso tienes razón. Pero parece que hay algo que te distrae estos días. Estás más disperso que de costumbre.

—¿Crees que no hago bien mi trabajo? —Me puse a la defensiva.

—Eso no es lo que dije. —Ettore dio un paso atrás—. Pero quiero que sepas que estamos aquí si necesitas algo.

—Lo sé, lo sé. —Bebí un poco más de vino.

—Estupendo.

—¿Ettore? —La mujer de mi hermano lo llamó y lo vi alejarse.

Respiré aliviado ante la excusa de no tener que responder a demasiadas preguntas incisivas. Todavía no me había decidido si quería que mi familia se enterara de mi cercanía a una ladrona inglesa.

Mi curiosidad por Ilza seguía haciéndome recelar. Mi familia tenía muchos enemigos y yo había aprendido desde mi infancia lo peligroso que era bajar la guardia.

Fui a saludar a mi abuelo junto con Giovane y luego me detuve a ver un breve espectáculo de danza que entusiasmó a mi madre.

Estaba dando palmas en un rincón cuando la chica se acercó. Sigilosa, pero no lo suficiente como para pasar desapercibida a mis instintos de autoconservación.

Me enfrenté a ella con firmeza y retrocedió.

—¿Nicolae?

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Se abrazó a sí misma, dando un paso atrás—. Eres más guapo en persona de lo que decía tu madre.

—No creo que sea para tanto.

—Eres modesto también.

—En raras ocasiones. —Miré al frente, volviendo a ver el baile.

—¿Qué te parece si hablamos en un lugar más tranquilo?

—Estoy bien aquí. —Fui duro.

—Por supuesto. —Tragó saliva—. Bailan muy bien.

—Sí.

—Yo también practico un poco. —Se pasó una mano por el pelo, atrayendo de nuevo mi

atención hacia ella.

—Imagino que sí.

—Si quieres ver…

Ya no tenía dudas de que me estaba coqueteando, pero en ese momento no me interesaba lo más mínimo. Quizás si mi mente no estuviera tan lejos, concentrado en otros asuntos, en otras personas... podría haber mostrado un poco más de interés por ella. Sin embargo, la chica había elegido un mal momento para acercarse a mí.

—Yo... —Pensé en una respuesta para ella, pero antes de que pudiera decir algo, sentí que mi teléfono móvil vibraba en mi bolsillo.

No me preocupaba demasiado quién pudiera ser. Cualquier motivo era bienvenido para poder escapar de la situación.

—¿Hola?

—Nicolae... —Oí una voz llorosa y desesperada al otro lado de la línea.

—¿Ilza?

—¡Ayúdame, por favor!...

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estás?

Escuché un estruendo y un llanto al otro lado de la línea. Luego la llamada se cortó sin que ella dijera una palabra más...



Uza

Capítulo diecinueve

Todavía estaba pensando en cómo iba a escapar de aquella situación cuando recibí una llamada para la entrega de mis documentos. Solo tenía un tercio del dinero, pero esperaba poder negociar y entregar el resto en cuanto consiguiera instalarme en una nueva ciudad, lejos de aquellos hombres que me amenazaban.

Salí del hotel y me dirigí al café donde había quedado con el falsificador. Aún no le había dicho nada del dinero y esperaba encontrar una buena excusa para convencerlo.

Tal vez contándole mi triste y desesperada situación, se apiadaría y decidiría ayudarme.

Crucé la ciudad en metro hasta nuestro punto de encuentro. Estaba en una zona muy turística, donde no llamaríamos la atención y nos mezclaríamos con la gente del lugar.

Atravesé las puertas de cristal y me dirigí a una mesa del fondo, colocándome en una posición en la que podía ver a todo el mundo, pero sería más difícil que me vieran a mí.

Una camarera se me acercó y me ofreció el menú. Yo solo moví la cabeza negativamente y dije que tomaría un vaso de agua de la casa.

Estuve observando hasta que lo vi entrar en la cafetería y caminar hacia mí. Acercó una silla y se sentó.

—Hola. —Esbocé una media sonrisa.

—¿Tienes mi dinero?

—Bueno...

—No he venido aquí para que me engañes.

—Seguro que no. ¿Trajiste los documentos?

—Sí.

—¿Puedes enseñármelos?

—No hasta que vea el dinero.

—Bueno, sobre eso... —Respiré hondo buscando las mejores palabras, pero no las encontré—. Voy a necesitar un poco más de tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí.

—No puedo creer que me hayas hecho venir hasta aquí sin nada para mí. —Apretó los ojos y los dientes, furioso.

—Tengo una parte y si me das unos meses conseguiré el resto, potencialmente cuando me vaya de aquí.

—¿Meses? ¿Te parezco un idiota, niña?

Negué con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que parece —dijo, totalmente enfadado.

—No es así...

Ni siquiera había terminado de hablar cuando oí un disparo que impactó en la ventana y convirtió el cristal en cientos de trocitos.

La sangre del hombre manchó la mesa y me salpicó la cara, antes de que su cuerpo sin vida se deslizara hacia un lado y cayera.

No podía pensar mucho, lo único que gobernaba mi cuerpo era mi instinto de supervivencia. Miré al suelo y vi el maletín que llevaba. Lo tomé y salí corriendo en el momento exacto en que vi a los hombres de Selenio entrar en la cafetería y venir hacia mí.

No sé de dónde me vino esa fuerza, ni siquiera las habilidades físicas que me ayudaron a saltar el mostrador y correr hacia la cocina. Un hombre, que trabajaba en la plancha preparando bocadillos, me insultó y refunfuñó, pero yo seguí corriendo. No me detuve hasta llegar a la puerta que daba a la calle.

Era un pequeño callejón con enormes cubos de basura, pero me dio grandes esperanzas de poder escapar de aquellos hombres. Si mis documentos falsos estaban realmente en aquel maletín, tenía una gran oportunidad de empezar una buena vida en cualquier parte sin tener que preocuparme por aquellos perseguidores que me habían encomendado una misión que nunca me había planteado aceptar.

Seguí corriendo, como si pudiera ver la luz al final del túnel, pero me detuve cuando un fuerte impacto en el pecho me hizo caer al suelo y el maletín salió volando de mi mano hacia una esquina lejana.

Levanté la cabeza lentamente, parpadeando, y me encontré con el hombre frente a mí. Cada parte de mi cuerpo empezó a temblar y fue como si un viento helado soplara a través de mí.

—Eres muy estúpida —dijo una voz oscura y aterradora.

Ni siquiera pude decir nada.

—Mi jefe ha perdido la paciencia.

—Por lo que sé, puedo hablar con la gente.

—¿Crees que soy idiota? —Me dio una patada tan fuerte que me golpeó en la cara y me hizo tambalear hacia atrás, perdiendo el conocimiento durante unos instantes—. Mi jefe no tolera a la gente que se atreve a desafiarlo como tú.

—No estoy desafiando a nadie. —Escupí el sabor a hierro de mi boca y vi el pequeño charco de sangre.

—Ya te hemos dicho que no irás a ninguna parte hasta que consigas lo que necesitamos.

—No tengo ni idea de cómo voy a hacerlo.

—Será mejor que lo piense pronto.

—Por favor, yo... —Dejé de hablar cuando recibí otra patada que impulsó mi cabeza hacia atrás.

Me caí, golpeándome la espalda contra el asfalto. Perdí el conocimiento durante unos minutos hasta que me di cuenta de que uno de ellos venía hacia mí.

Los flashes confundían mi mente, mezclando el pasado con el presente, aumentando aún más mi terror. Otra patada me golpeó el estómago y una tercera me aniquiló. Cuando perdí el conocimiento por los furiosos golpes de los hombres, pensé que era lo mejor.

Todo oscuro, sombrío y solitario...

No sé cuánto tardé en despertarme de nuevo. Sentía cada parte de mi cuerpo como si hubiera sido aplastada por un camión a toda velocidad. Sentía mucho dolor, uno tan latente e intenso que me dejaba la cabeza dolorida. Tenía la ropa desgarrada, como si me la hubieran arrancado a la fuerza. No quería pensar en lo que podría haber pasado cuando estaba inconsciente.

Me di la vuelta, buscando la carpeta donde se suponía que estaban mis documentos falsos, pero había desaparecido. Tanteé mi dolorido cuerpo, pero lo único que encontré fue mi viejo teléfono móvil. Me temblaban las manos y lo único que pude hacer fue marcar un número. No era mi mejor opción, pero no tenía a quién recurrir.



Nicolae

Capítulo veinte

Debería dejarlo pasar, definitivamente ella no era mi problema. Había algo en esa mujer que me hacía sentir como una tormenta, pero seguía luchando por rastrear esa maldita llamada. La voz desesperada al otro lado seguía resonando en mi cabeza como las campanadas de la iglesia del Vaticano. Ilza era un problema y yo ya tenía demasiados como para involucrarme con uno más.

Sabía que tendría que vérmelas con mi madre e inventar una buena excusa para haberme escapado de la fiesta, pero estaba bastante seguro de que pensaría que la culpable era la mujer a la que había intentado empujar en mi dirección. ¿Cómo iba a involucrarme con otra persona cuando una maldita ladrona seguía apareciendo en mi cabeza?

Rastreé la llamada hasta el centro de la ciudad, introduje la dirección en mi GPS y conduje lo más rápido que pude hasta una zona de restaurantes y bares.

Detuve el coche junto al cordón y una ventana agrietada me indicó que allí había ocurrido algo. Sentí un malestar en el pecho, algo inusual e incierto. Caminé hasta un callejón exterior, era como si presintiera que allí habían sucedido cosas. Mi asombro fue aún mayor cuando vi algo tirado en el suelo.

¡Era ella!

—¡Ilza!

Me acerqué corriendo y la tomé en brazos. Desmayada, golpeada y con sangre fluyendo de sus sienes. No sabía quién le había hecho esto, pero lo único que tenía claro era que las iba a pagar.

La tomé en brazos, alineándola suavemente contra mi pecho. Su cuerpo estaba flácido, casi sin vida, pero su ligera respiración me indicaba que aún quedaba algún rastro de ella allí, pero podría no durar mucho si no conseguía ayudarla.

La llevé por la calle, con la gente mirándome, pero sin atreverse a preguntar qué estaba pasando, y la metí en el asiento trasero de mi coche. Me puse al volante y conduje hasta el hospital más cercano.

Mis manos sudaban frío contra el cuero y yo aceleraba todo lo que podía. Esa sensación terriblemente incómoda era desconocida y probablemente por eso me martirizaba aún más.

Ella no era mi problema, no debería tener que preocuparme por ella ni cuidarla, pero allí

estaba yo, sintiendo como si el mundo se moviera sobre su eje si su corazón dejaba de latir en mi coche.

Me dirigí hacia la entrada del hospital y crucé el coche hasta un muelle de ambulancias, abrí la puerta lo más rápido que pude y algunos miembros del personal médico vinieron corriendo hacia mí.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. —El sabor amargo en mi boca se intensificó cuando lo admití.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—¡No lo sé! —Mi grito sobresaltó a la mujer, que me miró como si yo fuera el responsable—. Cuiden de ella.

—Acuéstela aquí. —Señalaron una camilla que habían colocado cerca de mí y acomodé a Ilza en ella.

Intenté seguirla cuando empezaron a llevársela, pero me detuvieron.

—Quédate aquí.

—Quiero ir.

—Haremos lo que podamos por ella, pero no puedes ayudarla más.

Apreté los dientes con rabia, pero acabé asintiendo. Lo único que deseaba por encima de todo era que se recuperara de lo ocurrido.

Para colmo, me llevaron a una sala de espera con sillas duras y gente moviéndose de un lado a otro. Desde luego, no era el mejor hospital de Roma, pero no tuve tiempo de elegir mucho.

Ah, Ilza... Puedes salir de esto, mi gata.

Miré las mangas de mi chaqueta y vi la sangre que manchaba mi camisa blanca. Me sentí aún más incómodo.

Solo quería tener noticias de ella, pero el tiempo parecía no pasar...



Uza

Capítulo veintiuno

Me dolía mucho la cabeza y abrir los ojos era difícil, por mucho que lo intentara. El cuerpo me pesaba tanto que no podía ni moverme.

¿Estaba muerta?

Toda mi vida había oído muchas interpretaciones de lo que era el infierno. Un lugar de castigo eterno. ¿El mío consistía en no poder moverme mientras sentía todo mi cuerpo paralizado por alguna sustancia?

Oí el sonido de un aparato, un pitido extraño, y me esforcé por volver a abrir los ojos. Poco a poco, recuperé la conciencia, mientras mi mente iba de un lado a otro. Me costaba deshacerme de esa sensación de pesadez que tiraba mis párpados hacia abajo.

Cuando por fin abrí los ojos, otro reto fue acostumbrarme a la luminosidad de la habitación. Todo parecía demasiado brillante, lo que me hacía palpitar la cabeza. Vi un techo blanco y paredes del mismo color hasta que pude ver un suero colgando y un aparato que parecía monitorizar mis signos vitales.

—¿Hospital? —tartamudeé.

—Por fin te has despertado.

Intenté levantar la mano para ponérmela en la cabeza, pero no tenía fuerzas. Era como si tuviera el brazo atado, pero veía claramente que no era así.

—Quédate quieta un rato.

—¿Por qué me pesa tanto el cuerpo?

—Son los remedios para que dejes de sentir dolor.

—¿Remedios?

—Sí.

—¿Qué remedios?

—Morfina.

—¿Tan mal estuve?

—Te han golpeado y necesitas recuperarte.

¿Golpeado? Tragué saliva y mi mente se vio invadida de nuevo por terribles imágenes de aquel momento en que los hombres de Selenio decidieron acabar conmigo.

—¿Quién me ha traído aquí?

Dudaba que las personas que me hicieron esto tuvieran tal crisis de conciencia que decidieran llevarme a un lugar donde me cuidaran.

—¿No lo sabes?

No podía responder en voz alta, pero era obvio que si lo supiera no estaría preguntando.

—Fue Nicolae Bellucci. —La mujer, que supuse enfermera, respondió como si conociera bien al tipo. De hecho, su familia era tan famosa que no debería haberme sorprendido.

Había venido por mí...

Al mismo tiempo que me sentía feliz por su rescate, estaba tensa y angustiada.

—¿Dónde está él? —Intenté levantarme, pero mi cuerpo aún pesaba demasiado.

—En la sala de espera. No se fue ni un momento. Supongo que eres alguien importante.

¿Importante? Esa palabra resonaba en mi cabeza, haciéndome sentir muy extraña. Yo no era importante para nadie. Había crecido sola, luchando por sobrevivir y cuidando de mí misma, por mucho que a veces fallara en el intento.

Nunca tuve a nadie en quien confiar ni nadie que se arriesgara para protegerme. Nicolae debía de tener una buena razón para seguir allí y me moría de ganas de averiguarlo.

—Déjame ir allí.

—No puedes permitirte ir a ningún sitio todavía.

—Pero...

—Le haré saber que estás despierta para que suba a tu habitación.

—De acuerdo. —Terminé aceptando.

Salió de la habitación y me dejó sola durante unos minutos que parecieron horas.

Estaba inquieta, por mucho que mi mente fuera más rápida que mi cuerpo.

No podía recordar con claridad todo lo que me había pasado, pero los golpes, las patadas y todo el dolor eran suficientes. Podrían haberme matado allí, pero no lo hicieron, lo que me hizo darme cuenta de que no me dejarían en paz.

Sin documentos con los que huir y con el falsificador muerto, mis posibilidades de desaparecer eran nulas.

Me revolví en la cama cuando el sonido de la puerta llamó mi atención. Esperaba verlo a él, pero la primera persona que vi fue la que acababa de salir de la habitación.

Dejé escapar un suspiro, no había razón para que se quedara a mi lado. Yo no era más que una ladrona desconocida.

Estaba a punto de rendirme de verlo cuando apareció. Su traje, que debía de estar impecable, tenía unas gotas de sangre, el pelo revuelto y la frente sudorosa.

—¡Ilza! —Una sonrisa apareció en la comisura de sus labios y pareció aliviado cuando se dio cuenta de que estaba despierta—. ¿Cómo te sientes?

—Rara.

—Es la medicina —dijo la mujer.

—Pero, ¿se pondrá bien? —Nicolae quería saberlo.

—Todo parecía indicar que sí. —Dirigió su atención a un pitido que parecía parpadear alrededor de su cinturón.

—Tengo que irme, llámame si necesitas algo.

—De acuerdo —le dijo Nicolae, y la mujer salió de la habitación.

Nos quedamos en silencio mirándonos fijamente durante un buen rato hasta que se acercó a mi cama.

—¿En qué te has metido, Ilza?

—No es que seas el único que tiene enemigos. —Solté una risita.

—No es momento para bromas. —Se puso aún más serio—. ¿Quién te lastimó?

—Es mejor que no te preocupes. —Intenté evitar la situación.

—Ya es demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Ya estoy preocupado.

No pude decir nada más después de esa frase. No era lo que esperaba oír después de todo lo que había pasado. El hombre que tenía delante era rico, poderoso y podría haberse interesado por cualquier mujer del mundo que no fuera yo. Pero seguía allí. Era extraño e incluso incomprensible.

—¿Sigues enfadado porque te robé el reloj?

—Esto ya no se trata de un reloj desde hace mucho tiempo. —La firmeza de su mirada volvió a desconcertarme.

—¿De qué se trata?

—Eso me lo tienes que decir tú, Ilza.

Tragué saliva, seguía aterrorizada y asustada, si decidía hacerme algo no podría escapar, pero al mismo tiempo sentía que era el único hombre en el que podía confiar en el mundo.

Siempre sola, esa ya era una sensación que había dejado de esperar. Poco a poco, aprendí que el mundo no me tragaría si no era muy fuerte. Y ahí estaba yo. Luchando día tras día contra todos los obstáculos que me habían impuesto desde que nací.

—Es algo que tengo que resolver yo sola.

—¿Qué cosa es?

—Nada.

—Ilza... —Frunció el ceño, poniéndose aún más serio, como si eso bastara para sacarme la verdad.

—No me siento bien.

Él retrocedió ante mi táctica para escapar de la conversación.

—De acuerdo. —Al final asintió, pero dudaba que dejara de interrogarme—. Debes de tener hambre.

—No mucho.

—Voy a ver qué puedo conseguir.

—Gracias.

Nicole empezó a moverse y pensé que iba a salir de la habitación, pero se limitó a acercarse a la mesita de noche y marcar un número.

Cuando le contestaron, charló con alguien antes de volverse hacia mí.

—Pedí una sopa, creo que algo ligero estaría bien.

Asentí con la cabeza.

—¿Este hospital pertenece a su familia?

—¿A qué viene esta pregunta?

—He oído que casi todo en esta ciudad pertenece a la familia Bellucci.

—Casi todo.

—Entonces...

—Yo que tú no me preocuparía.

—¿Cómo no lo haría?

—Por ahora, sobrevive.

—Lo intento.

—Puedes hacerlo mejor que eso. —Indicó mi cuerpo, lo que me hizo recordar lo ocurrido y estremecerme.

—Lo haría si fuera posible.

—Quizá si me cuentas lo que ha pasado pueda ayudarte.

—Ya has hecho más de lo que necesito, gracias —respondí demasiado rápido, en un tono áspero que le hizo estremecerse.

—Sabes que puedo hacer más que esto que hice. —Se inclinó hacia mí, mirándome a los ojos, y yo fingí que el escalofrío que me recorría se debía a la medicación.

—Eso no significa que debas hacerlo. —Volví a mi postura defensiva, porque imaginaba que acercarme a aquel hombre podía ser cada vez más peligroso para mí. Solo quería alejarme de todo aquello, pero los hombres de Selenio no estaban dispuestos a permitírmelo.

—¿Por qué no?

—Yo no soy tu problema, Nicolae.

Apretó los dientes, parecía irritado por lo que le había dicho.

—Eso no parecía cuando me pediste ayuda.

—No pensaba con claridad.

—Si no hubiera acudido por ti, ahora podrías estar muerta.

—Estoy agradecida por ello.

—Entonces deja que me ocupe de ti. Solo dime quién lo hizo y lo resolveré.

—Ya estás cubierto de sangre por mi culpa. —Señalé su ropa con la punta de la nariz.

—Mi familia tiene recursos.

—Me lo imagino.

—Entonces déjame usarlos.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué tienes que ser tan terca?

—Solo intento cuidarme.

—No te ha ido tan bien.

—Eso no significa que no lo intentara.

Me tomó de la mano y mi cuerpo volvió a estremecerse. Era mucho más difícil lidiar con esos efectos de lo que había imaginado.



Nicolae

Capítulo veintidós

Era una ladrona, una desconocida, pero la idea de que pudiera estar muerta en ese momento me sacó de mis casillas de una forma que no podía comprender ni afrontar adecuadamente. Me había sentido atraído por muchas mujeres y me había involucrado con docenas de ellas, pero ninguna había tenido ese efecto en mí.

Tal vez fuera porque me desafiaba, o por su mirada decidida incluso cuando no había motivo para ello.

Ilza se había liado con alguien peligroso y yo no quería que acabara muerta, así que estaba dispuesto a protegerla.

Había visto esa historia en mi familia, pero no me preocupaba que volviera a ocurrir en ese momento.

—Yo cuidaré de ti. —Entrelacé mis dedos con los suyos y me aseguré de que sus ojos verdes estaban fijos en los míos.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando me lo permitas. —Me mantuve firme, decidido a convencerla.

Ilza retrocedió, reflexionando sobre mi propuesta. Le costaba confiar en mí y yo averiguaría por qué.

Negó con la cabeza y yo insistí.

—Tienes que mejorar, no podrás ser mi gata si apenas puedes mantenerte en pie.

—¿Y adónde me llevarás?

—A mi casa.

Ella abrió los ojos y pareció tensa.

—Es un lugar seguro.

—¿Cómo puedo estar segura de eso?

—Solo tienes que confiar en mí.

Se balanceó, recalculando, hasta que finalmente asintió.

—Lo decidiré cuando esté mejor.

—La elección es suya.

Mi respuesta la hizo sonreír.



Uza

Capítulo veintitrés

Cuando me dieron el alta en el hospital, Nicolae me acompañó hasta su coche estacionado en una de las plazas de aparcamiento y me ayudó a subirme al asiento de acompañante. Aunque seguía medicándome, tenía varias zonas doloridas, sobre todo la cabeza.

Había una parte de mí que estaba asustada, tensa y desesperada. Ya había pasado por innumerables situaciones que me indicaban la necesidad de no confiar en nadie. Sin embargo, estaba en aquel coche, dirigiéndome a casa de Nicolae. Por muy amable que estuviera siendo conmigo, no podía olvidar quién era y el peligro que podía suponer su familia.

Los Bellucci tenían una reputación que se extendía por todo el mundo criminal, incluso a ladronzuelas como yo. Cuanto más lejos estuviera de ellos, mejor.

Me estremecí, temiendo que descubriera de algún modo la razón de mi paliza y el propósito de Selenio al enviarme a aquella ciudad. El hombre dispuesto a protegerme podía convertirse en el que me mataría en una fracción de segundo.

Todo lo que tenía que hacer era recuperarme y quizás conseguir su ayuda para escapar de Italia y volver a Inglaterra. Desde allí, podría encontrar otro falsificador, o una manera de desaparecer a otro continente.

Me quedé callada todo el camino hasta su casa, escuchando música baja y el caótico sonido del tráfico.

No tardamos mucho en llegar a una cochera donde estacionó el coche cerca del ascensor.

Antes de que pudiera desabrocharme el cinturón, Nicolae se dio la vuelta y abrió la puerta.

—Deja que te ayude.

—No tienes por qué hacerlo. —Luché por levantarme, pero era mucho más difícil de lo que pensaba.

—Sería más fácil si dejaras de hacerlo difícil. —Se rió.

—Ya estás haciendo mucho por mí.

—Entonces, permíteme un poco más. —Nicolae se inclinó y me levantó, acunándome en sus brazos de tal forma que me permitió sentir el sereno aroma de su piel en contacto directo con la mía.

En esos momentos casi podía olvidar todos los peligros.

Me llevó al ascensor y tuve la sensación de que la puerta de la cabina se había cerrado sola, pero probablemente solo era yo. Entramos en el ascensor y subió a la última planta del edificio.

Me bajó en cuanto nos detuvimos frente a una puerta y puso la mano en un panel que leía su huella dactilar, permitiéndonos entrar.

—Bienvenido, Nicolae. —Una voz mecánica sonó al entrar en la habitación justo cuando se encendió la luz.

Me sobresalté y retrocedí ante lo inesperado.

—¿Qué es eso?

—Lola, no tienes que preocuparte por ella.

—¿Lola? ¿Hay una mujer aquí?

Se rió y yo cerré los ojos, aún más confusa.

—Es solo un programa informático.

—¡Ah! —Me avergoncé de no haberlo entendido enseguida. Nunca había sido muy aficionada a la tecnología, por mucho que acabara usando una cosa u otra.

—Puedes quedarte en esta habitación. —Me señaló la primera puerta a la izquierda en un amplio pasillo.

—Gracias.

—Siéntete como en casa mientras encargo algo para comer.

Asentí y entré en la habitación. Era la típica habitación de invitados, con una cama doble y una decoración genérica, como las que veía en los hoteles. Tuve la sensación de que esta habitación no recibía muchas visitas.

A pesar de lo receptivo que se mostró conmigo, imaginé que Nicolae no era un tipo que viviera rodeado de gente. No había fotos suyas en Internet de fiesta o en clubes nocturnos, las únicas imágenes que pude encontrar se referían a actos públicos benéficos organizados por su familia o sus empresas.

El hombre rico y acomodado, a pesar de toda la exposición, parecía esforzarse por tener una vida personal muy discreta.

Me senté en el borde del colchón e intenté mover las piernas hacia arriba. En lugar de mejorar, cada minuto que pasaba me dolía más el cuerpo. Era señal de que el efecto de los analgésicos estaba desapareciendo.

Por mucho que tuviera miedo, la sensación de estar a salvo y protegida era muy tentadora. Dudaba que los hombres del Selenio irrumpieran en casa de uno de los Bellucci para intentar hacerme daño, porque si tuvieran el valor, ellos mismos habrían robado esa corona. Al mismo tiempo, no podía olvidar que aquel hombre que se mostraba tan protector conmigo era el heredero de una de las familias mafiosas más poderosas de toda Europa.

El mejor plan era recuperarme y conseguir ayuda para salir de allí. Desaparecer donde nadie pudiera encontrarme y empezar una nueva vida lejos de todos los criminales del viejo continente.

Intenté moverme, pero me dolían los músculos. Me levanté con un poco de dificultad y fui al baño del dormitorio. En el espejo pude ver mejor las huellas dejadas por la paliza. Tenía el ojo derecho hinchado, puntos en la ceja y varias manchas moradas por toda la cara.

Se me hizo un nudo en el estómago y se me retorcieron las tripas al pensar en lo que podría haberme pasado, pero afortunadamente mis partes íntimas no estaban tan doloridas como el resto del cuerpo.

La idea de que ese trauma se repitiera me producía escalofríos.

El dolor, la humillación...

Tragué saliva y sentí que me ardía la garganta.

¿Nunca tendría paz?

Era como si estuviera predestinada a huir de los demonios toda mi vida.

Oí unos golpes en la puerta que me hicieron dar un respingo del susto y apartarme del espejo. Respiré hondo y me froté las manos antes de acercarme al picaporte y ver a Nicolae en el pasillo.

—¿Va todo bien?

Me limité a asentir con la cabeza.

—Espero que te guste la pasta.

—Llevo suficiente tiempo en Italia como para conocerla bien.

—Me lo imagino. —Esbozó una discreta sonrisa, mostrando sus dientes perfectamente blancos.

Si me olvidara de todo lo que aquel hombre representaba y del peso de su apellido, podría ver fácilmente lo guapo y muy atractivo que era.

—Lo pedí en un restaurante y debería llegar en unos minutos.

—Gracias.

—¿Deseas algo más?

Moví la cabeza negativamente.

—Ya has hecho más por mí de lo que puedo agradecerte.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Es difícil no preocuparse. —Me crucé de brazos con miedo y miré al suelo.

—¿Por qué? —Me agarró la punta del mentón y me levantó la cara, haciéndome estremecer.

—Nadie hace nada por mí sin esperar algo a cambio.

—¿Así que eso es lo que piensas de mí?

—¿Me equivoco? —Conseguí levantar la cabeza y volver a mirarlo con aire de profunda interrogación. Quería verlo directamente a los ojos en busca de algún rastro de verdad cuando me respondiera.

—No tengo segundas intenciones contigo.

—¿No?

—Parece que tienes problemas y quiero protegerte, eso es todo.

—¿Y eso por qué? Solo soy una extraña que te robó.

—Te vi así. —Me tocó la cara, pasando los dedos por el lugar donde me habían puesto unos puntos y bajando suavemente por el contorno de la cara—. Odié eso. No sé quién fue el cobarde que lo hizo, pero lo mataré si me lo dices.

—No importa. —Di otro paso atrás y su mano cayó.

—Sería más fácil si me dijeras con quién te metiste.

—No quiero que te metas con ellos.

—Solo necesito dar algunas órdenes...

—Te dije que lo dejemos así como está —interrumpí. Si enviaba a Nicolae por Selenio, era muy posible que me dieran mucho más que una paliza la próxima vez que me encontraran.

—Ilza...

—Yo sólo... —Las lágrimas se agolparon en mis ojos y me rendí al llanto, en una mezcla de miedo y desesperación.

La idea de que pudieran atacarme de nuevo me aterrorizaba.

—Ey... —Nicolae me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia él—. Todo va a

salir bien. —Me acarició el pelo—. Conmigo estás a salvo.

Cómo me gustaría creer en eso...

Antes de que pudiéramos pasar demasiado tiempo juntos, nos interrumpió la voz robótica de Lola.

—Nicolae, el pedido del restaurante ha llegado.

—Pídele al repartidor que suba. —Se apartó de mí y dejé escapar un suspiro de esperanza y miedo.

—Está bien.

—¿Nos escucha siempre? —pregunté con curiosidad.

—No te preocupes, es solo una máquina.

Asentí y se alejó para reunirse con el repartidor en la puerta. La tecnología era bastante común, pero aún así no podía dejar de sospechar. Quizá con un poco más de tiempo dejaría de ser tan extraño.

—Ven a comer. —Nicolae hizo una señal desde el salón.

—Ahí voy.

Pensé que podía permitirme la ilusión de que estaba a salvo al menos durante unos días antes de idear un buen plan para escapar.



Nicolae

Capítulo veinticuatro

Quería saber qué le había pasado, a qué tenía tanto miedo Ilza y, sobre todo, quién la había atacado, pero se mostraba escurridiza y temerosa. Por mucho que lo deseara, no parecía confiar en mí lo suficiente como para abrirse. Para alguien con sus antecedentes, debía de ser difícil creer que alguien tuviera realmente buenas intenciones con ella.

Yo mismo seguía sin comprender mis verdaderas motivaciones para haber convertido a aquella mujer en mi problema. Los sentimientos eran confusos y las situaciones conflictivas, pero la necesidad de protegerla era mayor que cualquier racionalidad mía.

Quizá Ettore podría entenderme y ayudarme a encontrar la lógica en medio del caos, pero al mismo tiempo no estaba seguro de si era buena idea decirle que me estaba involucrando así con una desconocida.

Después de un almuerzo silencioso, sin que ella dijera nada y sin que yo insistiera, Ilza volvió a su habitación y yo me senté en el salón. Encendí la televisión con algún programa y fingí estar viéndolo mientras mi mente divagaba.

Saqué el móvil del bolsillo cuando empezó a vibrar.

Dante:
Sigo esperando ese informe.

Nicolae:
Ya te lo envío, me olvidé.

Dante:
¿Olvidar? Nunca te olvidas de nada.

Nicolae:
Surgió algo.

Dante:
¿Algo de lo que deba preocuparme?

Nicolae:
No.
Te enviaré el informe en unos minutos.

Dante:

De acuerdo.

Me dirigí a mi despacho y abrí el ordenador en el sistema de la empresa, busqué los archivos que necesitaba y reenvié el informe a mi primo. Dante siempre tenía que estar al tanto de todo y gestionarlo de cerca.

Para cuando mi tío Marco le cediera finalmente el título, Dante habría tenido que demostrar su valía delante de la familia y de todos nuestros socios comerciales, para asegurarse de que la estructura de la mafia no se tambaleaba bajo la nueva dirección. El peso sobre sus hombros era demasiado grande y todos lo habíamos visto desde pequeños.

Dante:
Recibido.

Nicolae:
Estupendo.

Dante:
Te quiero en la mansión para una reunión mañana por la noche.

Nicolae:
Allí estaré.

Mi primo dejó de enviarme mensajes, pero antes de que pudiera guardar el móvil, recibí uno de mi hermano mayor, casi como si sus pensamientos estuvieran conectados con los míos.

Ettore:
Has desaparecido.

Nicolae:
Estuve resolviendo problemas.

Ettore:
¿Cuáles?

Nicolae:
Personales.

Ettore:

Nunca tienes asuntos más importantes que la empresa, Nic. Tu vida siempre han sido las finanzas desde que nuestro padre te transfirió esa función.

Nicolae:

He resuelto lo que necesito a partir de aquí. No hay de qué preocuparse.

Ettore:

¿Seguro?

Prácticamente desapareciste de la fiesta de nuestro abuelo.

Nicolae:

Tuve que irme.

Ettore:

¿Por qué?

Nicolae:

Algo que tuve que resolver. Nada de lo que debas preocuparte.

Ettore:

No sueles esquivarme. Saber que, pase lo que pase, siempre puedes contar con el resto de la familia. Aprendí por las malas que la bomba siempre estalla y es mejor estar preparado.

Nicolae:

Aún no sé exactamente a qué me enfrento.

Ettore:

Tal vez te pueda ayudar.

Nicolae:

Me involucré demasiado con una mujer en peligro.

Ettore:

Conozco esa historia, ja, ja, ja.

¿Dónde estás?

Nicolae:

En casa.

Ettore:

¿Quieres que vaya allí?

Nicolae:

No es necesario.

Ettore:

¿Tienes un nombre? Sabes que Thiago puede arreglarlo.

Nicolae:

No lo sé aún. Aún no confía en mí lo suficiente como para decirme de quién huye, pero lo averiguaré.

Ettore:

¿Qué le ha pasado a ella?

Nicolae:

La golpearon, pasó la noche en el hospital y ahora duerme en mi habitación de invitados.

Ettore:

¿Puedo asumir que es la chica que querías que buscara ese día que fuiste a mi casa?

Nicolae:

Sí, es ella.

Ettore:

Ellas nos atropellan incluso sin querer, ja, ja, ja.

Nicolae:

No debería sentirme así, apenas la conozco.

Ettore:

No te martirices intentando comprender.

Solo tenemos que tener cuidado con la confusión que nos puede traer. Envíame su nombre y una foto, veré qué puedo averiguar y estaré alerta. Si ha sido atacada, podrían volver por ella.

¿Quieres que envíe hombres a vigilar tu piso?

Nicolae:

No hace falta, mis defensas físicas están activas, si vienen soldados acabarán llamando la atención de Nina. Quiero que Ilza se sienta segura antes de tener que lidiar con el resto de la familia.

Ettore:

Sabes que si la conviertes en tu problema, no podrás salir de eso. Por mucho que creas que puedes.

Nicolae:

Tú y Thiago ya lo han demostrado.

Ettore:

Es bueno que ya seas consciente.

Nicolae:

Su nombre es Ilza Smith.

Ettore:

Veré qué puedo encontrar.

Nicolae:

Gracias.

Ettore:

Avísame si necesitas ayuda.

Nicolae:

Perfecto.

No perdería el tiempo pensando que podría descartarla una vez resuelta la situación. Sin embargo, eso no significaba que todo sería más fácil, porque ella seguía sin confiar en mí.



Uza

Capítulo veinticinco

Me desperté pasadas las diez de la mañana, con las cortinas cerradas, sin darme cuenta de que el día se había alargado tanto. Me sobresalté y salí de la cama a toda prisa. Seguía dolorida, pero mi cuerpo reaccionaba mucho mejor que el día anterior, y con un poco más de descanso esperaba poder olvidar incluso la paliza que me había dado.

Caminé por el pasillo y entré en el salón, buscando a Nicolae, pero no lo encontré. Sentí una punzada de ansiedad. ¿Se había ido y me había dejado sola?

El piso seguía pareciendo seguro. No había señales de invasión ni de peligro inminente, pero seguía temiendo que me sorprendieran.

—¿Nicolae? —Lo llamé siguiendo mis instintos, aunque mi racionalidad me dejaba claro que no había razón para desesperar.

—¿Ilza? —Abrió una de las puertas y salió, mirándome fijamente.

No pude contener un suspiro de alivio cuando mis ojos se encontraron con los suyos.

—¿Está todo bien?

—Pensé que te habías ido.

—En realidad, estaba trabajando desde mi despacho. —Señaló la puerta entreabierta y pude ver un ordenador.

—¡Ah!

—No hay por qué asustarse, todo va bien.

—Gracias. —Me abracé a mí misma como si me hubiera golpeado una ráfaga de viento helado.

—Eh... —Me ofreció la mano y me quedé mirándole la palma durante un largo momento mientras pensaba si debía tomarla o no. —¿Qué te parece si buscamos algo para que desayunes?

—Yo...

—Vamos. —Al cabo de un rato acabé aceptando su palma, era cálida, acogedora y extrañamente me traía paz.

Por mucho que quisiera confiar en él, mi instinto seguía diciéndome que involucrarse con un mafioso era peligroso. Si Selenio y sus hombres tenían miedo de aquella familia, ¿por qué no iba a tenerlo yo?

Nicolae me acomodó en la mesa del comedor y fue a la cocina, abrió la nevera y pareció

buscar algo para que comiera.

—¿Sigues teniendo mucho dolor?

—No.

—Los médicos me dejaron una receta: si el dolor no desaparece, puedo ir a la farmacia.

—Estoy bien.

Tardó un poco en llegar hasta mí, pero cuando lo hizo, sacó una bandeja con tostadas, mermelada, leche y algo de fruta.

—Gracias.

Me dedicó una discreta sonrisa, pero no dijo nada más. Sin embargo, mientras aquel hombre me miraba fijamente, traté de identificar lo que pensaba de mí.

Comí despacio mientras mi estómago se acostumbraba a la comida.

En cuanto terminé, Nicolae seguía mirándome.

—Creo que ya puedo irme. Me he recuperado y te agradezco tu ayuda, pero puedo arreglármelas sola. —Empujé mi cuerpo para levantarme, pero me agarró de la muñeca y me obligó a mirarlo de frente.

—No voy a dejarte sola ahí fuera corriendo riesgos. —Su tono era firme y autoritario hasta el punto de hacerme estremecer.

—Te agradezco todo lo que has hecho, pero no tienes que cuidar de mí.

—Desde que te cruzaste en mi camino te has convertido en mi problema, Ilza.

—Pero...

—Siéntate. —Me soltó la muñeca y caí en la silla.

Mi cuerpo temblaba, y al mismo tiempo que me gustaba saber que alguien se preocupaba por mí, tenía miedo de cómo podrían acabar las cosas.

—Quiero poder irme a casa —gemí.

—¿Tienes casa?

Tragué saliva y mi falta de respuesta fue suficiente.

—Lo supuse.

—Pero lo arreglaré.

—No parece que te vaya muy bien.

—Lo estaba hasta que... —Fruncí los labios cuando me di cuenta de que había dicho demasiado.

—¿Hasta qué? —insistió, exigiendo una respuesta.

—Nada.

—Si no me cuentas de una vez por todas lo que pasa, no podré ayudarte.

Me callé.

—¿Debes dinero?

Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué te amenazan?

—Quieren que robe algo.

—¿Algo como qué?

—Nicolae...

—Si no me lo dices, lo averiguaré. —Fue firme—. Tengo los recursos. Entonces, ¿qué prefieres?

Me estremecí y no pude contener las lágrimas que se acumulaban en mis ojos y corrían por mi cara.

—¡Eh!

—No quiero que me hagas daño.

—No lo haré.

—Todo el mundo siempre me hace daño.

—No voy a dejar que te toquen de nuevo, pero primero necesito saber qué está pasando.

Me acobardé, asustada. Quizá aquel mundo era mucho más de lo que una simple chica como yo podía soportar, pero, al mismo tiempo, sentía que si no le decía la verdad, podría ser aún peor. Nicolae estaba siendo amable conmigo, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo podría seguir así.

—Adelante, Ilza.

—Yo... —Respiré hondo—. Los hombres que me hirieron sirven a Selenio Grigoriy, quieren que robe una corona que tu familia recibió de un papa hace siglos.

—¿Selenio Grigoriy de la mafia suiza?

Afirmé con la cabeza.

—¿Así que por eso te acercaste a mí? —Apretó los dientes con una expresión seria que me hizo estremecerme.

—Yo... El reloj... El reloj fue solo una coincidencia. Se me acercaron después.

—¿Por eso estás aquí, para intentar robar a mi familia?

—Nunca pensé que fuera posible. Solo robo a turistas para sobrevivir, no tengo ni idea de dónde guardas esa corona. Intentaba escapar cuando los hombres de Selenio me atraparon. Mataron al falsificador de documentos y me dieron una paliza.

—¿Por qué debería creer en tu palabra? —Se inclinó hacia mí y me estremecí de asombro.

—No tienes que creerme, solo déjame ir. —Intenté levantarme de nuevo, pero él se levantó igual de rápido.

—Quédate donde estás.

—Pero... —Tragué saliva de nuevo.

—Voy a verificar tu historia.

—Nicolae...

—Ya he dicho que voy a protegerte y aún no he cambiado de opinión.

Me abracé a mí misma, un reflejo involuntario, y permanecí en silencio mientras él se alejaba de mí. ¿Qué podía esperar cuando descubriera la verdad?



Nicolae

Capítulo veintiséis

¿Qué podía esperar de una ladrona aparte de planear un robo?

Por indefensa e ingenua que pareciera, no podía confiar ciegamente en ella y poner a mi familia en peligro, independientemente de lo que pudiera sentir por ella. La familia Bellucci era y siempre sería mi prioridad, pasara lo que pasara.

La dejé en el salón y me dirigí a mi despacho, cerrando la puerta. Encendí la cámara para no perderla de vista y tomé el móvil para enviar un mensaje a mi hermano mayor. Ettore era el único con quien había hablado del asunto y esperaba que ya hubiera investigado más a fondo para ayudarme con este dilema.

Nicolae:

¿Qué tienes sobre ella?

Ettore:

Tiene algunas infracciones policiales por robo.

Nicolae:

¿Qué más?

Ettore:

Nada, ¿por qué? ¿Sospechas algo?

Nicolae:

¿Cuál es su conexión con la mafia suiza?

Ettore:

¿Crees que hay alguna conexión?

Nicolae:

Estoy intentando averiguarlo.

Ettore:

¿Qué sabes que no me estás contando?

Nicolae:

La han enviado a robar una corona regalada por un Papa, imagino que la de Santa Filomena, que la abuela guarda en la caja fuerte de la mansión. Quiero estar seguro de si es solo una víctima o si está metida con ellos.

Ettore:

¿Hay alguna diferencia?

Nicolae:

Claro que sí.

No quiero que me manipulen.

Ettore:

¿No te das cuenta de que ya estás siendo manipulado?

Nicolae:

¿Qué quieres decir? No es así.

Ettore:

Manipulado por tus propios sentimientos.

Nicolae:

Eso es una locura.

Ettore:

Es mucho más sencillo de lo que parece.

Nicolae:

¿Adónde quieres llegar?

Ettore:

No lo pensaste dos veces antes de llevarla a tu casa.

Nicolae:

Pero ella está muy lejos del resto de nosotros.

Ettore:

¿Estás seguro?

Nicolae:

No me estás ayudando.

Ettore:

Veré qué información puedo conseguir.

Nicolae:

Mejor así.

Ettore:

Te informaré en cuanto lo sepa.

Nicolae:

Estupendo.

Intenté no pensar en lo que me había dicho mi hermano, aunque mi mente seguía dando vueltas.

¿Había dejado que Ilza se acercara demasiado y podría pagar un alto precio por ello?

Después del director de la Interpol que se vinculó con mi hermana, deberíamos haber aprendido una importante lección al respecto.



Uza

Capítulo veintisiete

¿Me abrazaría o me mataría?

Esa era la pregunta que resonaba en mi cabeza mientras estaba sentada en el comedor mirando hacia el pasillo por el que había desaparecido Nicolae.

¿Qué me haría cuando saliera de allí? ¿Qué estaría haciendo allí? Por mucho que una parte de mí quisiera confiar en aquel hombre con mi propia vida, tenía pruebas suficientes para darme cuenta de lo cruel que era el mundo conmigo.

En el momento en que Nicolae Bellucci supo la verdad sobre mí, era muy probable que no quisiera escucharme, al igual que los hombres de Selenio.

Con un nudo revolviéndome la boca del estómago, me levanté. Corrí hacia la puerta e intenté abrirla, pero estaba cerrada. Busqué una llave en la habitación, pero no la encontré. El panel funcionaba con huella digital, que claramente no sería la mía.

¿Y si intento saltar por la ventana?

Ya había entrado y salido de muchos sitios así antes, ¿y quizá esta vez también sería posible? Corrí hacia la ventana y miré hacia abajo. Estaba bastante alto. Decenas de metros separaban el piso en el que me encontraba de la calle por la que pasaban varios coches.

—¿Crees que vas a alguna parte?

Me di la vuelta por impulso y vi a Nicolae de pie en el pasillo. Tragué saliva. Me froté las manos frías.

—¿Vas a matarme?

—Depende. —Se metió las manos en los bolsillos.

—¿De qué?

—De lo que realmente quieres hacer.

—Ya te he dicho la verdad.

—¿Esa es la verdad? ¿Y si todo esto es solo parte de tu plan?

—¿Plan? —abrí los ojos de par en par—. ¿Qué plan?

—El que tú y los suizos tienen para atacar a mi familia.

—Todo lo que Selenio quiere es esa corona.

—¿Es realmente así?

—Eso es todo lo que sé.

—Quisiera creerte, pero puede que solo seas una gran actriz.

—Entonces déjame ir.

—¿Para contarle a tu jefe lo que has descubierto?

—¿Qué he averiguado? —Enarqué una ceja—. Yo no sé nada.

Nicolae me miró fijamente durante unos minutos, y me estremecí al pensar en lo que podría hacerme cuando dio un paso hacia mí.

Por desgracia, su sentido de la protección no duró mucho. Siempre fue así, ni siquiera debí hacerme ilusiones. Siempre me veían como la villana, no importaba en qué situación me metiera. Yo solo quería poder sobrevivir en paz, sin tener que preocuparme por alguien que intentara acabar conmigo.

Nicolae se acercó un poco más y cerré los ojos. Pensé que iba a hacerme daño, pero entonces oí su voz.

—Lola, abre la puerta de entrada.

—Está bien.

Oí un ruido, luego la puerta se abrió. Como por arte de magia. Nicolae no dijo nada, solo me indicó que me fuera. No me lo pensé dos veces antes de salir corriendo. Era mi oportunidad de escapar. Aunque no sabía si sería seguro salir, quería seguir corriendo.

No dejé que el dolor me molestara hasta que estuve a dos manzanas del edificio donde vivía. Había sobrevivido todos esos años y podía vivir unos cuantos más cuidando de mí misma. Nicolae cuidando de mí era tentador, pero demasiado irreal para dejarme seducir.

Él fue la clave para que yo escapara con vida y, en cierto modo, le estaba agradecido por ello.



Nicolae

Capítulo veintiocho

Unas horas más tarde, cuando vi que llamaban con fuerza a la puerta de mi casa, pensé que era ella. El corazón me dio un vuelco en el pecho y sentí un sabor amargo en la boca. No debería haberla dejado marchar así, aunque seguía sin estar seguro de qué hacía cerca de mí. ¿Era una enemiga? ¿Era una espía? ¿O solo una joven indefensa que necesitaba mi protección?

—Lola, ¿quién es?

—Tu hermano Ettore. ¿Puedo dejarlo entrar?

—Sí.

La puerta se desbloqueó y mi hermano entró en la sala, acercándose a la mesita de café que había frente a mí.

—¿Está en la habitación de invitados?

Negué con la cabeza.

—¿En otra habitación?

—La dejé marchar porque era lo que tanto ella deseaba, y espero no haber cometido un gran error.

—Depende de lo que tú consideras un error.

—¿A qué te refieres? ¿Es un peligro o no?

—A menos que los suizos hayan logrado ocultar muy bien esa información, ella te ha dicho la verdad. La están coaccionando para que les haga el trabajo sucio.

—¿Seguro?

—Sí.

Mi hermano siguió mirándome y yo permanecí en silencio. La había dejado marchar a pesar de que había prometido protegerla. Si aquellos hombres realmente le exigían que nos robara, era muy posible que volvieran a por Ilza.

¿Sabría cuidarse tan bien como creía?

—¿Qué vas a hacer? —Ettore siguió mirándome como esperando a que tomara una decisión.

—No lo sé.

—Creo que sí sabes...



Uza

Capítulo veintinueve

Debería haber alguna forma de escapar del continente sin necesidad de documentos.

No dejaba de pensar en ello mientras caminaba por las calles de Roma. La gente que pasaba no se fijaba en mí, ni siquiera se daba cuenta de que era una fugitiva.

Odiaba los períodos que había pasado en la cárcel, pero era aún más terrible pensar que podía acabar peor. Cuando empezó a oscurecer y mis brazos temblaban por el frío de la noche, pensé que una celda caliente y algo de comida no estarían tan mal. Había enemigos mucho peores que la policía persiguiéndome.

Recordé a Nicolae y su promesa de protegerme. Parecía tan vago y vacío como el banco de la parada de autobús donde me sentaba a descansar las piernas doloridas. Al final, mis temores se confirmaron cuando descubrió la verdad.

Nadie me protegería. Esa era la única certeza que tenía para el resto de mi vida. No me protegieron cuando lo necesité. En ese momento, entonces, solo podía contar conmigo misma.

Respiré hondo mientras empezaba a dolerme el estómago. Tenía hambre, pero no llevaba ni una moneda en el bolsillo. Tendría que conseguir dinero, pero mi cuerpo aún debilitado hacía que mis movimientos fueran mucho más lentos de lo habitual.

No sabía exactamente dónde estaba, solo que había caminado mucho. Poco a poco, a medida que oscurecía, la calle se iba quedando más y más vacía.

Sentí un escalofrío mientras miraba a un lado y a otro sin ver a nadie. Me di cuenta de que tenía que salir de allí. Me levanté y me dirigí hacia el semáforo de la esquina. Pero antes de llegar a una tienda abierta, un grupo de hombres se cruzó en mi camino. No se parecían en nada a los secuaces de Selenio, pero eran aún más horribles. Intenté pasar junto a ellos, pero antes de que pudiera, uno me agarró del hombro y tiró de mí hacia atrás.

—Suéltame —le supliqué con una voz llena de profunda desesperación.

—¡Cálmate, chica! Solo queríamos saludarte. —El que me había agarrado soltó una carcajada oscura que me aterrorizó aún más.

—Llego tarde.

—¿Llegas tarde a dónde? Podemos llevarte.

—No es necesario. —Intenté esquivarlo de nuevo, pero no me dejó.

—Insisto. —Se inclinó para oler mi cuello.

—Por favor, déjame ir.

—¿Por qué habría de hacerlo? No todos los días te encuentras con una pelirroja así de guapa sola y necesitada de compañía.

—¡Suéltame! —Intenté apartarlo, pero me agarró de la muñeca.

—¿Puede ser que el vello de abajo sea el mismo color que el de arriba? —Otro chico me tocó indebidamente entre los muslos e intenté darle una patada, pero el dolor en la pierna me recordó la paliza que me habían dado—. Eso es lo que quiero averiguar.

—¡No, por favor!

No había nada peor que volver a ser tocada a la fuerza. El pánico me consumía mientras lloraba, gritaba y gemía. Cuando me abrieron la blusa, sentí como si me arrancaran la piel.

¡Ayuda!

Mis súplicas eran inútiles porque nadie podía ayudarme.

Dominada por la desesperación, apenas oí el chirrido de los neumáticos cuando un coche se detuvo junto a donde yo estaba. El vehículo negro me resultaba extrañamente familiar.



Nicolae

Capítulo treinta

Deberías haber cuidado mejor de ella.

Ese fue el pensamiento que se me pasó por la cabeza cuando detuve el coche, frenando tan bruscamente que los neumáticos chirriaron. Los hombres que estaban encima de ella se sobresaltaron por el ruido, pero no se apartaron. Salí del coche sin pensármelo dos veces y me abalancé sobre ellos.

Agarré a uno por el hombro y tiré de él hacia atrás con todas mis fuerzas, dándole un puñetazo en la cara. En el momento del golpe, los demás me vieron como una amenaza y se giraron hacia mí, soltando a Ilza como si fuera una muñeca sin vida, haciéndola caer sentada sobre el sucio y frío suelo.

—¡Aléjate, idiota!

—Será mejor que se vayan —dije entre dientes, resoplando como un animal feroz.

—¿No te das cuenta de que estás en desventaja?

Me limité a entrecerrar los ojos, preparándome para hacerles frente. Pronto descubrirían que no era yo quien estaba en desventaja.

Todos se abalanzaron sobre mí y yo esquivé un puñetazo, girando sobre mí mismo y golpeando al tipo con un codo en la espalda. Otro, más grande, intentó agarrarme por el cuello y le di un golpe desde arriba, dándole de lleno en la mandíbula y dejándolo mareado.

Con mi visión periférica, vi que uno recogía del suelo un viejo y viscoso trozo de madera y acercarse a mí con él, pero antes de que me alcanzara, lo agarré, sintiendo unas cuantas astillas en la palma de la mano. Se lo arrebaté y lo utilicé para golpearlo, pero antes de que pudiera hacer lo mismo con los demás, se asustaron y salieron corriendo como los cobardes que eran.

Tiré la madera al suelo y me acerqué a Ilza, que se encogió aún más, sollozando de terror.

—Aquí estoy. —Intenté calmarla—. Ahora estás a salvo.

—¡Largo! —No era el tipo de reacción que esperaba.

—Ilza...

—Déjame en paz.

—Tienes que venir conmigo.

—No... —Todavía estaba temblando, parecía estar en profundo shock.

Me incliné para levantarla e Ilza me empujó.

—Necesito sacarte de aquí.

—Déjame.

—¡No! —Le rodeé la cintura con las manos y tiré de ella hacia mí, levantándola en el aire y acunándola en mis brazos mientras protestaba.

La llevé a la parte trasera de mi coche y la puse allí. Me martirizaba por haberla encontrado así porque sabía que era culpa mía. Nunca debí dejarla sola.

—¿Adónde me llevas?

—A mi casa.

—¡Déjame aquí! —Golpeó con las manos la ventanilla del coche.

—¿Para que puedan atacarte de nuevo?

Se encogió y empezó a llorar de nuevo.

Cada lágrima que derramaba hacía que mi martirio fuera aún peor, porque sabía que era culpa mía, de lo contrario no estaría así si yo no la hubiera abandonado.

Estaba claramente agotada, porque después de llorar mucho, se quedó dormida en el asiento trasero de mi coche. Cuando llegué al garaje, la recogí y la llevé a mi piso.

Ni siquiera se movió cuando la acomodé suavemente sobre las sábanas limpias de la cama de la habitación de invitados. Aún tenía las marcas de la paliza anterior por toda la cara y el resto del cuerpo. Todo había sido culpa mía.

Me di cuenta de que la línea entre confiar en una mujer extranjera y dejarla entrar en mi vida, a sabiendas de los riesgos que ello podía entrañar, era muy delgada. No quería poner en peligro a mi familia y, al mismo tiempo, me sentía responsable de todo lo que a ella le ocurría.

Si Ilza no era solo una víctima de toda la situación, sabía fingir muy bien.



Uza

Capítulo treinta y uno

Estaba tan agotada que tardé en abrir los ojos, el peso de la cabeza y el resto del cuerpo me impedían moverme.

Me dolían las sienes y los párpados me pesaban más que nunca. Cuando me di vuelta, oí su voz.

—Te estás despertando, eso es bueno. Estaba empezando a preguntarme si necesitaba llamar a un médico.

—¡Nicolae! —Me obligué a abrir los ojos y me apoyé en la cabecera.

—Todo va bien.

Estaba sentado en el borde de la cama y parecía vigilarme mientras dormía. A pesar del miedo que me daba volver a estar delante de él, había una parte de mí que parecía agradecida por su presencia. No quería ni pensar en lo que podría haberme pasado si él no hubiera aparecido la noche anterior y se hubiera librado de aquellos hombres. Al mismo tiempo, el hecho de que hubiera salido tan bien parado de una desventaja tan grande demostraba lo peligroso que era.

—¿Crees que puedes ponerte de pie? Un baño te vendría bien.

—Tú... —No pude terminar la pregunta, pero él entendió.

—Acabo de sacarte del coche y acostarte aquí.

—Gracias.

—Date una ducha. Te traeré algo de comer.

—Yo... —Busqué sus ojos, pero rápidamente me aparté por vergüenza.

—¿Tú? —insistió en que hablara.

—No tengo nada que ponerme.

—Me ocuparé de ello.

—Gracias.

Nicolae se levantó y salió de la habitación.

Poco a poco, las imágenes de la noche anterior se apoderaron de mi mente como flashes de una película de terror. Aquellos hombres enormes viniendo hacia mí. La mirada depredadora en sus ojos, la falta de piedad y la voluntad que se impondría a la mía.

Sollocé mientras me abrazaba a mí misma e intentaba no pensar en lo que habría pasado si Nicolae no hubiera aparecido.

Fui una sobreviviente...

Había repetido esa frase tantas veces, pero ya ni siquiera sabía si podía creérmela. Si había alguien decidiendo mi destino, parecía ser un individuo bastante cruel y sádico.

Volví a revolverme cuando Nicolae entró de nuevo en la habitación. Llevaba en la mano una blusa blanca planchada y bien doblada.

—Es mía, puedes quedártelo hasta que te compre prendas nuevas.

—Me las arreglaré con esto.

—¿Por qué no lo aceptas y dejas que te ayude? —Se acercó, dejó la blusa en la mesita de noche y se inclinó hacia mí de un modo que atrajo mi mirada sin que pudiera evitarlo.

—¿Para que puedas matarme a la primera oportunidad?

—Si quisiera matarte, ya estarías muerta.

Tragué saliva ante su franqueza y sin titubeos. Eso me bastó para estar segura de que estaba siendo sincero conmigo.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Depende de ti.

—¿A qué te refieres?

—¿Intentarás robar a mi familia o vas a dejar que te proteja?

—Nunca tuve la intención de robar a tu familia. Todo lo que quería era poder escapar de aquí, pero ni siquiera pude hacer eso. Los hombres de Selenio destruyeron mi única oportunidad de escapar.

—¿Qué oportunidad?

—Había negociado con un falsificador de documentos para poder marcharme. Tendría un nuevo nombre y una nueva oportunidad lejos de Europa.

Nicolae frunció el ceño mientras me observaba, seguía pareciendo un poco desconfiado, pero aun así me dio un voto de confianza.

—¿Dónde está ese falsificador?

—Lo mataron.

—¿Todavía quieres huir?

—¿No es la mejor opción?

—Tengo otras opciones.

—No sé si esas opciones son las mejores para mí. —Contuve la respiración durante unos

segundos, mientras no podía hacer otra cosa que mirarlo fijamente a los ojos.

Creer a Nicolae era una opción, una salida, pero no era un bienhechor ni un simple vividor de familia rica y honrada. Detrás de ese rostro que rozaba lo angelical, de esos ojos encantadoramente claros, había un hombre lo bastante peligroso como para enfrentarse a otros tres y no sudar.

No es que no estuviera metida en el mundo criminal. Había aprendido a robar a una edad temprana, era la forma que había encontrado para sobrevivir, pero con él, tenía miedo.

—Los hombres de Selenio ya no te harán daño.

—¿Cómo puedo creerte?

—De la misma forma que yo estoy dispuesto a creer en ti. Solo tienes que prometerme que no traicionarás mi confianza.

—¿Y si te traiciono?

—Ninguno de nosotros quiere pensar en ese resultado.

Respiré hondo, sintiendo que se me helaba la sangre y me latía con fuerza el corazón. Era peligroso, me daba escalofríos, y al mismo tiempo sentía que no había otra persona que pudiera protegerme del destino que me aguardaba.

Aquel agonizante conflicto interno me estaba volviendo loca. Seguramente, cuando Selenio me eligió para aquella misión, sabía que sería mi fin.

—Ahora vete a ducharte. Voy a salir. Te traeré algo de comer y te compraré algo de ropa. Volveré pronto.

—Nicolae, espera... —Me incliné hacia él, le agarré del brazo y lo obligué a mirarme de nuevo.

—¿Qué te pasa? —Se giró para mirarme.

—No me dejes sola. —Entrecerré los ojos y fruncí los labios en una expresión de pura súplica.

—Este piso es una fortaleza, nadie entrará —me aseguró como si estuviera cien por cien seguro de ello.

—¿Pero si entran?

—Nadie entrará. Seré breve, intentaré volver antes de que termines de ducharte.

—De acuerdo. —Solté su muñeca lentamente hasta que mi mano colgó hacia abajo.

Nicolae se me quedó mirando unos segundos más hasta que se marchó y acabó dejándome sola. Cuando oí el ruido de la puerta al cerrarse, me levanté, entré en el cuarto de baño y cerré la puerta. Por mucho que la cerradura no garantizara que mis demonios se quedaran fuera, al menos me daba una ilusoria sensación de seguridad.

Me deshice de mi ropa sucia, arrugada y rota, dejándola en un rincón en el suelo. Me metí en la ducha, cerrando la puerta de cristal. Cuando abrí la ducha y el agua caliente recorrió mi cuerpo, trazando mis contornos, chillé al sentir el dolor latente que irradiaban los moratones. Todavía tardaría un tiempo en recuperarme de las marcas, pero no era exactamente el dolor externo lo que me preocupaba.

Eché la cabeza hacia atrás, dejando que el agua caliente corriera por toda mi cara, mojara los mechones de mi pelo y recorriera mi espalda. Respiré hondo varias veces mientras intentaba calmarme. Por mucho que el dolor fuera grande, el agua me estaba calmando de verdad.

Afrontar el conflicto que llevaba dentro no era fácil. Seguía pensando que Nicolae estaba esperando el momento oportuno para hacerme algo terrible. Al mismo tiempo, quería creer que por fin había encontrado a alguien que me protegería.



Nicolae

Capítulo treinta y dos

Los sentimientos eran como una avalancha, una bola de nieve rodando sin control cuesta abajo y llevándose todo lo que encontraba a su paso. Yo solía ser un hombre centrado. Pensaba solo en los negocios, en hacer mi mejor trabajo para toda mi familia. Sentía que había hecho muy bien mi misión hasta ese momento. Pero desde que Ilza se cruzó en mi camino, ya no entendía lo que hacía. Perdí la racionalidad en cada una de mis acciones. Me sentía confuso y al mismo tiempo nunca había visto un norte tan claro. ¿Era siempre así? ¿O a la gente le afectaba de forma diferente? Es cierto que no sabía cómo actuar. Al mismo tiempo que sentía que tenía que hacerlo lo mejor posible, sabía que lo estaba haciendo todo mal. Tenía miedo, y si yo fuera ella, sentiría lo mismo.

Bellucci era un nombre de espanto en toda Italia. Mi familia se había asegurado de que fuera así. No había razón para que fuera diferente. Sin embargo, de una cosa estaba seguro: no podía dejar que aquella mujer se me escapara otra vez. No había vuelta atrás, no había otro destino que aceptar que me había involucrado más allá del punto en el que podía dar marcha atrás.

Intenté ser lo más breve posible, volviendo a casa a tiempo para cumplir mi promesa. Salí del coche, recogí las bolsas y subí a mi piso. Cuando volví al dormitorio, Ilza estaba sentada en la cama, con mi camisa puesta y la mirada fija en ninguna parte.

No pude evitar que mis ojos se posaran en ella. Mis labios se humedecieron al ver cómo mi camisa se amoldaba a su cuerpo. Era hermosa, no podía negarlo. Permanecí en completo silencio. Tardó un rato en darse cuenta de que estaba allí.

—¡Nicolae! —Se sobresaltó y se giró en mi dirección.

—Quizá tardé un poco más de lo prometido.

—No pasa nada. —Sonrió—. Acabo de salir del baño.

—¿Ayudó el baño?

—Ha sido un poco doloroso por los moratones, pero ya me encuentro mejor.

—Eso me hace feliz.

Su estómago empezó a rugir e Ilza se encogió hacia atrás, avergonzada.

—Creo que tienes hambre. —Me reí.

—Puede que sí.

—Acompáñeme. —Le ofrecí mi mano y esperé un momento—. Vamos a comer algo.

Ilza se me quedó mirando un rato hasta que por fin aceptó mi mano y se levantó. Fuimos a la mesa del comedor donde había dejado las bolsas de comida y tomé algo de fruta para que la comiera mientras preparaba tostadas.

No dijo ni una palabra, pero sentí sus ojos clavados en mi espalda cuando me enfrenté al fregadero de la cocina. Sentí su miedo suspendido en el aire, como si yo fuera un animal capaz de olfatearlo.

Me habían creado para que la gente me tuviera miedo. Pero con ella solo quería poder hacerla sentir segura. Aunque me quedaba claro que estaba fallando en eso último.

Puse la tostada en un plato y volví junto a ella, sentándome frente a frente y llamando su atención de nuevo.

—Toma una.

—Gracias.

La miré comer sin moverme siquiera. Temía que cualquier reacción mía pudiera asustarla. Pero Ilza acabó dándose cuenta de mi estado.

—¿No vas a agarrar nada? —se inclinó hacia mí.

—Estoy esperando.

—¿Por qué?

—Para que no vuelvas a escaparte.

—¿Quién dice que voy a huir?

—Creo que una vez fue suficiente.

—Tal vez.

Nos miramos en silencio durante un largo rato. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada. Para ser sincero, yo no sabía qué decir e imaginaba que ella estaba en la misma situación.

Tenía un poco de mermelada en la comisura de los labios y, por puro reflejo, se la limpié con el dedo. Ilza no se inmutó ni mostró miedo ante mi comportamiento. Eso hizo que me sintiera más cómodo acercándome a ella. Era como si yo fuera un hombre joven y ella la primera mujer hermosa que veía en mi vida. Lo cual no era cierto. Lidiar con esos sentimientos, tan confusos, tan intensos, revolviéndose en mi estómago, casi me hizo enfermar.

¿Por qué una sola mujer era capaz de provocar todos esos efectos con tanta intensidad?

¿Qué tenía ella de diferente con respecto a las demás que con solo mirarla no sabía qué

decir?

¿Qué riesgos corría realmente al dejarme involucrar de una forma tan intensa y adentrarme en un terreno que no conocía?

Quizá debería hablar con mi hermano mayor. Ettore había vivido una situación parecida, quizá no tan similar, pero era lo más cerca que podía estar de una respuesta. Aunque creía que un buen consejo me vendría bien, pensé que esta situación era algo que solo podía manejar yo solo.

—¿Dónde está la ropa que dijiste que traerías? —Ilza miró a un lado y a otro en busca de información.

—Por allí. —Señalé unas bolsas de diseño en el sofá.

—Gracias.

Antes de que pudiera levantarse, la tomé de la mano e hice que me mirara.

—Estás estupenda así. —La sujeté por la cintura y sus ojos se abrieron de par en par ante mi contacto.

Antes de que pudiera pasar mi mano por el costado de su cuerpo, ella abrió los ojos y retrocedió, empujándome el pecho como si se hubiera sobresaltado.

—¡No me toques así!

No podía entender qué había pasado realmente, pero de repente huyó como un animal acorralado. Yo no había hecho nada y ni siquiera tuve tiempo de insinuarle algo para que escapara como si hubiera recibido una descarga.

—¡Ilza! —Me levanté y fui tras ella.

Cerró la puerta del dormitorio antes de que pudiera acercarme. No era el tipo de reacción que estaba acostumbrado a recibir de las mujeres.

—¡Ilza! —Llamé a la puerta, esperando a que contestara.

—Quiero estar sola.

—¿Qué ocurre? —Me apoyé en la madera, apoyando la cabeza para oír lo mejor posible lo que pasaba dentro.

—¡Nada!

—Si no fuera nada, no reaccionarías así.

—Estoy bien.

—Ambos sabemos que no es verdad. —Quizá estaba siendo demasiado invasivo, pero no podía manejar eso sin entender qué podía haber hecho mejor.

—Yo...

—¿Qué he hecho?

—No fuiste tú, quiero decir...

—¿Ilza?

—Solo déjame aquí.

—Será más fácil si me lo dices. —Llamé a la puerta, insistiendo.

—No lo será.

—¡Ilza!

—¡Fuera de aquí!

—No voy a irme.

—Entonces escaparé por la ventana.

—Son muchos metros hasta el suelo, vas a morir y ninguno de nosotros quiere que eso ocurra.

—Tal vez sea mejor.

—No es mejor.

Me controlé, tratando de contener mis propios instintos y el impulso de derribar aquella puerta y tomarla en mis brazos. Solo de pensar en la posibilidad de que se quitara la vida me ponía en pánico.

—¿Qué te está pasando? —insistí.

—¡Ya dije que nada! —gritó, cambiando el tono.

—Eres una pésima mentirosa, ¿lo sabías?

—Déjame en paz, por favor, te lo ruego.

—¿Por qué no me dejas entrar y hablamos? No voy a hacerte ningún daño.

—Siempre me dicen que no me harán daño. Y al final, acaban haciéndome daño. Nadie me cuida más que yo mismo.

—¿Ilza?

Un ruido que imaginé que era ella moviendo la ventana y mis instintos, quizá mi propio descontrol, me empujaron hacia la habitación. Me giré de lado, golpeé la puerta con el hombro y la derribé de un golpe.

Entré, viéndola sostener la ventana, le rodeé la cintura con los brazos y tiré de ella hacia la cama. Cuando empezó a forcejear y a agitarse, intentando zafarse de mí, la agarré de las

muñecas y atraje su cuerpo hacia el mío, obligándola a mirarme a la cara.

—¡Suéltame!

—En absoluto.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Protegiéndote.

—¡No! —gritó aún más intensamente cuando se dio cuenta de cómo la sujetaba—. Tú también vas a...

Intentó morderme, arañarme y fue entonces cuando mi racionalidad sobrepasó esos sentimientos confusos.

—Ah, Ilza... —Rodé hacia un lado, liberándola, y ella saltó sobre la cama como la gata acorralada que era—. ¿Te violaron los hombres de Selenio?

Ensanchó los ojos y retrocedió un poco más, hasta que chocó con mi mesita de noche y por poco no derriba una lámpara.

—Puedes decírmelo. —Quería que confiara en mí, pero con cada frase que salía de mi boca, parecía más y más alarmada—. ¿Cuándo hicieron esto?

Mi interior se retorció, una furia que no se parecía a nada que hubiera experimentado en ningún otro momento de mi vida. Si esos tipos se pusieran delante de mí, sería capaz de destrozarlos con mis propias manos. ¿Cómo podían ser tan crueles como para abusar de una mujer indefensa? Ese era un tipo de crimen imperdonable, incluso entre bandidos.

—Ellos... Ellos no...

Intenté acercarme de nuevo, pero Ilza no quería mi contacto; era evidente lo mucho que le molestaba mi cercanía.

—¿No fueron ellos?

Negó con la cabeza.

—¿Quiénes fueron entonces?

En cuanto supe que la habían violado, fue como si varios engranajes empezaran a encajar en mi cabeza. Su reacción a cada una de mis insinuaciones empezó a tener sentido. Ilza había sufrido abusos por los que yo no quería que pasara.

Seguí esperando, pero no contestó.

—Ven aquí. —Le ofrecí mi mano.

—No.

—Ilza, estás a salvo conmigo.

—Eso es lo que él decía. —Dejó escapar.

—¿Quién?

Ella apretó los labios, limitándose a mover la cabeza en sentido negativo una y otra vez, casi como si hubiera entrado en trance.

—Ven aquí, por favor —insistí con voz tranquila y serena, tratando por todos los medios de convencerla de que yo no era una amenaza.

—No.

—¿Qué quieres que haga para que te sientas segura conmigo?

—Nada.

—Y si lo hacemos así. —Me senté en el borde de la cama, justo al lado de sus pies—. Yo me quedaré aquí y tú allí mientras me cuentas lo que has pasado.

Sin decir nada, se sentó. Envolviéndose con los brazos, como si fuera la forma más segura de sentirse.

—Ahora dime qué ha pasado.

Ilza inspiró profundamente, abrió la boca varias veces, pero no emitió ningún sonido.

—Tenemos tiempo.

Me quedé callado, intentando esperar pacientemente el momento perfecto para que me contara lo que había pasado.

—¿Qué tal si respondes a unas preguntas? —Lo intenté de otra manera e Ilza se limitó a asentir.

Como ella había comentado que no eran los hombres de Selenio, pensé que lo mejor era empezar al revés.

—¿Cuándo ocurrió esto?

Negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo?

—Hace muchos años…

—¿Así que eras una niña? —Apreté los puños, enfadándome aún más. La ira en mi interior se hizo más intensa.

—Fue... —Dio una señal sutil de que se sentía más cómoda hablando de eso conmigo.

—¿Dónde estabas?

—En un orfanato.

—¿Quién era?

—Uno de los responsables de cuidarnos.

Apreté los dientes, pero intenté mostrarme tranquilo. Exagerar en aquel momento haría que perdiera la poca confianza que tanto me había costado conseguir.

—¿Fue solo una vez?

—Sí.

—¿Lo has denunciado?

—No. Me escapé. Desde entonces he sobrevivido cuidando de mí misma.

Había muchas razones por las que ella acabó convirtiéndose en ladrona, pero confieso que esa razón no fue una de las que tuve en cuenta. Violada de niña, debilitada e indefensa por alguien que se suponía que debía protegerla.

—No haré nada que no quieras.

Ella asintió, pero permaneció como un animal acorralado en una pequeña madriguera, temerosa de lo que pudiera hacer el terrible depredador.

—Mi ropa...

—Te lo traeré.

—Gracias.

Salí de la habitación y volví unos instantes después, entregándole las bolsas.

—¿Puedo cambiarme?

—Solo ten cuidado con la ventana.

—De acuerdo.



Uza

Capítulo treinta y tres

En cuanto salió de la habitación, apoyé la puerta rota lo mejor que pude y entré en el cuarto de baño. Por mucho que aquellas estructuras de madera no pudieran impedir la entrada de aquel hombre tan fuerte, al menos me daban un poco de seguridad. Seguía asustada, atemorizada y triste por tener que recordar momentos tan difíciles de mi vida. Ser huérfana no era fácil, pero lidiar con un monstruo en un hogar que se suponía acogedor era aún peor.

Durante mucho tiempo había hecho todo lo posible por evitar aquellos recuerdos, por fingir que nada de aquello había sucedido. Pero la verdad era que nunca podría olvidar. No importaba cuánto tiempo pasara. Era como si una sombra terrible me persiguiera día y noche.

Nicolae fue la primera persona con la que hablé de ello, nunca se lo había contado a nadie porque me sentía muy humillada ante la idea de expresarlo. Por mucho que fuera solo una niña, no podía aceptar que no hubiera tenido la fuerza suficiente para escapar de la situación.

A causa de este trauma no me relacioné con nadie, traté con los hombres lo menos posible y tenía miedo de que todo volviera a ocurrir. Prefería que se me parara el corazón a que alguien volviera a forzarme.

Me lavé la cara en el lavabo, intentando quitarme el moqueo y los ojos rojos. Para alguien que debería estar acostumbrada a cuidar de sí misma, lo había hecho muy mal en los últimos días.

Abrí la bolsa que Nicolae había traído para mí. Era ropa de diseño, bonita y cara, algo que yo no solía ponerme, aunque vivía robando. Estaba claro que su vida siempre había sido muy diferente a la mía. No solo por ser hombre, sino por haber nacido en una familia afortunada.

Sentí un escalofrío al recordar a Selenio, a sus hombres y la posibilidad de que me encontrara allí. Por mucho que Nicolae me hubiera prometido que estaba a salvo, era muy posible que aquellos hombres tuvieran suficientes artimañas para llegar hasta mí dondequiera que estuviera. Al mismo tiempo, sin embargo, sentí mucho miedo. Recordé que ellos también temían a los Bellucci, de lo contrario no habrían enviado a alguien como yo a aquella misión.

Aunque la camisa de Nicolae estaba limpia y tenía un agradable aroma a suavizante, me sentía mejor con ropa femenina que se adaptara a mi cuerpo. Por no mencionar el hecho de que no tenía que sentir que él podía ver debajo.

Cuando salí del baño, volví a mirar a la ventana. Aparte de los muchos metros que me

separaban de la calle, no sabía adónde ir para estar a salvo. Por el momento, no tenía más remedio que quedarme cerca de Nicolae.



Nicolae

Capítulo treinta y cuatro

La dejé en el dormitorio y me acomodé en el sofá del salón después de servirme una copita de licor de cerezas. Era una bebida que a mi madre le encantaba y que yo había aprendido a disfrutar con ella. Tras unos sorbos que bajaron con una sensación desagradable, volví a pensar en lo que Ilza finalmente me había revelado.

Solo quería un nombre para que el tipo se arrepintiera de haber nacido, mientras pensaba que regalarle la cabeza del bastardo no sería suficiente para ayudarla a superar el trauma.

Dije que la protegería e Ilza evitó por poco revivirlo todo la noche que la dejé salir sola de mi piso. Nunca me habría perdonado si aquellos hombres la hubieran tocado y repetido aquella crueldad.

¡Cobardes! Solo quería ver si tenían agallas para hacerle eso a alguien más fuerte que ellos.

Mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo y me tomé un momento para tomarlo. Pensé que sería un mensaje de Ettore, pero me sorprendió ver el número de Dante en mi barra de notificaciones.

Dante:
Has estado desaparecido últimamente.

Nicolae:
No hay de qué preocuparse.

Dante:
Cuando dicen eso, es exactamente lo contrario.
Yo seré el nuevo jefe, Nicolae. Será mejor que no me ocultes nada.

Nicolae:
No se trata de la mafia, solo estoy resolviendo algunos asuntos personales.

Dante:
¿Tiene algo que ver con tu madre o tu hermana?

Nicolae:
No.

Dante:

Entonces, ¿qué demonios es? Tus asuntos siempre se refieren a ellas.

Nicolae:

Esta vez no.

Dante:

Solo espero que no estés metido en problemas.

Nicolae:

Estoy bien.

Dante:

De acuerdo.

No olvides mantenerme informado de todo lo que necesite saber.

Nicolae:

No hay problema.

Apenas había dejado de mensajear a mi primo cuando empezó a sonar el timbre de la puerta del piso. No esperaba visitas, lo que garantizaba que la persona o personas que estuvieran al otro lado no harían sino tensar aún más el ambiente.

Ettore era el único al que le había hablado de Ilza y no pensaba sumar a nadie más.

—Lola, ¿quién es?

—Nina.

—¡Maldita sea! —refunfuñé—. ¿Está sola?

—No.

—Dile que no estoy aquí.

—De acuerdo.

—¡Sé que estás ahí, Nicolae! —gritó Nina a través de la puerta, lo bastante alto como para que me llegara el sonido.

—Ahora no puedo hablar.

—¿Estás acompañado? ¿Quién es ella?

Por mucho que quisiera a mi hermana pequeña, sabía que era el peor momento para que apareciera. Ilza se había sincerado conmigo sobre un tema delicado y no quería que tuviera ningún motivo para echarse atrás.

—¡Nic!

Resoplé mientras abría la puerta y salía antes de que mi hermana tuviera tiempo de entrar. Llevaba a su hija Valentina en brazos y la acompañaba su marido, a quien me correspondía vigilar, pero tenía que admitir que últimamente no le había prestado mucha atención.

—¿Quién es la mujer que está dentro de tu casa?

—Será mejor que no entremos en detalles al respecto —dije en voz baja, sin querer llamar la atención de Ilza, aunque creía que estaba encerrada en su habitación. Cualquier ruido podría ponerla en alerta.

Aún no creía que fuera el momento adecuado para que conociera a las otras mujeres de mi familia, y mucho menos para que lidiara con las preguntas de los Bellucci. ¿Cómo podía decir que era mía si ni siquiera me permitía acercarme y estaba seguro de que, de lo contrario, no la aceptarían con nosotros?

—A lo mejor es solo una puta con la que se divierte tu hermano —se mofó el francés, y yo me contuve de pegarle, pero mi hermana le dio un codazo por mí, haciendo que se agachara.

—¡Vincenzo!

—Como si no fuéramos todos adultos... —Se encogió de hombros.

—¿Puedo conocerla? —Nina se inclinó hacia la puerta.

—No —gruñí.

—Ah, Nicolae, no te he visto traer mujeres a casa desde que me mudé aquí.

—Por una buena razón.

—Así que esta debe de tener algo especial. —Una sonrisa se formó en los labios de mi hermana y me di cuenta de que estaba haciendo más conjeturas de las que me hubiera gustado.

—No me refiero a eso.

—¿De qué se trata? —Levantó las pestañas—. ¿Es alguien que no quiere que papá lo sepa? Ya conozco esa historia.

—Nina, vámonos a casa. —Su marido la sujetó por los hombros e intentó guiarla de vuelta al ascensor—. Ya tendrás tiempo de hablar con tu hermano más tarde.

—¿Por qué? —Torció los labios.

Normalmente era yo quien más molestaba al marido de mi hermana, pero en aquel momento él estaba demostrando ser un aliado, conteniendo su curiosidad para que yo no tuviera que exponer a Ilza demasiado pronto.

No la llevaría a enfrentarse a mi familia antes de que confiara en mí.



Uza

Capítulo treinta y cinco

Cuando Nicolae cerró la puerta y se volvió hacia la sala, pareció sobresaltarse al verme allí de pie, con los brazos cruzados, mirándolo fijamente.

—¿Cuánto tiempo llevas allí?

—No demasiado. —Mi tono era tranquilo y analítico—. ¿Quién era?

—Mi hermana.

—Pareciera que la habrías echado, ¿por qué hiciste eso? —Fruncí el ceño, tratando de entender mejor el escenario.

—Ella seguramente buscó en las cámaras de seguridad del edificio y me vio subiendo contigo. Quería saber quién era la mujer que estaba aquí conmigo.

—Ah... —Dejé que mi susurro resonara en la habitación porque no sabía exactamente qué debía decir.

—No te escondo porque no quiera que conozcas a mi familia. Solo necesito que te sientas un poco más segura.

—¿Crees que me harían algún daño?

—Por supuesto que no. —Se rió—. Pero tendrías que hacer frente a una invasión para la que quizá no estés preparada.

—¿No estoy preparada para qué exactamente? —Dejé escapar la pregunta y pronto me di cuenta del riesgo que corría, porque podía no estar preparada para la respuesta que recibiría.

—Será mejor que no hablemos de eso ahora. —Tras esquivar el tema que más me molestaba, le llegó el turno a él.

—¿Por qué?

Yo era como una niña que no podía soportar una respuesta vaga, pero aquel juego era peligroso.

—No puedo presentarte a mi familia sin atenerme a las consecuencias, Ilza. Ellos no aceptarían simplemente una amistad o mi instinto de protección.

—Quieres decir que... —Mi voz desapareció.

—Eres una mujer inteligente, Ilza.

—Entiendo. —Di unos pasos atrás cuando se me pasó por la cabeza la posibilidad y reflexioné sobre si eso era o no lo que quería.

Tenía miedo de los hombres, había acumulado mis razones para ello. Aún no sabía qué quería de Nicolae ni qué él esperaba de mí. Pero por el momento, si no quería acabar muerta a manos de los hombres de Selenio por no cumplir una misión que me habían impuesto, sería mejor que permaneciera bajo la protección de Bellucci.

Escondida del resto de la familia...

—Voy a pensar en algo para almorzar y luego tendré que dejarte sola aquí. —Cambió de tema para no tener que pensar en ello.

—¿Sola? —gemí.

—Tengo compromisos que no puedo dejar de lado. Hace tiempo que no aparezco por la empresa y no me reúno con mi familia. Si sigo así, no solo mi hermana llamará a mi puerta y hará preguntas.

Pensé en pedirle que me llevara y no me dejara allí, pero entonces recordé lo que acabábamos de hablar y me eché atrás.

—De acuerdo...

—Aquí estarás a salvo. Nadie entra o sale de este piso sin mi permiso.

—¿Tienes todo controlado por el ordenador?

—Así es. Solo mantente alejada de las ventanas.

—No voy a saltar.

—Mejor así. —Pasó junto a mí y desapareció por el pasillo, entrando en una habitación que imaginé que era su dormitorio.

Poco después regresó, perfectamente arreglado con un traje caro y unos gemelos que imaginé hechos de rubíes, el pelo peinado y la barba pulcramente recortada. Sentí que algo me daba vueltas en el pecho y era como si pudiera mirarlo durante un día entero. Hermoso hasta el punto de hacerme tambalear las piernas.

¿Cómo podía sentirme tan atraída por un hombre y tenerle tanto miedo al mismo tiempo?

—¿Cuándo vas a volver? —me aventuré a preguntar.

—Probablemente al final del día, pero no te preocupes, voy a pedir tu almuerzo a la portería y la nevera está llena, puedes servirte lo que quieras.

—Gracias.

Comprobó su teléfono móvil, se lo volvió a meter en el bolsillo y se marchó, desapareciendo sin decir ni una palabra más. Por mucho que sintiera miedo cuando estábamos

juntos, me pareció aún peor cuando se marchó.

Volví al centro del salón y me tiré en el sofá.



Nicolae

Capítulo treinta y seis

Me alisé la chaqueta al salir del coche en el garaje del edificio. Era tarde y no solía pasar tanto tiempo fuera de la empresa, pero desde que me había acercado a Ilza, ella había metido en mi vida situaciones más complejas de lo que estaba acostumbrado. Me sentía como en la cuerda floja, intentando mantener el equilibrio sin caerme. Al mismo tiempo que sabía que lo más racional era alejarme de ella y dejar que se ocupara de sus propios problemas, sentía que no me lo perdonaría si volvía a hacerle daño.

Era fácil darse cuenta de que si la dejaba, acabaría muriendo. Aquel mundo era demasiado cruel para una mujer sola sin nadie que la protegiera.

Todavía tenía el tema de la violación...

El trauma y todo el dolor que había experimentado de pequeña. Si pudiera haría algo para liberarla de eso, pero lo único que podía hacer por ella era protegerla.

—Señor Bellucci, ¡buenos días! —Me saludó una secretaria al entrar en la planta de administración.

—Buenos días. —Seguí de largo, dirigiéndome directamente a mi oficina, pero me vi interrumpido por su llamado.

—¡Señor! —Levantó la mano para intentar detenerme.

—¿Qué pasa? —Me volví hacia ella con un tinte de mal humor.

—Su padre quiere hablar con usted, me pidió que le avisara si llegaba.

—¿Está en su oficina?

—Sí.

—Voy para allá.

—Gracias. —Ella asintió sutilmente mientras yo tomaba la dirección opuesta.

En cuanto me detuve frente a la puerta de la oficina de mi padre, llamé y esperé a que contestara.

—Nicolae, adelante.

—Hola, papá. —Abrí la puerta de un empujón y me encontré con él sentado en un sillón de cuero al fondo de la habitación.

—Ven aquí.

Me acerqué a él y nos encerré en la habitación.

—Dijeron que querías hablar conmigo.

Yo seguía mirándolo, mi padre tenía los brazos cruzados sobre la mesa y el mentón apoyado en el dorso de las manos. Se inclinó hacia mí para verme mejor.

—No pensé que aparecerías hoy.

—Siento llegar tarde. —Me metí las manos en los bolsillos y no intenté justificarme, porque tendría que entrar en detalles que probablemente no quería.

—Este comportamiento no está en su naturaleza. Siempre has sido el más comprometido y atento de tus hermanos. Precisamente por eso decidí elegirte para uno de los papeles más importantes de nuestra familia.

—Lo sé, papá.

—Es bueno que lo sepas, porque no es algo que puedas simplemente olvidar.

—Sí. Dante ha seguido de cerca mi trabajo y no he dejado nada de lado.

—Eso espero. —Enderezó las manos, colocó ambas sobre el mostrador y me miró con seriedad—. Prácticamente se han hecho cargo de todo el negocio, pero pronto tus tíos y yo nos haremos a un lado por completo, después de todo, la edad nos ha llegado y es hora de dejárselo a nuestros herederos. Pero no podemos dar un paso en falso.

—No lo haremos.

—Eso espero.

Se hizo el silencio por un momento y pensé que mi padre me dejaría volver a mis compromisos, pero no era tan sencillo.

—Dicho esto. —Hizo una pausa y me miró profundamente—. ¿Quién es ella?

—¿Ella? —repetí sin comprender.

—Ettore ya nos sorprendió una vez, tras lo cual me comprometí a vigilar más a mis hijos. Así que solo encuentro una justificación para tu comportamiento.

—No...

Levantó la mano, impidiendo que se me ocurriera una justificación que me ayudara a escapar de esa respuesta.

—Sé honesto, Nicolae.

—Es complicado.

—¿Complicado? La última vez que tu hermano nos ocultó información, tu hermana casi resultó herida en un ataque. ¿Quieres que algo así vuelva a suceder?

—No.

—Entonces será mejor que me digas pronto con qué estamos lidiando.

—Quizás la mafia suiza.

—¿Quizás? —Se enderezó—. ¿Qué has hecho?

—¿Yo? ¡Nada!

—Entonces será mejor que me expliques bien esta historia.

Acerqué una silla frente a su escritorio y empecé a hablar. Le conté el momento en que nos conocimos en la plaza de San Pedro y hasta que me habló del robo y de la intención de los suizos de llevarse la joya de mi familia.

—¿De verdad creen que una chica entraría en la cámara acorazada de los Bellucci y robaría una corona? —Se rascó la barba pensativo.

—No es que no tengamos una historia de invasiones…

Se encogió de hombros, como si eso no fuera tan relevante en ese momento.

—¿Y cuál es su relación con ella?

—Una vez más, es complicado ...

—¡Nicolae! —Me miró con seriedad, exigiendo una respuesta más objetiva que esa.

—Quiero protegerla, papá.

—Espero que conozcas ese precio.

—Lo sé. —Mi tono era firme y convencido. Thiago y Ettore ya se habían engañado a sí mismos y yo sabía que cuanto más consciente fuera de la verdad, mejor sería para mí.

Simplemente no quería tener que contarle a mi padre su dolor y otras cosas con las que tendría que lidiar con el tiempo.

—Resuelve lo que haya que resolver lo antes posible y no te dejes sorprender por imprevistos.

Asentí con la cabeza.

—No olvides que nuestra familia debe ser siempre lo primero.

—No lo olvidaré.

—Pues vete ya porque hay negocios esperándote.

Salí del despacho de mi padre y me dirigí al mío. Ni siquiera tuve tiempo de pensar en mucho más, porque me consumían los compromisos y los asuntos que no podían esperar. Dante seguía preocupado por nuestras finanzas para pagar el cargamento de cocaína que llegaría de los

bolivianos la próxima semana, pero siempre había cuidado bien de nuestro dinero sin dejar rastro y seguiría haciéndolo.



Uza

Capítulo treinta y siete

Alterné entre ver televisión y caminar por el apartamento, hasta que descubrí una pequeña biblioteca en un despacho.

El piso era acogedor, grande, sofisticado y bien decorado, aunque la elección de los elementos rozara la sobriedad total. Por muy segura que me sintiera allí, a cada minuto que pasaba me preguntaba cuándo volvería Nicolae. Durante tanto tiempo sola en el mundo, teniendo que preocuparme por sobrevivir, seguía siendo duro pensar que tenía a alguien preocupado cuidando de mí. Pero solía oír que uno se acostumbra rápido a las cosas buenas y ese estaba resultando ser el caso.

Abrí la nevera, comprobé lo que había y encontré los ingredientes básicos para un plato típico inglés que se podía encontrar en cualquier esquina de Londres. Si él iba a tardar mucho en volver, al menos yo tendría la cena preparada. Además, tomarme un descanso en la cocina ayudaría a mi mente a mantenerse concentrada y no preocuparme tanto por lo que pudiera o no pasar.

El lugar parecía realmente seguro. La puerta principal era de acero y parecía impenetrable. Intenté pedirle a Lola que la abriera, pero se negó diciendo que no tenía autorización. Imaginé que el programa estaba programado para responder solo a las órdenes de voz de Nicolae. Aunque al principio me asustaba estar atrapada allí, también me hacía estar más segura de que los hombres de Selenio no entrarían, si es que sospechaban que yo estaba allí.

—¿Qué es ese olor? —Me sorprendió oír la voz de Nicolae.

Había conseguido dispersarme y no esperaba que entrara así.

—Decidí preparar la cena. —Salí de la cocina y lo vi entrar en el salón, quitarse la chaqueta y colocarla en el respaldo de una silla.

—No tenías que hacerlo.

—Era una forma de mantenerme ocupada. —Jugueteé con mi pelo—. Tomé los ingredientes de la nevera, dijiste que podía usarlos.

—Sí, está bien.

—Gracias.

—¿Qué has hecho? —Se acercó a mí y me pasó la mano por la cara, metiéndome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Me dio un poco de vergüenza, pero sentir el contacto de sus dedos sobre mí me sentó bien y me dio un poco de calor en el pecho. Aunque en el fondo seguía pensando que debía tenerle miedo, cada vez estaba menos segura de ello.

—*Fish and chips.*

—*¡Delizioso!* —Sonrió, reforzando el tono italiano que me hizo suspirar aún más.

—Ni siquiera lo has probado todavía.

—Pero estoy seguro de que saldrá bien.

—Entonces ven a comer. —Por acto reflejo, sin pensarlo, le tomé de la mano y tiré de él hacia la cocina, pero Nicolae me detuvo.

—Ilza, espera.

—¿Qué pasa? —Tragué saliva.

—Tenemos que hablar.

—Pero...

—No pasa nada. —Intentó sonreírme, pero no fue suficiente para calmarme—. Vamos al salón.

Asentí y lo seguí. Me quedé de pie junto al sofá con las piernas apoyadas en él, pero no me senté. Nicolae se metió la mano en la chaqueta y tanteó los bolsillos, parecía que iba a sacar algo, luego se volvió hacia mí.

—Necesito que te decidas. Sé que tal vez debería darte un poco más de tiempo para hacerlo, pero tengo un rol importante en mi familia que no se puede descuidar y nuestra situación sigue siendo delicada.

—¿Decidirme? —Tragué saliva—. No creí que tendría que irme.

—No tienes que hacerlo, pero...

—Pero... —Contuve la respiración, temiendo lo que diría a continuación.

—No puedes esconderte en mi casa, por muy fácil que parezca.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—No te precipites. —Dio un paso atrás mientras yo sentía que el pecho me daba un vuelco. Aquellos altibajos me estaban matando. Después de decirle la verdad, pensé que habíamos superado ese punto—. Quiero que elijas, aunque sea una presión que quizá no te resulte tan sencilla ahora mismo.

—¿Elegir qué?

—Un minuto.

Asentí con la cabeza.

Nicolae me tomó de las manos y me entregó dos sobres, colocando uno encima de cada uno.

—Te doy dos opciones y quiero que pienses detenidamente en cada una antes de decidirte, pero no tardes demasiado.

—¿Opciones? —Tragué saliva—. ¿Qué opciones?

—Puedes verlo ahora o después de cenar.

—Pero...

—¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no vas al dormitorio, compruebas el contenido de los sobres y luego hablamos durante la cena? Mientras tanto, voy a darme una ducha.

—De acuerdo.

Lo miré fijamente por última vez, casi perdiéndome en la profundidad de sus ojos, y finalmente me dirigí a la habitación de invitados donde Nicolae me había alojado desde mi llegada a su casa.



Nicolae

Capítulo treinta y ocho

Dejé la ropa sobre la cama y entré en el cuarto de baño, crujiéndome la espalda dolorida, a pesar de que aquel día había pasado mucho menos tiempo de lo habitual delante del ordenador. Tal vez fuera la sensación de tener el mundo a mis espaldas sumada a la tensión en el pecho que me molestaría hasta que Ilza decidiera su destino.

Abrí el grifo y dejé que el agua corriera por mi cuerpo. Los baños siempre me hacían sentir mejor. Mi madre siempre decía que ayudaban a renovar nuestras energías y a limpiar nuestra aura.

Me reí pensando en cómo reaccionaría si le dijera algo, dando por hecho que prácticamente había huido de la pretendiente que había decidido presentarme.

Quién sabe, quizá después de que se resolviera la situación incluso dejaría que mi madre hiciera de casamentera y ocupara su tiempo con algo que creyera que era bueno para nosotros, aunque no fuera exactamente así.

Me sorprendí cuando se abrió la puerta del baño.

Me giré en la dirección del sonido, alerta como me habían enseñado desde niño. No fue exactamente una sorpresa ver a Ilza allí, aunque no esperaba que entrara así teniendo en cuenta todo lo que había pasado.

Sus mejillas se sonrojaron al fijarse en mi cuerpo. Sus ojos recorrieron mi pecho, bajaron hasta mi cintura y sobrepasaron mis muslos, igual que las gotas de agua que me mojaban.

—¿Eso te asusta? —Di un paso hacia ella y ella retrocedió otro.

—Un poco. —Pude ver una mezcla de miedo y curiosidad en su mirada inocente, que rozaba la ingenuidad.

—No quiero hacerte daño.

—Siempre quieren hacerme daño.

—Yo no. —Fui enfático al darme cuenta de que ella me mostraba cada vez más sus debilidades y cicatrices.

—¿Cómo puedo estar segura?

—Solo déjame mostrarte.

Ella tragó saliva y mostró en sus ojos un cierto temor que yo no quería que tuviera al pensar en mí.

Los enemigos tenían que temerme. Esa era la sentencia Bellucci, pero Ilza no era uno de ellos y cuanto más tiempo pasábamos juntos, más la quería a mi lado.

—Imagino que venir aquí es tu elección.

—He fracasado al intentar protegerme sola.

—Conmigo, no tendrás que temer a nada ni robar para sobrevivir.

—Pero, ¿qué pasa con Selenio y los demás suizos?

—Mi familia y yo lo resolveremos.

Abrió la boca varias veces, intentó emitir un sonido, pero de sus labios no salió ninguna palabra. Estaba pensando, reflexionando, y yo podía ver cada una de sus oscilaciones suspendidas en sus iris verdes como un campo primaveral.

Me detuve frente a ella, húmedo y serio, dejando que me mirara con las defensas bajas y decidido.

No había imaginado que involucrarme con una mujer acabaría exigiéndome tanto y haciéndome remodelarme en muchos aspectos, pero yo era el tipo de hombre que llegaba hasta el final en las misiones que me encomendaban.



Uza

Capítulo treinta y nueve

Desnudo ante mí, sereno y con una anatomía digna de la estatua de David de Miguel Ángel, Nicolae siguió mirándome de una forma que me dejó sin aliento.

Sentí miedo y unas imágenes terribles que me habían perseguido desde que abusaron de mí vinieron a mi mente y me congelaron, mientras que la presencia de Nicolae me daba una seguridad que nunca había experimentado. En toda mi vida nadie había cuidado de mí y creer que alguien lo haría aún me parecía una falsedad, algo imposible. Al mismo tiempo, había una parte de mí que no podía evitar desear algo así.

Todos los hechos demostraban que Nicolae estaba siendo sincero conmigo. A pesar de la forma turbulenta en que nos conocimos, nadie me había dado tanta confianza como él.

Levanté la cabeza y volví a mirar sus ojos profundos e intensos, sin dejar que su desnudez volviera a asustarme. Luego di un paso hacia él, tratando de vencer el pavor que sentía en mi interior.

—Acércate. —Me instó, dejándome sin saber si era bueno o malo.

Había una gran curiosidad dentro de mí, pero al mismo tiempo todo el trauma me perseguía como un fantasma terrible que intentaba alucinarme y quitarme siempre la paz. Era difícil desprenderse de todo el dolor.

—¿Ilza? —La voz firme y fuerte de Nicolae me atrajo de nuevo. Levanté la cabeza, le miré fijamente a los ojos y fue como si su desnudez ya no importara—. ¿Confías en mí?

Lo medité un momento. Era difícil responder a esa pregunta, pero si alguien me había transmitido esa sensación, sin duda era él.

—Confío.

—Entonces dame la mano. —Se inclinó hacia mí, tocándome el dorso de la piel y provocándome un pequeño escalofrío cuando sus dedos se deslizaron hasta tocar los míos.

Parecía difícil de admitir, pero se sentía bien.

Había seguido su movimiento con la mirada, pero cuando me levantó la mano, volví a mirarlo.

Primero llevó mi mano a su pecho y la colocó sobre su corazón, dejándome sentir cada uno de sus latidos a través de mi piel. Estaba tranquilo, decidido y en cierto modo eso me contagió, haciendo que yo también me relajara un poco. Durante un rato no hubo nada más que

sus latidos y la mirada de sus ojos que me hipnotizaban. Hasta que sus labios se movieron suavemente en una frase que me hizo estremecer:

—Quiero que te sientas segura y a gusto conmigo, que disfrutes.

—Pero... —Dudé.

—Tomémoslo con calma.

Asentí con la cabeza.

Nicolae tiró un poco de mi mano hacia abajo, dejando que mi palma sintiera el ascenso de cada uno de los músculos de su abdomen. Justo cuando pensaba que iba a hacerme tocar su miembro, se detuvo.

—¿Te sientes cómoda?

Afirmé con la cabeza.

Me soltó la mano y me sujetó el mentón, sin dejarme otra opción que mirarlo fijamente a los ojos.

—Quiero que te quites la ropa.

—¿La ropa? —repetí sorprendida y avergonzada.

—Sí, déjame verte.

El corazón me latía con fuerza y las piernas me temblaban un poco. El miedo me hacía sentir insegura, mientras que la curiosidad me impulsaba a seguir adelante.

—Voy a cerrar los ojos, ¿de acuerdo?

No entendía exactamente qué ventaja tendría si cerraba los ojos, pero me parecía suficiente para poder afrontar mejor la situación.

Afirmé con la cabeza.

Nicolae levantó la mano, se la puso sobre los ojos y yo respiré hondo. Me froté las manos sudorosas antes de subirme la camiseta. Intenté imaginármelo como si me estuviera duchando.

Dejé que las piezas más grandes cayeran al suelo y me quedé en bragas y sujetador mientras él permanecía completamente inmóvil frente a mí. Si no hubiera sido por la ligera respiración que le recorría el pecho, habría pensado que se había convertido en una estatua.

—¿Te lo has quitado todo? —Su tono rompió el silencio y me hizo estremecer de nuevo.

—Todavía no...

—¿Quieres detenerte?

¿Quería?

—No... —dije con voz temblorosa.

—Entonces quítatelo todo.

Pareció que tardaba una eternidad, oscilando entre la tensión y el miedo, antes de que por fin consiguiera quitarme la ropa y quedarme desnuda como él. En cuanto mi sujetador resbaló hasta el suelo del cuarto de baño, crucé inmediatamente los brazos sobre mis pechos, como si hubiera algo malo en mí que tuviera que ocultar, aunque Nicolae seguía con la mano tapándole los ojos.

—Respira un poco —me indicó como si tuviera toda la calma del mundo—. Relájate, estamos los dos solos.

Fue paciente, dejó que me acostumbrara y que llevara mejor el hecho de estar desnuda ante un hombre infinitamente más fuerte que yo.

—¿Puedo abrir los ojos?

—Ca... Cálmate... —Entré en pánico, dando un paso atrás.

—De acuerdo —Se mantuvo paciente—. ¿De qué tienes miedo?

—De ser lastimada.

—¿Y si te muestro que eso no va a suceder?

—Pero...

—Ilza, escucha mi voz.

—Sí. —Asentí, cada vez más controlada—. Mantendré los ojos cerrados mientras te comprometas a hacer lo que te pido, ¿de acuerdo?

—Creo que sí.

—No será difícil.

Para él habría sido fácil decirlo, pero al mismo tiempo yo no quería que volviéramos atrás en ese momento.

—De acuerdo.

—Mírate las manos.

—¿Mis manos? —Estaba confundida.

—¡Sí, míralas!

—De acuerdo. —Acabé separándolas de mi cuerpo y mirando las palmas, luego me di la vuelta para ver bien el dorso.

—¿Confías en tus manos?

—Por supuesto. —respondí sin pensar y luego di un paso atrás, intentando comprender qué podía haber detrás—. ¿Por qué?

—Así que empecemos por ellas.

—¿Empezar a qué?

—Un poco de paciencia.

—Bueno...

—Colócalas en tu vientre y, a continuación, súbelas lentamente hacia los pechos.

Seguí sus órdenes, sorprendida por los escalofríos que me ponían los pelos de punta.

Dejé escapar un suave gemido cuando mis dedos tocaron la punta de mis pezones y retrocedí avergonzada.

Nicolae rió con ganas, parecía gustarle lo que oía.

—¿Es bueno?

—Sí...

—Entonces disfruta un poco más de la sensación. No te preocupes por gemir, me gusta escuchar.

—Pero...

—Quiero que descubras el placer y lo disfrutes, Ilza.

—Bueno... —Me mordí el labio inferior por acto reflejo y seguí tocándome los pechos libertinamente, no solía ir tan lejos y no estaba acostumbrada a tocarme así, pero tenía que confesar que me estaba gustando.

—Ahora baja un poco más, palpa tu vientre, rodea tus muslos y, por último, baja aún más... explora todo tu sexo con los dedos.

Parecía una locura, pero cuando hice lo que me pedía, no pude contener otro gemido. Sentía una pulsación deliciosa y un calor cada vez más intenso. Me humedecí los labios, sintiendo el sabor de mi lengua mientras mi dedo mayor presionaba mi clítoris. Perdí el equilibrio y di unos pasos hacia atrás hasta que mi cuerpo fue detenido por la fría pared del cuarto de baño.

Me gustaba lo que estaba pasando, las sensaciones, el placer.

—Ah...

Nicolae dio un paso hacia mí y me di cuenta de que había abierto los ojos, lo que me hizo estremecerme un poco.

—No... No pares. ¿Es agradable?

Asentí, agachando la cabeza mientras sentía que las mejillas me ardían de vergüenza. Parecía demasiado descarado, pero aun así quise continuar.

Se acercó un poco más a mí y esta vez me sentí más segura. Nicolae me pasó un dedo por el cuello y me levantó el mentón, acercando mi boca a su oreja.

—Vamos... —dijo con calma y despacio—. Quiero oír tu placer. Te mereces hasta la última gota de él.

Respiré hondo y dejé que mi dedo se moviera al ritmo que me pedía el cuerpo. Nunca habría imaginado que un hombre como él, poderoso y peligroso, me incitaría a masturbarme de aquella manera. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero nunca había esperado que fuera tan bueno.

—Ahhh...

La necesidad crecía como un fuego incontrolable en la paja seca, pero antes de que pudiera alcanzar el punto álgido, él tomó mi boca y el maravilloso sabor de su lengua entrelazándose con la mía fue la última chispa que necesitaba para encontrar una sensación que no podía medirse con palabras ni ser descrita por los poetas más hábiles. Yo temblaba, me estremecía y él se dio cuenta, me agarró de la cintura y me mantuvo firme.

—Eso es... —Me miró sonriendo—. Así es exactamente como quiero verte.

Le devolví la sonrisa y me di cuenta de que, más que haberme enseñado a alcanzar un orgasmo, Nicolae me había liberado de un fantasma que me perseguía desde que era pequeña. Volvía a confiar en un hombre.

Subí las manos por su cuello y le agarré la nuca, atrayendo su boca hacia la mía. Nicolae me apretó contra la baldosa y gemí contra sus labios. Sus precisas manos subieron por mis muslos y me levantó en el aire, tomándome por sorpresa mientras me sujetaba sobre su regazo.

Sentía su pene rozándome, duro, firme y demasiado cerca de mi entrada, pero no tenía miedo, ni ganas de apartarlo. Al contrario, me sentía bien, ardía en deseos de más y ansiaba saber hasta dónde podíamos llegar.

Él ya se había secado cuando salió del baño conmigo en brazos y me tumbó en el colchón.

Imaginaba que Nicolae se acomodaría entre mis piernas y me penetraría, pero no fue así. Sus manos se deslizaron por los costados de mi cuerpo mientras me besaba. Me calentó, me

relajó y me hizo sentir cada vez más segura entre sus brazos.

Las suaves sábanas debajo de mí y el fuerte cuerpo encima parecían la combinación perfecta hasta el punto de que empecé a pensar que no era real, pero lo era...

Nicolae tiró de mí un poco más arriba, haciendo que mi cabeza se apoyara en la acogedora almohada.

Le devolví la mirada cuando se apartó para mirarme. Nicolae era un depredador, pero esta vez no me importaba ser la presa.

Su boca se deslizó por mi cuello y los pelos de su barba sin afeitar desencadenaron ondas eléctricas por mi piel como pequeños cables desenchufados. Depositó besos y mordiscos en el valle entre mis pechos, luego sentí su aliento en mi ombligo mientras descendía, descendía...

Ahhh...

La necesidad desenfrenada que crecía en mi interior era demencial. Los fantasmas se hicieron a un lado y el único hombre en el que podía pensar era Nicolae Bellucci.

Puso sus firmes manos en el interior de mis muslos, abriéndolos, y yo me preparé para recibirlo con ansiedad. Sin embargo, estaba jugando conmigo, de una forma buena y al mismo tiempo enloquecedora.

Mi sexo latía y palpitaba de deseo. *Por favor...*

Estaba dando vueltas en la cama cuando su agarre me detuvo.

—Cálmate. —Se rió ligeramente, como si se divirtiera con ello—. Tenemos tiempo y voy a llegar ahí. —Sopló aire caliente sobre mi sexo y me contuve de gritar.

—Nicolae...

No dijo nada, solo se inclinó y lamió mi sexo, dejándome saborear un poco lo maravilloso que sería tener su boca allí. Abrí más las piernas, insinuando y ofreciéndome.

Nicolae apretó sus dedos contra mi muslo y cuando por fin me llevó a su boca me dejé llevar por toda la magia que me estaba haciendo experimentar. Su lengua estaba en mis labios mayores, explorando mi clítoris y moviéndose rápidamente. Estaba haciendo un gran trabajo mostrándome lo maravilloso que podía ser.

Me dominó, me envolvió y me hizo experimentar el verdadero paraíso, pero justo cuando estaba a punto de alcanzar otro orgasmo, su lengua soltó mi clítoris y grité:

—¡No!

No le importó mi protesta y se subió a la cama. Pronto su boca estaba en mi pezón,

explorando y rodeando mis pechos. Su miembro me rozaba, se frotaba contra el exterior de mi sexo, pero no me parecía suficiente. Sentía una necesidad tan intensa que rayaba en la desesperación.

No pensaba en el dolor que había sentido y mucho menos en la violencia que había sufrido. Deseaba a Nicolae, anhelaba estar con él y ser suya.

Me besó, tan paciente como estaba siendo conmigo, su postura dominante estaba presente en la forma en que su lengua envolvía la mía y en la forma en que su pecho firme apretaba mis pechos.

—Nic... —Supliqué en medio del beso.

Se frotó más fuerte contra mí solo porque sabía que me haría gemir.

—Ah... Yo quiero…

—¿Qué es lo que quieres?

Por supuesto que me haría decirlo.

—A ti. —Fui firme, sin dudas, sin rodeos.

Estaba completamente preparada para que me mostrara la magia de lo que se puede compartir entre una pareja.

Con las manos firmemente apoyadas en mis caderas, se movió lo justo para encajar en mí. Por un momento, mis reflejos involuntarios me pusieron tensa y me prepararon para el dolor, la sensación de ser desgarrada, pero no llegó. Mientras Nicolae se deslizaba dentro de mí, inundando mi ser, me di cuenta de que podía ser una mujer completa, dueña de mi cuerpo y de mis deseos. Dejé que mi miedo desapareciera por completo y me relajé al recibirlo.

Podía sentirlo perfectamente dentro de mí con toda su rigidez. La ligera incomodidad desapareció pronto cuando me abrí completamente a él. Era natural, correcto y exactamente lo que yo quería. Me di cuenta de hasta qué punto las paredes de mi sexo podían ensancharse para recibirlo cuando Nicolae apartó una de sus manos de mi cintura y se aplanó sobre el colchón, apoyándose. Estaba tan preparada, tan sensible, que los gemidos no tardaron en llenar la habitación.

El calor que irradiaba mi piel era cada vez más intenso a medida que él se frotaba contra mí. Lo deseaba tanto que me ahogaba en esa necesidad.

Nicolae me sujetó la cara y me mordió el labio inferior antes de volver a besarme. La intensidad de los movimientos atendía a cada una de esas necesidades que se revelaban con cada

contacto, cada roce, beso y caricia.

Sentí que sus músculos se ponían rígidos y Nicolae apretó su boca contra la mía. Algo caliente rezumaba en mi interior y me di cuenta de que había alcanzado su punto álgido, pero siguió moviéndose, frotándome, apretándome y besándome y no hubo otra consecuencia que unirse a él en una nueva sensación de éxtasis.

Me desplomé sobre la cama y sentí cómo mis jadeos resonaban en una ola interminable por toda la habitación, durando tanto como el placer que sentía dentro de mí.

Nicolae había conseguido que percibiera el sexo de otra manera, intensa, envolvente y placentera hasta el punto de dejarme anhelando una próxima vez.



Nicolae

Capítulo cuarenta

Saqué unos pañuelos de papel de una caja que había en la mesita de noche y le limpié el interior de los muslos con mi semen antes de acostarme a su lado. Tiré de ella hacia mi pecho. Ilza no era la primera mujer con la que había tenido un buen polvo, pero había algo en ella que me conmovió desde el primer momento.

—Prométeme que ningún otro hombre que no seas tú me pondrá un dedo encima.

—Los que se atrevan pagarán con su vida.

Suspiró y se acurrucó contra mí, apretándome el pecho y apoyando la cabeza en mi corazón.

Ilza no me había dicho claramente su elección según los sobres que le había dado. Sin embargo, después de lo que habíamos compartido, la respuesta me pareció bastante clara.

Miré los sobres que habían acabado en el suelo después de nuestro sexo y alargué la mano para tomar uno, abriéndolo y sacando una caja de terciopelo rojo que no pareció sorprenderla.

—Es hermoso. —Me sonrió.

—Me alegro de que te guste. Deja que te lo ponga. —Le tendí la mano para que me diera la suya e Ilza no dudó.

Deslicé la joya en su delgado dedo y luego la besé.

—¿De verdad vas a casarte conmigo? —Puso cara de incredulidad ante un hecho que para mí ya era obvio.

—Aprendí de otros antes que yo que no puedes traer a una mujer a tu vida sin responsabilizarte plenamente de ella.

—¿Debería tener miedo de eso?

—No. Es la certeza que necesitas para saber que estás a salvo.

—¿Y tu familia?

—Te caerán bien.

—¿Seguro?

—¿Por qué tienes miedo de eso? —Le acaricié la cara e hice que me mirara.

—Yo... —inspiré—. No sé cómo tratar con una familia, no tuve una.

—Con el tiempo te acostumbras. Los Bellucci son muy acogedores.

—De acuerdo.

La acerqué y le besé la frente.



Uza

Capítulo cuarenta y uno

El vestido que me había regalado Nicolae era precioso. No dejaba de mirarlo después de cambiarme frente al espejo del dormitorio.

Después de acostarnos y pasar la noche juntos, tuvo que irse por la mañana, pero volvió antes de comer con una caja enorme y la noticia de que iba a presentarme oficialmente a su familia.

Tenía un escalofrío en el estómago y una angustia que me pesaba terriblemente en el pecho. Tenía mucho miedo de no caerles bien. Nicolae era un hombre de cuna nacido en la familia más importante de Italia, mientras que yo era... Tragué saliva. Siempre había sido alguien que robaba para sobrevivir y nadie se preocupaba por mí.

El vestido que me había regalado podía ser precioso, pero nada brillaba más que el enorme anillo de compromiso que pesaba sobre mi dedo.

¿Quería casarme con él? *Por supuesto.*

Pensé que era una broma cuando abrí el sobre y vi el anillo dentro, fue una elección que pensé que nunca me daría. Abusaron de mí, me trataron como basura, pero Nicolae lo hacía de otra manera.

Por muy tentador que fuera el otro sobre con los documentos falsos que había estado buscando, nada me atraía más que la posibilidad de tener un hogar, alguien que se preocupara por mí y me cuidara. La sensación de seguridad que encontré en sus brazos no se parecía a nada.

—¿Estás preparada? —Me estremecí cuando sentí su voz y su aliento tocarme la nuca.

Afirmé con la cabeza.

—Oye. —Me agarró de la cintura y me hizo girar para que estuviera frente a él—. ¿Qué te pasa?

—Tengo miedo —admití, bajando la cabeza y mirando fijamente sus zapatos de cuero perfectamente lustrados.

Me sujetó la cara y me levantó la cabeza para que pudiera mirarlo.

—Yo cuidaré de ti.

Dejé que se formara una sonrisa y me sentí mejor cuando me acercó y me besó los labios.

El calor, la paz... No quería perder eso.

—Todo irá bien.

Asentí.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

Respiré hondo y confié en sus palabras.

Nos dirigimos al garaje del edificio y Nicolae abrió la puerta de acompañante, esperando a que me acomodara.

Todo irá bien... me aseguré a mí misma.



Nicolae

Capítulo cuarenta y dos

Me dirigí a la mansión Bellucci. Por la mañana me había reunido con mi padre y le había pedido que reuniera a todos para comer porque tenía que hacer un anuncio importante. Mejor que lo que había hecho Ettore, al menos yo hablaría de mi boda antes de que ocurriera.

Ilza estaba tensa a mi lado, aunque le había asegurado varias veces que todo iría bien. Sin embargo, no podía esperar que reaccionara de forma muy diferente. Sabía quién era yo y en qué negocios andaba metida mi familia. Sería imprudente no temerles. Solo quería que pudiera sentir que formaba parte de la familia.

Aparqué en el garaje de la mansión y le di la mano para que bajáramos juntos.

Entramos en el salón y contuve la respiración al ver que estaban todos, mis padres, hermanos, primos y tíos. Incluida mi abuela, sentada en el sofá analizándolo todo como siempre hacía.

Acerqué a Ilza, rodeándole la cintura con los brazos, porque si yo estaba tenso, sería aún peor para ella. Sin embargo, puede que mi actitud no tuviera exactamente la reacción que esperaba, porque los ojos de mi madre se abrieron de par en par.

—¿No me digas que eso es lo que estoy pensando? —murmuró.

—Contrólate, Luise. —Mi padre fue educado y en el fondo era lo bastante listo como para suponer que ella sería el tema de la reunión.

—¿Así que ésta era la mujer que escondías en tu piso? —preguntó Nina, y por mucho que quisiera a mi hermana, sentí ganas de estrangularla en ese momento.

—Ella es Ilza. —Pensé en la mejor manera de presentarla en esa tensa situación—. Es mi prometida.

—Al menos tendremos fiesta —dijo mi padre en su tono habitual, pero no fue suficiente para suavizar la expresión de mi madre.

Pero mi mayor sorpresa fue cuando mi tío Marco se levantó y dio unos pasos, deteniéndose justo delante de mí. Su expresión amenazadora, las arrugas de la edad y sus canas hicieron que Ilza se encogiera aún más de miedo.

Para ser sincero, no esperaba que ella fuera enfrentada de esa manera por el jefe de la mafia. Mi tío no solía meterse en asuntos personales a menos que fuera algo que amenazara a nuestra familia.

—No es italiana, supongo.

Negué con la cabeza.

—¿De dónde es?

—De Inglaterra.

—¿De qué familia?

—Es huérfana.

La forma en que se estaba desarrollando la conversación me estaba poniendo tenso.

—Marco... —La abuela llamó a su hijo y me di cuenta de que no era la única que tenía miedo.

—Quédate con las mujeres —le dijo a Ilza—. El resto viene conmigo—. Autoritario como siempre, hizo un gesto y subió las escaleras, esperando que le siguieran.

Dante fue el primero en levantarse e ir tras su padre. Cuando mis primos y hermanos hicieron lo mismo, me di cuenta de que no tenía elección.

—Abuela... —La miré suplicante.

—Yo la cuidaré… —La señora se levantó del sofá y se acercó a nosotros.

—¡Nicolae! —Ilza me agarró del brazo y su voz llorosa no hizo más que intensificar todo el miedo que sentía.

—Todo va a estar bien. —Forcé una sonrisa.

—Inglesa, ¿verdad? —preguntó mi abuela—. Imagino que te gusta el té. Hay una marca que me encanta, supongo que a ti también le gustará.

—Nicolae. —Mi padre me llamó desde las escaleras y estaba seguro de que no podría escapar de ese asunto.

Me acerqué detrás de él, que entró primero, mirando fijamente a mi tío sentado en el sillón de cuero detrás del oscuro escritorio. El despacho se estaba quedando pequeño para albergar a todos los miembros de la familia.

—Esa no es la mejor bienvenida que podrías darle a mi futura nuera, hermano.

—Entra y cierra la puerta, Mateo.

—No entiendo qué pasa, tío —dejé escapar mi descontento y pronto me di cuenta de que era mejor habérmelo guardado para mí.

—¿No lo entiendes? —Se levantó de la mesa y tragué saliva—. Parece haber olvidado la importancia de nuestra familia.

—Hago muy bien mi trabajo. —Hinché el pecho. Estaba seguro de ello. Desde que había asumido el cargo de contador de la mafia, lo había hecho lo mejor posible y apenas había cometido errores.

—Ser un Bellucci es algo más que hacer bien el trabajo. Se trata de mantener las alianzas y nuestra fuerza frente a nuestros enemigos y aliados. Pero lo que he visto son decisiones equivocadas motivadas por la incapacidad de mantener las cremalleras cerradas. Y lo que es peor, solo atraen aún más problemas y enemigos que no necesitamos. Primero Thiago se vincula con una griega que no tiene donde caerse muerta y se salva por los pelos de provocar una tragedia con los Lansky. Ettore se relaciona con una princesa sin reino y nos llena las calles de terroristas. ¿Qué debo esperar ahora, Nicolae?

Debería haberle dado una buena respuesta a mi tío, pero no estaba preparado para ese tipo de confrontación. Callar me hacía sentir fatal. Giovane intentó interceder por mí, pero solo empeoró las cosas.

—Pietra rompió con los Lansky y se unió con un ruso.

—Pero aseguró la mejor alianza que hemos tenido en años. Nunca habríamos imaginado a italianos y rusos confraternizando en un mismo ambiente y Pietra lo hizo posible. El próximo pakhan lleva mi sangre.

Marco tenía un argumento a favor de su hija que no podíamos cuestionar.

—¿Qué esperas, que la abandone? —Enfadarme no era una buena alternativa, pero lo hice.

—No. Solo espero que ustedes tres —señaló a los otros solteros de la sala— elijan con mucho cuidado a quién le van a dar nuestro apellido. ¿Has oído eso, Dante?

—Sí, papá.

—Espero que haya sido la última elección imprudente de los hombres de esta familia. —Se levantó y salió del despacho, dejándonos con un ambiente de mierda…



Uza

Capítulo cuarenta y tres

—Aquí tienes el té, querida. —La amable señora me entregó una taza humeante de la que salía un vapor blanco.

—Gracias.

—Me encanta tu color de pelo. Eres muy guapa. —Ella me sonrió y yo me esforcé por hacer lo mismo, pero era imposible con la tensión que se me revolvía en el estómago.

—No les caí bien.

—No es eso.

—Su hijo estaba furioso.

—Marco está preocupado por su familia. Ese sigue siendo su papel.

—No quiero que nadie se enfade.

—Lo sé, querida. Estoy segura de que Nicolae vio algo especial en ti para haberte elegido.

No dije nada, solo me encogí y traté de sorber el té, que aún estaba muy caliente. Pensé que conocer a su familia por primera vez podría ser difícil, pero esto...

—Hola... —Dejé de pensar cuando una mujer rubia entró en la cocina y se acercó a mí.

Era la madre de Nicolae, aunque no se había presentado, era fácil suponerlo por los rasgos de su cara y su reacción.

—Hola. —Solté la taza y crucé las manos delante de mí en posición defensiva.

—No vamos a hacerte daño.

Intenté relajar mi postura, pero era difícil.

—No lo parecía.

—Marco tiende a ser un poco temperamental, pero puedes convivir con él si no te lo tomas muy en serio.

—¿Qué harán con Nicolae?

—A lo sumo castigarlo como cuando era niño. —Sonrió como si estuviera haciendo una broma y me hizo sonreír a mí también.

Madre... Yo no tenía eso, pero podía ver que ella haría cualquier cosa para proteger a su hijo.

—¿Dónde se conocieron? —Se volvió hacia la abuela y le agradeció con una inclinación

de cabeza la taza de té que había recibido.

—En la plaza de San Pedro.

Pensé que era mejor no decirle que lo había robado, porque solo empeoraría la imagen que tenían de mí, que ya de por sí no era la mejor.

—A Nicolae le encanta ir allí. Es un lugar precioso...

—Sí.

—¿Estabas de paseo en Roma?

—Siempre he tenido una vida un poco nómada.

—Ah, pero ¿por qué?

—Desde que mis padres murieron y fui de un hogar adoptivo a otro...

—¡Qué cosa tan terrible! —Parecía realmente impactada por mi historia.

—Sí... —Torpemente, di un sorbo a mi té.

—Pero ya no tienes que preocuparte. —Me sorprendí cuando se inclinó hacia mí y me rodeó con sus cálidas manos—. Ahora tendrás un hogar.

—Gracias. —No pude contener la lágrima que corrió por un lado de mi mejilla—. Muchas gracias.

La mujer me abrazó y sentí una paz que pareció aliviar la terrible sensación de mi llegada, pero la paz no duró mucho.

—¿De cuántos meses? —Una mujer rubia más joven saltó a nuestro lado.

—¡Nina! —Fue reprendida.

—Solo quiero saber, mamá. Si Nic va a casarse con ella así, es obvio que está embarazada. Sé que hace unos días que está en casa con ella. Lo vi en las cámaras.

Mis mejillas se sonrojaron.

—No está embarazada. —La declaración de la abuela fue otra sorpresa.

—¿No? —Nina levantó sus cejas rubias.

Negué con la cabeza.

—Teniendo en cuenta la historia de esta familia, no dudo de que tardará poco —dijo la señora riendo—. Pero el bebé será bienvenido.

—Gracias —dije torpemente.

No podía imaginarme estar casada, y mucho menos tener hijos.

—Ilza...

Me di la vuelta y sentí que el corazón se me aceleraba al oír la voz de Nicolae. Estaba en la puerta de la cocina, mirándome fijamente.

Poco a poco, acortó la distancia que nos separaba y me tocó la cara, analizándome a fondo para ver si estaba bien.

—¿Cómo fue la conversación con tu tío? —pregunté, aun sabiendo que podría arrepentirme, pero no pude contener la mezcla de curiosidad y miedo.

—No fue tan terrible. No tienes que preocuparte por nada.

—Pero...

—Nos vamos a casar y ya está.

Moví la cabeza afirmativamente y me esforcé por sonreír. Solo quería estar cerca de él sin tener que sentir miedo de nada más.

—Prepararé todos los detalles. —Su madre parecía emocionada, aunque al principio le sorprendió la noticia.

No me importaba la ceremonia ni el circo que estuvieran montando, mientras me mantuviera a salvo.



Nicolae

Capítulo cuarenta y cuatro

Mi madre arrastró a Ilza para discutir los detalles de lo que quería para la ceremonia. Ya me imaginaba el color rojo y otras extravagancias que tanto le gustaban a ella. Pero en ese momento tenía preocupaciones mayores que una boda de estilo gitano.

—Quería decir que el tío Marco no debería haber dicho eso. —Antes de que me diera tiempo a escapar, mi hermano mayor se me acercó y se detuvo a mi lado. Por mucho que a veces nos enfrentáramos por pequeñas disputas, yo seguía teniendo a Ettore como modelo a seguir y alguien en quien siempre podía confiar. Cuando le necesitaba, acudía a él.

—¿Con quién esperaba que me casara?

—Si preguntabas, seguro que el tío tiene una lista para ti. —Se rió.

—No somos Dante.

—No, no lo somos y no queremos serlo.

—Lorenzo es otro que también está en problemas. —Intenté reírme.

—Eso es lo que parece.

—¿Quieres decir que aún puedo casarme con quien quiera? —Giovane apareció, entrometiéndose en la conversación.

—Es mejor que el tío Marco no se entere —advirtió Ettore.

—Lo recordaré.

—Hablando de recordar. ¿De quién tenemos que cuidarnos? —mi hermano mayor me miró fijamente, reclamando mi posición.

—¿A qué te refieres?

—Nunca vienen solas, dada nuestra historia, siempre hay alguien más aparte de una mujer indefensa. Considerando lo que he investigado sobre ella, es muy posible que esté involucrada en algo peligroso.

—Creo que debemos tener cuidado con la mafia suiza, pero no tendrían el valor de enfrentarse directamente a nosotros, porque si lo hubieran hecho, no enviarían a una chica a hacer su trabajo sucio.

—Explica mejor esta historia. —Giovane quería saber.

Les conté lo que los suizos querían con Ilza y su objetivo de robar la corona, que era una antigua joya familiar.

—¿De verdad crees que ella no quería robarnos? —Giovane sospechaba.

—Confío totalmente en ella.

—Será mejor que estés seguro de que puedes confiar en la mujer que vas a traer a nuestra familia. —Mi hermano mayor se cruzó de brazos—. No le des más motivos al tío Marco para enfadarse con nosotros.

—Lo recordaré.

—Al menos pronto tendremos una fiesta. —Giovane estaba encantado con la noticia.

—Sí, tendremos... —Respiré hondo.

Si de algo estaba seguro era de que mi madre haría una celebración enorme.



Uza

Capítulo cuarenta y cinco

Era tarde cuando fuimos a su casa. No dije ni una palabra en todo el camino hasta el piso de Nicolae.

¿Tenía miedo? Me dolía el estómago. Pero estaba acostumbrada a que mi paz durara poco. Había sido una tontería creer que realmente estaría protegida para siempre.

Nicolae aparcó el coche y giró hacia mí, y la sonrisa que me dedicó fue inesperada y me estremeció hasta la médula.

—Ya estamos en casa.

—Sí... lo estamos.

—¿Qué te pasa? —Se inclinó hacia mí y me tocó la cara.

—La boda...

—Ilza... —Respiró hondo—. La reacción de mi tío fue ciertamente inesperada, pero no hay nada más importante para mi familia que nuestra palabra. Nada cambiará lo que te prometí.

—¿Ni siquiera tu familia?

—No, ni siquiera ellos.

Sonreí y él me acercó la cara, envolviéndome los labios en un beso que empezó con calma, como si estuviera sellando un contrato. Después de que deslizara su lengua en mi boca, volví a sentir calor.

Luego de haber hecho el amor la noche anterior, me había liberado de miedos y tormentos que parecían estar solo dentro de mí.

Me incliné más hacia él y le permití intensificar el beso cuando su pesada mano se dirigió a mi nuca y me tiró del pelo. Me mordisqueó el labio inferior, tirando de él hasta que se resquebrajó y me hizo jadear contra sus labios. Bajó hasta besarme y chuparme el cuello, provocándome escalofríos.

Me froté los muslos mientras la intensidad del deseo crecía incontrolablemente entre ellos. Me moría de ganas de sentir sus dedos más cerca, pero antes de que pudiera, Nicolae se apartó.

—¿Qué ocurre?

—Será mejor que salgamos del coche. —Pareció tensarse un poco y eso me alarmó.

—¿Alguien nos está espiando?

—Es muy posible.

—¿Los hombres de Selenio? —Me giré de un lado a otro buscando la amenaza mientras todo mi cuerpo se agarrotaba de miedo.

—No. —Sonrió para relajarme—. Probablemente solo sean mis hermanos. Son capaces de mirar a través de cualquier lugar que tenga cámaras.

—¿Eso es malo?

—Solo a veces. Ven conmigo.

No lo cuestioné, simplemente dejé que me llevara de vuelta al piso para que pudiéramos estar solos. Sentí como si Nicolae hubiera despertado una versión de mí que no conocía.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, entrelazó sus dedos con los míos y tiró de mí hasta que estuvimos en el salón. Solo oí el sonido de la cerradura eléctrica al tiempo que sus firmes manos rodeaban mi cintura. Esta vez no me asustaba en absoluto el contacto y lo que pudiera provocar en mí. Nicolae me había prometido no hacerme daño y estaba cumpliendo muy bien su promesa.

La firmeza de sus palmas se deslizó por el costado de mi cuerpo hasta el dobladillo del vestido, justo por encima de las rodillas. Me estremecí al sentirlo tocar directamente mi piel mientras subía por la tela.

Me despatarré contra la pared, poniéndome de puntillas mientras reaccionaba a la oleada de efectos cada vez más intensos que provocaba en mí. Era como si cada vez que Nicolae me tocaba todo fuera aún mejor.

Me subió la falda hasta la cintura mientras sus labios subían por mi mentón hasta llegar a los míos. Respondí al beso con deseo y hambre, con una necesidad cada vez más intensa de él. A medida que nuestras lenguas se entrelazaban, sentía cada vez más sed.

Rodeé su cuello con las manos y los dedos hasta llegar a los hombros que marcaban su fino traje.

—Hoy seré un poco menos paciente. —Me advirtió mientras me agarraba las nalgas, levantándome y ajustándome a su cintura.

Apenas tuve tiempo de responder porque un gemido de necesidad me silenció al sentir su erección contra mis bragas. *¿Cómo había podido tener tanto miedo de esa parte de un hombre y en ese momento estar tan deseosa?*

Apreté su cuerpo y empujé el mío hacia delante para que la fricción fuera aún más

intensa.

—Nicolae... —gemí suavemente cuando volvió a subir su boca por mi cuello. Su respiración me producía un cosquilleo en la piel.

Me sujetó firmemente contra la pared con una mano y se bajó la cremallera de los pantalones con la otra. Las paredes de mi sexo palpitaron desesperadamente cuando su miembro saltó fuera de su ropa interior. Apreté los párpados, cerrando los ojos por la necesidad. Era como si no me reconociera, pero este cambio era para mejor.

Solo volví a mirarlo cuando sus dedos me bajaron las bragas. Mi humedad rezumaba antes de que me empujara un poco más hacia delante para introducirse dentro de mí. Le apreté los hombros y solté un fuerte gemido.

El placer que me embargaba era aún más intenso que el de la noche anterior. Me sentí deliciosamente llena mientras las paredes de mi vagina se expandían para envolverlo. El ajuste era perfecto.

Todo fue aún mejor cuando Nicolae empezó a moverse, apretando mi cuerpo contra la pared. Le rodeé la cintura con las piernas y lo acerqué a mí todo lo que pude.

Esa vez no fue tan suave, me empujaba mientras me mordía el cuello. Pero mi cuerpo parecía preparado.

Mi clítoris se volvía cada vez más sensible al rozar su pelvis. Cuando Nicolae se deslizó lentamente, solo para provocarme, no pude contenerme y tiré de él hacia mí con las piernas.

—Te gusta, ¿verdad? —bromeó con una sonrisa.

—Creía que eso era lo que querías. —Incluso era difícil decir una frase completa en medio de la incontrolable necesidad de gemir.

—Es exactamente lo que quiero. —La sonrisa se apoderó de la expresión del depredador y solo me dio aún más placer.

Bajó una mano y me clavó los dedos en las nalgas con un agarre aún más firme, seguido de un empujón que me hizo poner los ojos en blanco, como si toda la habitación diera vueltas.

Sentí que una gota de sudor se deslizaba por mi frente cuando todo estalló en una oleada maravillosa y muy intensa. Mientras disfrutaba de los efectos que me dejaban inmóvil, Nicolae siguió empujando dentro de mí hasta que él también alcanzó su punto álgido.

—Deliciosa… —susurró mientras me mordía la boca antes de bajarme.

No me molestó lo más mínimo la palabra que utilizó para referirse a mí. Aún no me había

adaptado, pero me encantaba ser deseada por Nicolae Bellucci.



Nicolae

Capítulo cuarenta y seis

Me giré para salir de la cama por la mañana y, antes de que pudiera levantarme, Ilza me tocó la espalda desnuda y me hizo volverme hacia ella.

—¿Vas a trabajar?

—Sí, pero voy a pedirle a mi madre que venga para acá.

—¡¿Tu madre?! —Ella abrió los ojos, sorprendida por mi afirmación.

—Así podrás ultimar los detalles de la boda. Cuanto antes suceda, mejor será para ti. Cuando te conviertas en una Bellucci, se lo pensarán mucho antes de amenazarte.

—Sí... —Su tono me llamó la atención.

—¿Qué ocurre?

—¿No tienes miedo?

—¿Yo? —fruncí el ceño—. ¿De qué iría a tener miedo?

—De arrepentirte.

—¿Tengo motivos para arrepentirme?

—Tu tío piensa que no soy una mujer digna de ti.

Resoplé, irritado. ¿Cuánto tardaría ella en olvidar eso?

—Déjame decidir quién es o no digno de mí. —Me incliné y toqué sus labios con los míos—. Ahora tengo que irme.

Ella asintió.

Fui al baño, luego me cambié, poniéndome uno de los trajes que había sido diseñado por mi padre y mejorado por nosotros.

El piso era un auténtico *búnker* y sabía que Ilza estaría protegida en él y que, cuando llegara mi madre, la refinada tecnología le permitiría entrar. Sin tantos soldados alrededor, Ettore y yo nos habíamos esforzado por convertir nuestros pisos en auténticas fortalezas.

Conduje hasta el edificio de la empresa de mi padre y bajé directamente a los pisos subterráneos donde se desarrollaban las actividades de la mafia.

—¡Nicolae!

Me sorprendió mi padre cuando oí su voz. Había imaginado que lo vería, pero no tan pronto.

—¿Sí?

—Vamos. —Asintió con la cabeza.

—¿Algún problema con las cuentas o las autoridades? —Me puse tenso. Ante la situación que estaba viviendo, no debía cometer ningún error, ni siquiera el más pequeño, porque eso haría que juzgaran mi decisión.

—No.

—Entonces, ¿qué es?

—Le he pedido a Ettore que investigue a tu chica...

—¡Papá!

—Después de Sebastian, necesito tener mucho cuidado con quiénes se involucran con mis hijos.

—Ilza no es una amenaza —le aseguré.

—Parece que no —aceptó.

—¡Magnífico! Entonces, vamos a trabajar.

—Cálmate. —Me agarró del brazo, deteniéndome—. ¿Qué pasa con los suizos?

—Nos tienen miedo, papá.

—¿Es así?

—No estarían tan locos como para enfrentarse directamente a nosotros.

—Espero que no sea un error pensar así.

—Tendré cuidado.

—Es mejor que lo hagas, porque has tomado una decisión de la que no puedes volver atrás.

—¿Estás hablando de la boda?

—Estoy hablando de tu vida. —El tono de mi padre hizo que algo volviera a mi interior, pero me esforcé por no demostrarlo.

Me limité a asentir y no quise insistir. Esperaba no traer el caos a mi familia, aunque parecía inevitable.



Uza

Capítulo cuarenta y siete

En cuanto el peluquero me ofreció su mano para que pudiera levantarme de la silla y mirarme en el espejo, me quedé de piedra. Nunca había pasado por semejante montaje y por primera vez me sentí como una princesa.

Me pellizqué. Me pregunté si aquel momento sería verdad o solo uno de los sueños locos que había tenido a lo largo de mi vida.

Nicolae Bellucci parecía haber visto algo en mí de lo que ni yo misma me había dado cuenta y era mágico que nos involucráramos así. No solo me estaba ganando a un hombre que se preocupaba por mí y me cuidaría, sino a toda una familia, aunque no todos parecían receptivos a la idea.

Me sobresalté cuando vi en el espejo el reflejo de la mujer que estaba detrás de mí. Me giré inmediatamente y la nona Bellucci sonrió.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—Luces espectacular.

—Sé que no soy la mejor opción...

—Shhh... —Ella me interrumpió—. Eso solo le corresponde decidirlo a mi nieto.

Asentí con la cabeza. En el fondo me pesaba el pecho. Sentía angustia y miedo. Sabía muy bien lo que era ser abandonada, creer que la gente cuidaría de mí y en el fondo... Fruncí los labios para tragarme las lágrimas, no quería emborronarme el maquillaje.

—Tengo algo para que te pongas hoy.

—¿Algo? —Alcé una ceja.

—Sí. —Adelantó una de sus manos desde detrás de su espalda y me mostró una hermosa tiara.

Apenas pude mantener la boca abierta. La corona de Santa Filomena había estado con la anciana todo este tiempo y en ese momento parecía estar al alcance de mi mano, pero con el matrimonio con Nicolae, no necesitaba ese objeto porque la familia me protegería.

—¿Por qué la tiene usted? —No pude contener mis preguntas.

—Lo traje para que pudieras usarla.

Era una joya tan hermosa que no pude evitar sentirme atraída por ella. El brillo de las

piedras era tan intenso que podría haberme cegado. Ver la pieza de cerca era mucho más increíble que en las fotografías. Por un momento casi entendí por qué Selenio la quería tanto.

—¿Puedo? —La señora me indicó la cabeza.

—Sí...

Un poco temblorosa, me incliné para que me pusiera la corona en la cabeza.

Era increíble que el objeto que me habían enviado a robar estuviera en mi cabeza en ese momento. Extrañamente, lo sentía más pesado de lo que realmente era. Pensé en pedirle que me lo quitara. Sería mejor que no entrara en la iglesia con aquella diadema ni llamara demasiado la atención, pero pensé que decirlo podría sonar a ofensa y creí que era mejor guardarme esa sensación.

—Estás más preciosa aún. —Me dedicó una cálida sonrisa.

—Gracias.

—¿Lista para salir?

—Sí.

—Bien. Hay un conductor y guardias de seguridad esperándote abajo. Puedes ir con ellos.

—De acuerdo.

Cuando salí de la habitación y caminé sola por el pasillo, tuve la sensación de que sería la última vez que estaría sola.

Los hombres serios con trajes oscuros me dirigieron a una hermosa limusina aparcada en la entrada.

No había visto a Nicolae desde que me desperté y estaba deseando estar delante de él, pero supuse que eso no ocurriría hasta que estuviéramos en la iglesia. Que, por cierto, no era un lugar al que yo fuera habitualmente, pero por el tiempo que había pasado con su familia, a pesar de la forma ilegal en que llevaban sus vidas, todos parecían muy religiosos, especialmente la matriarca. La sensación de que la Iglesia era Roma y que Roma era la Iglesia se hizo cada vez más evidente a medida que permanecía en la ciudad. Aunque el Vaticano había concentrado mucho entre sus muros, las huellas de la religión seguían estando por todas partes.

Apoyé una mano en el cristal de la ventanilla, observando cómo se acercaba el centro histórico de la ciudad a medida que el coche avanzaba.

No podía decir que echaría de menos Londres porque, para ser sincera, ni siquiera pasé mucho tiempo allí, ni en ninguna de las otras ciudades por las que solía viajar. Era nómada, había

aprendido a no echar raíces, pero esperaba que a partir de ese momento mi realidad cambiara.

Oí el eco de un claxon y me sobresaltó el sonido. Pensé que no era nada, hasta que un fuerte golpe en el lateral del coche me hizo sobresaltarme dentro del vehículo. Mi cuerpo se inclinó hacia delante y tuve que hacer equilibrio para no caer al suelo.

Lo último que necesitaba era un choque en la víspera de mi boda. Lo peor era que pronto esto resultaría ser el menor de mis problemas.



Nicolae

Capítulo cuarenta y ocho

No quería demostrar que estaba nervioso, ni que me había cuestionado varias veces si había tomado o no la decisión correcta. Siempre había estado seguro de mi comportamiento, pero aquella mujer había cambiado algo en mi interior desde la primera vez que se había cruzado en mi camino, aunque fuera robándome.

Cada vez me daba más cuenta de que no era el reloj lo que me había quitado.

Levanté la vista hacia la pintura del techo de la iglesia y luego bajé la mirada hacia la puerta de entrada, esperando verla ingresar.

Estaba tardando demasiado...

Ettore estaba detrás de mí en el altar y sentí que las manos de mi hermano me apretaban el hombro y me hacían volverme hacia él.

—¿Seguro que quieres formar parte del mundo de los casados?

Su pregunta me hizo enarcar las cejas con confusión.

—¿Te parece que no estoy seguro?

Ettore no era idiota y el hecho de que yo estuviera allí era prueba suficiente de que el matrimonio era lo que yo quería. Había jurado proteger a Ilza y lo cumpliría manteniéndola a mi lado como esposa.

Y no se trataba solo de protección...

Movieron la puerta principal y mi corazón dio un brinco, imaginando que por fin sería ella. Pero solo era un invitado que había llegado tarde.

Aunque no fue la gran alianza mafiosa que el tío Marco había esperado, mi boda siguió siendo un acontecimiento importante. El apellido Bellucci pesaba mucho sobre mis hombros y pasaría a mis hijos y sus descendientes.

Me di cuenta de que la gente cuchicheaba en la iglesia y pensé que quizá no era el único preocupado por el retraso.

¿Dónde estaba mi prometida?



Uza

Capítulo cuarenta y nueve

Me encogí asustada en la parte trasera del coche, al oír el sonido de los disparos intercambiados entre los hombres que estaban allí para protegerme y quienquiera que intentara hacerme daño.

La desesperación crecía en mi interior y el miedo parecía cada vez más incómodo a medida que los ruidos se repetían.

El coche tembló y, aunque las ventanillas seguían intactas, ya no me sentía segura allí. Me acerqué sigilosamente a la puerta, abrí la cerradura y salí a la calle, por el lado opuesto al de la colisión.

Me enfundé mi pesado y voluminoso vestido de novia y me dispuse a huir lo más lejos posible del conflicto. Tenía la tonta ilusión de que podría llegar a la boda y, por tanto, a mi Nicolae.

Por reflejo, vi a uno de los hombres de Selenio. Eso me dio aún más ganas de correr. Si me atrapaban, no quería ni pensar en lo que podría pasarme.

La iglesia donde se iba a celebrar la boda estaba en el centro histórico de Roma, donde había calles estrechas y turistas. Yo estaba acostumbrada a huir y esconderme, a mezclarme con la gente, pero era completamente imposible hacerlo con aquel vestido de novia.

Todo el mundo me miraba.

—Disculpen, lo siento... —Choqué con unas cuantas personas cuando intenté pasar en cuanto me di la vuelta.

Estaban asustados por el ruido de los disparos y no sabían exactamente adónde debían ir. Mi situación no era muy diferente de la suya, por muy escurridiza que siempre me hubiera creído.

Oí el ruido de una moto que aceleraba y corrí aún más rápido, intentando perderla en la confusión.

Acabé chocando con una mujer y tirando el café que llevaba en la mano. Maldijo en italiano, pero hablaba demasiado rápido para que yo pudiera oír algo.

Cometí el error de mirar hacia atrás y ver la moto que se acercaba, quien iba en ella llevaba ropa completamente negra, además de casco.

Giré hacia una calle, intentando inútilmente dejar de ser seguida, pero él se acercaba

mucho más rápido de lo que yo podía moverme.

—¡Fuera de mi camino! —Empujé a un vendedor de recuerdos para turistas. Tirando al suelo un montón de rosarios y llaveros atropellados por las ruedas de la moto.

El conductor de la moto se abalanzó sobre mí y me golpeó con su vehículo, atropellándome y tirándome al suelo. El dolor me obligó a quedarme inmóvil unos instantes.

Intenté apartarme, echando el cuerpo hacia atrás con las manos sobre el asfalto sucio y áspero.

—¡Aléjate de mí!

—¿Qué crees que estabas haciendo, puta de mierda?

—Nada... —tartamudeé.

Era imposible no tener miedo de aquel tipo, sobre todo cuando se bajó de la moto y caminó hacia mí.

Pensé que iba a golpearme de nuevo, pero antes de que lo hiciera, se acercó un coche y se detuvo al otro lado de la carretera, a pocos metros de mí, que seguía tendida en el suelo.

Por reflejo, me llevé la mano a la zona donde me había golpeado la rueda de la moto y me dolió.

Levanté los ojos cuando oí el ruido de la puerta del coche al abrirse y mi miedo se hizo aún mayor cuando Selenio dio un pisotón en el suelo y salió del vehículo, caminando hacia mí.

—Ah, pequeña puta barata.

—No soy una prostituta. —Apreté los dientes, irritada por la ofensa.

Se echó a reír, como para burlarse aún más de mí.

—Fue muy inteligente por tu parte abrirte de piernas con uno de los Bellucci. No podría haber pensado en un plan mejor.

—Yo no... —Tragué saliva mientras él se reía.

En efecto, me había vinculado con Nicolae y me había acostado con él, pero no me arrepentía y no tenía nada que ver con lo que pensaba Selenio.

—Fuiste lo suficientemente buena para conseguir la corona. Ahora pásamela. —Me tendió la mano, esperando a que se la entregara.

—¡No!

—¡Deja de ser estúpida, chica! Dámela ya mismo.

—De ninguna manera. —Luché por levantarme, aún tambaleándome y retrocediendo con

la cabeza que sostenía el objeto que aquel maníaco tanto deseaba.

—Es mejor que no juegues conmigo. —Apretó los dientes con expresión amenazadora.

—No juego con nadie. Esta es la joya de los Bellucci y se quedará con ellos.

—No puedo creer que te hayas vuelto tan estúpida. ¿De verdad crees que perteneces a esa familia?

Sí, creía eso.

—Ven aquí.

—¡No!

Selenio se abalanzó hacia mí y me agarró la cara de tal manera que no pude defenderme. Sus manos eran gordas y fuertes. Intenté forcejear, haciendo todo lo posible para que me soltara.

—Estúpida, deja de hacer eso. —Me dio una bofetada en la cara, mareándome.

—¡Suéltame!

Agarró la diadema, tirando de ella hacia arriba y desgarrándome el pelo a causa de las pinzas que había utilizado para mantenerla en su sitio. Gemí, gruñí y luché por recuperarla, hasta que empujé mi cuerpo hacia delante, propinando una patada a Selenio en el estómago. El maldito no se esperaba mi golpe, que lo aturdió durante unos segundos.

Volví a tomar la corona e intenté correr, pero oí un disparo que me rozó el brazo y me hizo soltar la pieza.

—¡Agarren a esa maldita! —gritó Selenio y sus hombres se abalanzaron sobre mí.

Primero, uno de ellos guardó la corona, asegurándose de que no podía recuperarla. Otro me agarró por los hombros y me arrastró más cerca del jefe.

Selenio me dio un puñetazo en la cara y caí de rodillas.

—Esto es para que pienses muy bien cuando pienses en actuar en mi contra.

Estaba sin fuerzas, de rodillas sobre el asfalto que había ensuciado completamente mi vestido y destrozado partes de mi falda.

—Salgamos de aquí antes de que vengan por nosotros —le oí decir mientras ingresaban en sus vehículos.

Me toqué la cabeza dolorida y empecé a llorar cuando me di cuenta de que me habían robado la corona y se la habían llevado.

¿Cómo podrían perdonarme por eso?



Mateo

Capítulo cincuenta

Estaba de pie en un rincón del altar, observando a mi hijo con impaciencia mientras los invitados esperaban la ceremonia.

Nicolae se frotó las manos y se las metió en el bolsillo, pero no se atrevió a decir una palabra para expresar su preocupación. Lamentaba ponerlo en semejante situación, pero tenía que ser paciente.

Toqué el auricular en mi oído cuando sentí una señal y oí a uno de mis hombres hablando al otro lado.

—Como era de esperar, aparecieron los suizos.

—¿Hubo algún herido? —pregunté.

—Estamos bien.

—¿Ella le dio la corona a los suizos?

—Salió corriendo y la persiguieron.

—¿La seguiste?

—No. Pensé que solo usted quería saber si ella estaba o no con ellos.

—¿Y cuál es tu conclusión? —Quería ser metódico.

—Creemos que trabaja para ellos.

—¿Creen?

—¿Por qué otra razón habría huido?

—¿Qué pasa? —Nicolae se acercó a mí y me di cuenta de que se había dado cuenta de que pasaba algo.

Había educado bien a mis hijos para que fueran tan listos como yo, o tal vez más, pero no siempre tenían éxito en esa tarea.

—¿Sabes dónde está mi prometida y por qué tarda tanto?

—Ella fue puesta a prueba.

—¿Qué? —La expresión de mi hijo se transformó en una furia que yo había previsto.

—Sabes que nos siguen vigilando y después de lo que le pasó a tu hermana no podemos bajar más la guardia ante los que no pertenecen a la mafia.

Me agarró de la solapa de la chaqueta sin importarle mi autoridad ni quién nos observaba.

—¿Qué has hecho?

—Le dije a tu abuela que le diera la corona de Santa Filomena. Al menos eso es lo que piensa la inglesa. Mandé hacer una copia, pero la original sigue en nuestra caja fuerte.

—¡¿Qué has hecho, papá?! —Apretó los dientes, resoplando como un lobo furioso.

—¡Hijo, estamos en la casa de Dios!

—Al diablo con todos ustedes. —Me soltó con suficiente ímpetu como para hacerme caer hacia atrás y bajó del altar, caminando hacia la puerta principal y haciendo que todos se sobresaltaran.

Pronto los murmullos y las charlas se apoderaron de toda la iglesia.

—¿Qué hiciste, Mateo? —Luize me apretó el brazo, exigiendo que se lo dijera.

—Solo estoy protegiendo a nuestra familia.

—¡Nicolae! —Ettore fue tras su hermano y Thiago y Vincenzo abandonaron los bancos de la iglesia para seguirlo.



Uza

Capítulo cincuenta y uno

—No pasa nada, señorita. —Una amable señora se me acercó y me ofreció su mano, ayudándome a levantar.

Me limité a asentir con la cabeza.

—Gracias... —Mi voz seguía temblorosa y llorosa.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué te ha pasado? —Me miró rápidamente, viendo el deplorable estado de mi vestido. Por el olor a sangre que desprendía, era muy probable que tuviera la cara magullada.

—Yo... —Empecé a hablar, pero no encontraba las mejores palabras, así que preferí callar.

—Llamaré a la policía.

—Por favor, no lo haga... —Le tomé la mano, temblorosa y desesperada por que no lo hiciera.

Si me agarraba la policía, podría ser aún peor.

Lo único de lo que podía estar segura a medida que pasaba el tiempo era de que necesitaba salir de allí. Selenio me había arrebatado la corona y sería difícil convencer a Nicolae de que yo no estaba del lado del suizo.

Solté a la señora y salí corriendo en otra dirección, hacia un callejón más estrecho donde no había tanta gente. Me arranqué la falda del vestido, dejando atrás todo el volumen y las enaguas. Agarré un trozo de tela para atármelo alrededor del brazo y detener la hemorragia. El pinchazo no me dolía, pero podía apostar a que sería muy incómodo una vez que se me pasara la adrenalina.

Dejé caer los tacones por el camino y seguí corriendo, descalza sería más fácil, aunque mis pies me castigaran por ello más tarde.

Seguí corriendo. Había pasado de parecer una novia a compararme con un vagabundo. En ambos casos, seguía llamando la atención allá donde iba.

Me tropecé con un puesto, recogiendo disimuladamente una camiseta de turista.

—¡Fuera de aquí! —El vendedor estaba furioso conmigo, pero no vio mi robo de inmediato, probablemente solo se daría cuenta cuando contara las piezas.

Me puse la camiseta sobre la parte del busto del vestido con las piezas de tachuelas y la

seda de debajo parecía una falda normal.

Me detuve frente a una de las fuentes, donde la gente llenaba sus botellas de agua. La utilicé para lavarme la cara todo lo que pude. No quería manchas de sangre ni maquillaje corrido.

Lo único que necesitaba era un par de zapatos bajos, que conseguí tomando un par de chanclas de otro puesto. Esta vez el vendedor me vio, pero no pudo venir por mí cuando desaparecí en medio de un grupo de turistas. Ser pequeña tenía sus ventajas.

Se suponía que iba a casarme con Nicolae en ese momento, pero Selenio lo estropeó todo y, para recuperar mi lugar con los Bellucci, necesitaba recuperar la corona.



Nicolae

Capítulo cincuenta y dos

Cerré de golpe la puerta del coche, rugiendo de furia. Apenas esperé a que mi hermano, mi primo y mi cuñado se unieran a mí.

Había prometido proteger a Ilza, pero no sabía que tendría que mantenerla a salvo de mi propia familia.

Ettore dio unos golpecitos en el cristal.

—¡Abre la puerta!

—Necesito encontrarla.

—¿Qué quieres decir con “encontrarla"? —Enarcó las cejas y su expresión no me tranquilizó en absoluto.

—¿Vas a decir que no lo sabes?

—¿Saber qué?

—Que papá le tendió una trampa.

—¿Cómo? —Ettore parecía aún más confuso—. ¿Qué quieres decir?

—No tengo tiempo para explicaciones. —Aceleré el coche por la calle que ella debía tomar antes de llegar a la iglesia desde la mansión Bellucci. Si quería encontrar alguna pista, sería mejor que empezara por ahí.

Oí el ruido de unos coches que se acercaban por detrás e imaginé que eran mi familia y algunos soldados. Si estaban allí para garantizar mi protección o solo para molestarme aún más no era mi prioridad en ese momento.

No tardé mucho en encontrar la limusina que debía llevar a mi prometida a la iglesia. Había algunas marcas de bala en el lateral, pero al volante, el conductor sorbía tranquilamente una botella de agua.

Golpeé la puerta con fuerza hasta que se abrió. Lo agarré por el cuello y tiré de él, golpeándolo contra el lateral del vehículo.

—¿Dónde está mi prometida?

—Señor...

—¿Dónde está? ¡Maldita sea! —Le di un puñetazo en la cara al tipo, mareándolo durante unos segundos.

—Nicolae... —Ettore trató de detenerme.

—Si no te largas de aquí, ¡te pegaré a ti también! —gruñí a mi hermano, haciendo evidente que había perdido el control.

—Papá debe tener razón...

—¡No! —Volví a golpear al hombre contra el coche—. ¡¿Dónde está Ilza?!

—Se escapó.

—¿Y no fuiste a por ella?

—Estaba con los suizos.

—¿En algún momento demostró eso?

—Abrió la puerta, salió corriendo y ellos la siguieron. Su padre solo me pidió que me asegurara de que los suizos se acercaran a ella.

Resoplé furioso mientras golpeaba al hombre una vez más antes de alejarme.

—¿Hacia dónde ha ido?

—¡Por allí! —Señaló a la vuelta de una esquina y esa era toda la información que tendría por el momento.

Fui en la dirección indicada, con la tonta esperanza de encontrarla. Seguí el rastro dejado por las cuentas de su vestido. Una piedra aquí, una perla allá, hasta una calle desierta donde encontré sangre en el suelo.

Me llevé la mano al pecho, sintiendo una mezcla de furia incontrolable e intenso dolor al darme cuenta de que le habían hecho daño. Después de la paliza que le habían dado, no quería que volviera a ocurrir.

—¿Es de ella? —Ettore seguía detrás de mí.

—Probablemente.

—La encontraremos, hermano.

—Ni siquiera debería haber desaparecido. —Se me revolvió el estómago y sentí que todo me daba vueltas—. Prometí que la protegería...

—Aún podemos hacerlo.

—¿Aún? —Me enfrenté a mi hermano, mostrando mi profunda consternación.

Era mi boda y no quería que se convirtiera en esa terrible tragedia.

—Voy a matar a esos suizos y lo solucionaremos.

—¿Tienes alguna sugerencia mejor que matarlos, Thiago? —le preguntó Vincenzo a mi primo.

—Suele funcionar.

—No siempre. —Vincenzo se encogió de hombros—. ¿Tienes idea de adónde se la habrán llevado?

Negué con la cabeza y me sentí aún peor por ello.

—Entonces busquemos. Podemos arreglar esto.

No era lo que quería pensar, pero mi cuñado me ayudó a recuperar la mente y a poner mis esfuerzos en lo que realmente era necesario en ese momento, recuperar a mi prometida.



Uza

Capítulo cincuenta y tres

Durante mucho tiempo había sobrevivido sola y había cuidado de mí misma. El mundo se había ensañado conmigo varias veces, me habían dado innumerables palizas, pero yo seguía viva. Lo cual, en cierto modo, me parecía una terrible broma de mal gusto, porque indicaba que la tortura continuaría durante mucho tiempo.

Conocer a Nicolae y lo que había vivido con él, aunque fuera por poco tiempo, había sido una luz en la oscuridad. Pero nada tan bueno dura para siempre, y debería haberlo visto venir.

Todavía me dolía el cuero cabelludo y me recordaba la corona que me habían arrancado. Selenio por fin tenía lo que quería, tal vez me dejaría en paz, pero yo seguiría siendo visto como la ladrona que no había respetado lo que le había prometido a Nicolae.

Lo único que podía pensar era que necesitaba que me devolvieran la corona para poder volver a mirarlo y tal vez experimentar un poco más de lo que habíamos vivido. Nicolae había sido diferente a cualquier otro hombre que hubiera pasado por mi vida y no quería perderlo.

Estaba cansada de correr y hambrienta. Necesitaba un rincón para descansar, y tal vez ropa limpia y una buena ducha.

Mientras caminaba por la calle, vi a una pareja que salía de la puerta de un edificio y me acerqué. Sonreí y saludé, como si yo también viviera allí dentro. Cuando me di cuenta de que estaban charlando en lo que imaginé que era alemán, dudé de que no me juzgaran como a cualquier otra turista de la zona.

Entré en el edificio. Era viejo, con una escalera empinada y lo que me pareció un pequeño ascensor en la parte inferior. Miré a mi alrededor y no vi ninguna cámara, esperaba que no hubiera ninguna.

Todavía llevaba el pelo recogido de la boda y lleno de horquillas. No fue difícil conseguir una para abrir una de las puertas. La cerradura era más grande y gruesa de lo que estaba acostumbrada, pero ya había forzado varias, así que no me desanimó el reto.

Tardé un poco más de lo que esperaba, pero conseguí abrir la puerta y entré en el piso. Tenía dos dormitorios y era espacioso. Había una maleta en la puerta y otra abierta sobre la cama. Tal vez pertenecieran a la pareja que acababa de marcharse, pero no podía estar segura.

La maleta abierta contenía ropa de mujer. No eran exactamente de mi talla, pero servirían. Elegí un pantalón y una blusa y fui al baño. En cuanto me quité toda la ropa, incluido

el vendaje del brazo, sentí un dolor punzante que me hizo chillar. La sangre ya había cesado, pero la herida probablemente me molestaría durante mucho tiempo.

Tuve que lavarme el pelo y quitar el spray que lo dejaba duro.

Después de salir con la ropa limpia y mejor aspecto, fui a la cocina y encontré un poco de jamón y pan. No había previsto que esos dos ingredientes se convertirían en la comida más sabrosa para mi estómago vacío.

Necesitaba recomponerme y pensar en lo que iba a hacer para devolver la corona a Bellucci y recuperar mi lugar junto a Nicolae.



Nicolae

Capítulo cincuenta y cuatro

Después de caminar durante horas, dando vueltas en círculos sin encontrar rastro de Ilza, finalmente mi hermano me convenció para que volviera a casa. No era la primera boda cancelada en la historia de los Bellucci, pero no esperaba que me ocurriera a mí.

Me hundí en el sofá del salón, pero no estaba tan solo como me hubiera gustado. Había demasiada gente en aquel lugar para impacientarme aún más.

—¿No crees que lo abandonó? —Oí a Giovane susurrar a Ettore, pero no era lo bastante bajo.

—No sé, amigo...

—Encontrará a alguien más. —Thiago estaba tratando de ayudar, pero solo empeoró la situación.

Irritado, me levanté y los fulminé con la mirada.

—¿Por qué no se van de aquí?

—Nicolae... —Ettore trató de hacerme pensar.

—Apuesto que tienen más cosas que hacer que quedarse aquí encima de mí, ¿verdad?

—Hermano, sé que es difícil para ti...

—¿En serio? —interrumpí apretando los dientes—. De todas las personas del mundo, nunca pensé que tendría que proteger a Ilza de mi padre.

—Solo estaba preocupado por todos nosotros.

—¡Ella no era una amenaza!

—Necesitábamos estar seguros.

—¿Crees que ella podría causar más daño que él? —Señalé a Vincenzo, que dio un paso atrás, sorprendido por mi actitud.

—Ya me he probado a mí mismo. —Levantó las manos en señal de rendición.

—¡Maldita sea! —resoplé.

Mi madre me había enseñado a ser más cortés y educado, pero en aquella situación era completamente imposible preocuparme por los modales y controlar mi ira.

—Vamos a descubrir lo que realmente le pasó —me aseguró Giovane.

—Lo haré yo mismo.

—Sabes que no estás solo —reforzó Ettore.

—Tengo mis dudas después de lo que ha pasado hoy.

—Vamos a invertirlo, ¿de acuerdo?

No quería creerles, estaba demasiado enfadado y me sentía traicionado después de perder a Ilza de esa manera. No creía que realmente pudiera estar del lado de Selenio después de todo lo que había pasado.

No fue fácil fingir todos los traumas que tenía y volver con esos hombres después de todas las amenazas y palizas.

Al menos yo no podía creer que me hubieran engañado de esa manera y que hubiera estado a punto de casarme con una mujer que estaba del lado de nuestros enemigos.

—Lo primero que podemos hacer es identificar dónde están ella y el suizo. Si están juntos, puede que sea más fácil —empezó Ettore con su lado estratega, ideando un plan que esperaba que funcionara.

Oí que llamaban a mi puerta, pero no me atreví a acercarme para abrirla. Los hombres que estaban allí conmigo eran suficientes, no quería hablar con nadie más, y mucho menos tener que compartir mis sufrimientos. Sin embargo, Giovane fue a abrir, dejando entrar a mi padre, seguido por el tío Theo y algunos otros soldados.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes.

—Ten cuidado con cómo me hablas. —Fue prepotente—. cSigo siendo tu padre.

—En este momento desearía que no lo fueras.

—¡Nicolae! —Ettore intentó detenerme y yo solo me enfadé más.

Era como si no entendieran por lo que estaba pasando. Ese dolor persistente, el miedo a que le hubiera ocurrido algo terrible mientras yo no estaba allí para protegerla como prometí que haría.

—Tu corazón no puede estar por encima de nuestra familia.

—Como si eso no hubiera sido siempre así. —Resoplé, aún más enfadado.

Era muy hipócrita por parte de cualquiera de ellos, incluido mi padre, decir que no había tomado antes una decisión pensando en su corazón.

—Ettore me dijo que encontraste sangre y trozos del vestido de novia.

Solo de pensar en la posibilidad de que le hicieran daño me daban ganas de lanzarme contra mi padre.

—¡Esto es culpa tuya! —Intenté atacarle, pero el tío Theo me puso las manos en el pecho

y me hizo retroceder.

—No olvides de qué lado estás, muchacho.

—Si ella es inocente, asumiré toda la responsabilidad —dijo mi padre, como si se tratara de algún tipo de error de codificación.

—No importa de quién sea la culpa si muere.

—¡Eh! No se va a morir. —Giovane intentó cambiar el tono de la conversación para ablandar nuestros ánimos—. Concentremos nuestros esfuerzos en averiguar dónde está Ilza y si es aliada o rehén de los suizos. No nos quedaremos aquí mirando. —Indicó mi despacho y se dirigió allí sin esperar que lo siguieran. Supuse que iba a utilizar mi ordenador para intentar encontrar toda la información que pudiera sobre ellos.



Uza

Capítulo cincuenta y cinco

Por mucho que quisiera quedarme, tenía que salir del departamento antes de que los verdaderos huéspedes volvieran y me encontraran allí.

Encontré dinero en las maletas, no mucho, pero suficiente para sobrevivir un par de días. Esperaba no necesitar mucho más para recuperar la corona y mi lugar junto a Nicolae.

Me miré la herida del brazo y tragué saliva al pensar que encontrar Selenio podría significar una herida aún peor o incluso letal. Correr directamente hacia el peligro no era mi estilo, pero era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Tras salir del edificio, me detuve en una esquina y empecé a pensar. Tenía que encontrarlos y no sería tan fácil como me gustaría, porque intentaban esconderse, no de mí, sino de los Bellucci, que tenían ojos en toda la ciudad.

Sentí un escalofrío al pensarlo, pero lo aparté rápidamente. Todo iría bien si lo hacía correctamente. Podía hacerlo...

No sé exactamente cómo, pero conseguí recordar el número de teléfono que uno de los secuaces me había dado por si conseguía la corona y no lograba salir de Roma con ella. El tipo me garantizaría un salvoconducto y podría estar haciendo lo mismo con Selenio y sus hombres.

Necesitaba un teléfono e intentar esa llamada, tal vez pudiera obtener una pista de su paradero que me ayudara a localizarlos y traer de vuelta la corona.

Miré a mi alrededor, observando a la gente moverse, había muchos teléfonos móviles disponibles, aunque nunca habían sido mi objetivo cuando vivía como ladrona. Los teléfonos móviles dependían de habilidades para desbloquearlos y revenderlos que yo no tenía. Además, las joyas y el dinero eran más fáciles de pasar.

Me senté en el banco, observando a una señora hasta que guardó el aparato en su bolso. Tuve la sensación de que no lo había bloqueado, lo que lo haría más fácil. Me levanté, fingiendo caminar hacia la parada del autobús y acabé chocando con ella, deliberadamente.

Cuando levantó la cabeza para mirarme, me apresuré a tomar el móvil.

—*Scusa.* —Sonreí y continué calle abajo.

Seguí caminando hasta perderme de vista. Tenía que estar lejos cuando se diera cuenta de que lo había robado.

Fue por una noble causa.



Nicolae

Capítulo cincuenta y seis

—Creo que los he encontrado. —Giovane levantó la mano mientras señalaba el monitor del ordenador.

Mientras yo estaba inquieto, incapaz de pensar con claridad, mi hermano pequeño parecía haber rastreado las cámaras de la ciudad en busca de imágenes de los suizos que supuestamente estaban con Ilza.

—¿Cómo que crees?

—La resolución de las cámaras es pésima y solo encontré al tipo porque se paró a mear en la carretera cerca de Oviento.

—Así que ya están lejos de Roma —dijo el tío Theo, lo que ya era bastante obvio.

—Así es.

—¿Está Ilza con ellos? —Se me estrujó el corazón al preguntar.

—No puedo confirmarlo. —Mi hermano fue honesto—. Van en dos coches y las ventanas están demasiado oscuras para ver el interior.

—¡Maldita sea! No podremos llegar por tierra —refunfuñó Ettore.

—Tengo que intentarlo. —Ya me estaba levantando y listo para irme.

—¡Nicolae, espera! —Mi padre trató de detenerme—. No hagas locuras, hijo mío.

—Como si alguno de nosotros no hubiera hecho locuras —refunfuñé.

—¿Y si es una trampa?

—¿Peor que la que le hiciste a ella?

—La chica se metió por su cuenta.

—Papá, no estás ayudando. —Ettore intervino.

—De acuerdo. —Dio un paso atrás.

—Dependiendo de lo rápido que se muevan, podrían ser interceptados de camino a Milán, tal vez incluso antes —sugirió Giovane.

—Podríamos tener un plan mejor que ese —intervino Ettore.

—¿Cuál?

—Volaremos a Milán y, con la ayuda de los Sforza, interceptaremos la ruta y nos aseguraremos de detener a los suizos.

—Es un plan mejor. —Mi padre hablaba, pero yo seguía sin escucharle. La necesidad de

encontrar a Ilza era lo único que me impulsaba.

—¿Crees que los Sforza nos ayudarán sin hacer preguntas? —cuestionó Giovane, sin saber exactamente qué esperar de la familia que gobernaba Milán.

—Digamos que tienen una gran deuda con nosotros desde que Marco les devolvió el poder de la ciudad cuando murió Donatella —dijo Theo.

—Entonces, ¡vámonos ya! —Salí del piso a por mis cosas y no esperé mucho a que me siguieran, si Ilza se dirigía a Milán allí iba yo.

No importaba a quién o a qué tuviera que enfrentarme, la tendría de vuelta, aunque solo fuera para mirarme a los ojos y decirme que no me quería.

***

Nada más aterrizar en el aeropuerto, fui el primero en bajar del avión y vi a Andrea Sforza, que iba acompañado de su hermano pequeño y de algunos soldados, que nos miraron con vehemencia hasta que nos acercamos lo suficiente.

—¡Bellucci!

—Sforza. —Extendí la mano para estrechar la suya en un saludo rápido pero amistoso. Necesitaba su ayuda y no quería ser mal recibido.

Aunque mi familia había dominado toda Europa durante años, los *capi* tenían mucha autonomía en sus territorios y cualquier amenaza a eso podría causar algunas tensiones y desacuerdos que ninguno de nosotros deseaba.

—Siento lo que pasó en tu boda. Nadie esperaba que la novia escapara, ¿verdad?

¿Escapar? ¿Es eso realmente de lo que estaban hablando?

Estaba enfadado, pero no necesitaba contar a nuestros aliados lo que había ocurrido realmente ni dejarles pensar en la posibilidad de que hubiera alguna fricción entre la familia Bellucci.

Por mucho que nos sirvieran, eran leales hasta cierto punto. Cualquiera que viera una oportunidad intentaría hundirnos, y esto no era exclusivo de la familia Mancini en tiempos de mi abuelo.

—Espero poder contar con su ayuda.

—Siempre estamos aquí para nuestros aliados.

Tras intercambiar sonrisas y falsa cordialidad, me dirigí al coche que nos habían traído y subí a él en compañía de Thiago y mis otros dos hermanos.

—Que conste que no tenemos que ser cordiales con ellos, ¿verdad? —preguntó Thiago un poco inquieto—. Bueno, invadieron nuestro territorio, robaron una de nuestras joyas...

—Mata a quien quieras, Thiago —respondí—. Pero no toques a Ilza.

—No te preocupes.

—Hermano, ¿de verdad crees que ella no está de su lado? —Giovane se volvió hacia mí, cauteloso, parecía demasiado preocupado por mi reacción ante todo esto.

—Nuestro padre habría tenido razón.

—¿Y tú?

—Estaré bien. —Giré la cara, mirando los altos edificios que destacaban en el horizonte entre las construcciones más antiguas.

No estaba tan seguro de que yo fuera a estar bien, pero había cicatrices en mi cuerpo que se habían curado y no iba a ser diferente con estas.

No nos detuvimos a tomar copas ni en ninguna tertulia amistosa, sino que nos dirigimos a la autopista que atravesaba la ciudad y se dirigía hacia el norte, hacia el resto de Europa, especialmente hacia la frontera con Suiza.

Por muy cerca que estuvieran de nosotros, no solían ser lo bastante valientes para enfrentarnos, al menos hasta ese momento.

—¿Dónde están, Giovane? —pregunté a mi hermano pequeño cuando el coche en el que íbamos se detuvo junto a la carretera, donde había soldados de la Sforza para ayudarnos en función de la gravedad de la situación.

—No puedo monitorearlo como si tuviera en ellos un GPS, todo lo que he hecho hasta ahora es triangular a partir de imágenes de tráfico...

—¿Cuánto tiempo?

—Quince o veinte minutos.

—Entonces esperemos. —Saqué la pistola de mi funda y conté las balas.

Estaba dispuesto a matar a quien hiciera falta, aunque ese no fuera mi trabajo en la mafia. Me habían entrenado para cuidar las cuentas y asegurarme de que nuestro dinero siempre recibía el mejor trato, así como para mantener a la policía alejada de toda sospecha, pero como todo buen Bellucci, me habían preparado para lo peor y podía ganar una pelea si era necesario.

Cuando oí el ruido de un coche, me levanté.

—Ten cuidado, Nicolae —me advirtió Ettore—. La quieres a ella, pero también

queremos que vuelvas a casa sano y salvo.

—No me pasará nada. —Extendí la mano y Giovane me entregó una pequeña granada.

Pulsé un botón en la parte superior para activarla y la lancé al asfalto mientras se acercaba un todoterreno negro con cristales tintados oscuros. En cuanto la rueda se encontró con el objeto, la cámara de goma explotó, lanzando una gran ola de humo y haciendo que el conductor perdiera el control del vehículo. Giró en redondo hasta estrellarse contra un árbol, pero el conductor que iba detrás fue más prudente y se detuvo antes de que fuera demasiado tarde. Empezó a dar marcha atrás, intentando maniobrar para salir del paso, pero yo conseguí ser más rápido y disparé al neumático, obligándole a detenerse.

Un matón abrió la puerta delantera del vehículo que estaba contra el árbol y tuve que alejarme, poniéndome a cubierto en el vehículo blindado en el que íbamos para que no me alcanzaran.

—Deja que yo me ocupe de ellos —se jactó Thiago.

—Ten cuidado con ella —le pedí.

—Voy a ver dónde está. —Giovane sacó un pequeño dron de su bolsillo y lo hizo volar sobre nuestro campo de batalla.

No fue ninguna sorpresa cuando el pequeño objeto fue disparado pronto por uno de los suizos, probablemente se imaginaban que era un arma más y la mayoría de las veces realmente lo era.

—¿Dónde está? —le pregunté a mi hermano.

—No pude verla.

Gruñí.

Solo los quería a todos muertos y a Ilza de vuelta.

Puse la mano en el retrovisor del coche y les disparé. Por desgracia, no eran tan estúpidos como me hubiera gustado y sabían contraatacar muy bien, a pesar de que éramos más en número.

Quería a todos muertos y esta necesidad mía solo me pondría en peligro.

¡Ilza!

Un disparo impactó en el espejo retrovisor, pasó cerca de mi mano y me vi obligado a retroceder para evitar ser disparado, pero el tipo que me había disparado acabó siendo alcanzado por Thiago y cayó muerto. Mi sádico primo estaba disfrutando de la situación, como si fuera un juego para él, pero yo lo único que quería era a la mujer que amaba.

—¿Todo esto es solo por una corona? —oí decir a alguien y me di cuenta de que era Selenio. Fue muy valiente por su parte venir a Italia en persona.

—¿Dónde está ella? —le grité.

—Puedo devolverla si nos dejan pasar.

—Eso no va a ocurrir —respondió Sforza por mí.

—¿Dónde está? —repetí, apretando los dientes, y aunque esa maldita corona era falsa, no me importó.

—Está aquí. —Alguien levantó la mano y vi brillar el metal contra la luz amarillenta del sol.

—Quiero a Ilza. —Apunté a la corona y le disparé, haciendo que algunas de las piedras falsas se hicieran añicos y el metal saliera volando.

—¿Así que todo es por la puta pelirroja?

—¿Dónde está? —Intenté moverme, pero Giovane tiró de mi chaqueta para que no me expusiera.

—Podemos hacer un trato. —Selenio apareció discretamente tras la puerta de uno de los coches.

—No tengo nada en lo que estar de acuerdo contigo.

—Será mejor que te lo pienses. —Hizo un gesto y uno de sus secuaces fue detrás del coche y abrió el maletero.

Mi corazón dejó de latir cuando el bruto levantó a Ilza por el pelo, haciéndola gemir. Tenía los brazos atados y parecía agotada, despeinada e incómoda.

—No creo que traten así a los aliados —refunfuñó Giovane.

Mi padre estaba equivocado, Ilza no estaba de su lado.

—¡Suéltala! —gruñí, exigiendo.

—Entonces será mejor que bajen esas armas.

—No vamos a bajar nada —respondió Thiago sin pestañear.

—¿Qué te parecería verla morir? —Selenio hizo un gesto para que acercaran a Ilza y la agarró, olisqueando su delicado cuello y haciendo que se me revolviera el estómago de asco.

Más le valía a ese imbécil apartar pronto las manos de mi chica o iba a destriparlo.

—Si no la sueltas inmediatamente, me aseguraré de que tu muerte no sea lenta.

—No estás en posición de hacer amenazas, Bellucci. Yo soy el que tiene a la chica. —La

miró bien—. Es muy bonita, por cierto. Debería haberme divertido más con ella antes de enviártela.

Si quería sacarme de mis casillas, lo estaba consiguiendo.

—Nicolae, no caigas en su palabrería. —Ettore intentó devolverme a la racionalidad.

—Es fácil para ti decir, esa de ahí no es tu mujer.

—Nos ocuparemos de ella.

¿Como mi padre se había ocupado?

—¡Ilza!

—Nicolae, no quería que se llevaran la corona —sollozó.

—Está bien.

—No he podido evitarlo.

—Vamos a solucionarlo.

Cuanto más lloraba, peor me ponía y más culpable me sentía. Ella debería haber estado a salvo, no allí.

La miré a los ojos verdes y ella me devolvió la mirada. La vi sonreír brevemente y eso me tranquilizó un poco, pero no duró mucho, porque Ilza pareció conseguir liberarse de las esposas. Yo estaba demasiado lejos para ver lo que le había clavado a Selenio, pero fue suficiente para que apareciera una mancha roja en su ropa clara y empezara a crecer antes de que él se desplomara hacia delante.

Nadie, ni yo ni sus hombres, esperábamos lo que Ilza hizo. En cuanto se giraron para golpearla, tuvimos tiempo de dispararles, porque bajaron la guardia.

Corrí hacia ella, aún escuchando los disparos mientras mi familia y el resto de los Sforza se ocupaban de los secuaces de Selenio.

Le quité el cadáver y la estreché entre mis brazos. Ilza seguía con los ojos muy abiertos y completamente asustada, pero su actitud había sido muy valiente.

—Nicolae... —Su mano temblorosa tocó mi mejilla.

—Aquí estoy, mi amor. —La besé en la frente antes de levantarla y llevarla a un lugar seguro.



Uza

Capítulo cincuenta y siete

En algún momento de mi insensata mente, ir tras Selenio y sus hombres con una pequeña navaja había sido una buena idea. Cuando me encontraron en la estación de Florencia, me capturaron lo más rápido que pudieron, sin siquiera volver a ver la corona.

Me metieron en el maletero de uno de los coches, un lugar oscuro y mal ventilado, dejando claro que ir tras ellos sería mi sentencia de muerte, o algo aún peor. Si solo hubieran querido matarme, lo habrían hecho más rápido.

Cuando sentí que el coche giraba y oí los disparos, nunca imaginé que pudiera ser Nicolae. Pensé que estaba furioso conmigo por lo que había pasado y no creía que yo tuviera la culpa, pero en cuanto mis ojos se cruzaron con los suyos, me armé de valor y utilicé la poca fuerza y habilidad que tenía para liberarme de las esposas y atacar a Selenio.

Él no había sido la única pesadilla de mi vida, pero verlo caer significaba que por fin había podido enfrentarme a ellas.

Cuando Nicolae por fin me tomó en brazos y me acurrucó contra su pecho, volví a sentirme segura. Lo único que quería era estar con él.

Me metió en la parte de atrás del coche y en cuanto arrancó empecé a hablar.

—Vinieron a por mí, querían la corona. No quería renunciar a ella, pero me la arrebataron. Yo...

—Tranquila. Está bien. —Intentó tranquilizarme.

—Se la llevaron y me abandonaron. Fui tras ellos para recuperarla, pero acabé en esa cajuela.

Ensanchó los ojos y pareció sorprendido por lo que le decía.

—¿Quieres decir que fuiste tras ellos para recuperar la corona?

Afirmé con la cabeza.

—Lo siento mucho...

—No lo sientas nada. —Me acercó de nuevo a él—. Esa corona era falsa, mi padre solo te estaba poniendo a prueba.

—¡¿Cómo?!

—Todavía quiero matarlo por eso.

No confiaban en mí... Respiré hondo e intenté tragarme las lágrimas. Era una ladrona, no

debería haber esperado que me trataran de otro modo.

—¿Dónde está tu vestido?

—Era difícil caminar con él. Necesitaba otra ropa.

—Por supuesto. —Nicolae me acarició la mejilla antes de volver a acercarme a él—. Te he fallado.

—¿Por qué dices eso? —Estaba confundido.

—Prometí que estarías a salvo, que nadie volvería a hacerte daño, pero fallé... No pudo haber pasado esto.

—Ya estoy bien. —No quería pensar en otra cosa que no fuera volver a estar en sus brazos.

—Pero...

Le tapé los labios con la punta de los dedos, haciéndolo callar.

—¿Por qué no me besas?

Nicolae sonrió y se inclinó hacia mí, rozando finalmente sus labios con los míos. El contacto de su boca con la mía fue mágico y me dejó tan tranquila y envuelta que pude olvidar que había todo un mundo a nuestro alrededor. El beso, que comenzó con calma, pronto se hizo más urgente y me di cuenta de lo desesperado que estaba. Su lengua dominaba la mía y yo intentaba responder con la misma intensidad mientras me apretaba contra su cuerpo. Ignoré mis músculos doloridos por todo lo que había sufrido ese día y solo quería estar aún más cerca de él.

Alguien resopló, rompiendo nuestra burbuja.

—¿Podrían continuar con esto en Roma? —dijo el hermano menor.

Nicolae apretó los dientes, pero antes de que él pudiera decir algo, me adelanté.

—Sí, podemos.



Nicolae

Capítulo cincuenta y ocho

Yo preveía que nuestra luna de miel no sería en estas condiciones, al menos esperaba que la boda se celebrara cuando estaba previsto, pero cuando la acomodé dormida sobre las sábanas de mi cama me sentí aliviado por el mero hecho de tenerla allí.

Su hermoso rostro estaba magullado por los golpes que había recibido de aquel bastardo y difícilmente podía perdonar a mi padre por lo sucedido, no tenía ninguna necesidad de ponerla a prueba de aquella manera. Al menos eso pensaba ante la pasión que sentía por ella.

Se movió en el colchón y abrió lentamente sus ojos verdes para mirarme.

—Nic...

—Hola, amor.

—¿Dónde estamos? —Parpadeó varias veces hasta que se acostumbró a la luminosidad.

—En casa. Terminaste durmiendo en el avión de vuelta aquí, pero todo está bien ahora.

—Temía que nunca me perdonaras por haber perdido la corona.

—¡Eh! —Le toqué la cara, rodeándola y haciendo que mantuviera la mirada fija en mí—. Ya no tenemos que preocuparnos por la corona ni por los suizos, ¿de acuerdo? Ya no son un problema.

—Al final, me protegiste. —Curvó los labios en una hermosa sonrisa.

—No tanto como me gustaría.

—Ya estamos aquí. —Levantó su mano temblorosa y me tocó la cara.

—Así es. —Giré la cara y le besé el dorso de la mano.

—Nic... —Respiró hondo y yo esperé a lo que diría a continuación—. ¿Aún vas a casarte conmigo?

—Por supuesto. A menos que hayas cambiado de opinión al respecto.

—No. —Asintió—. En absoluto. Realmente quiero estar contigo.

—Te amo, Ilza —susurré las palabras con la mayor certeza del mundo.

—Yo también te amo, Nicolae.

Sorprendiéndome, me giró la cabeza e hizo que nuestros labios se tocaran en un beso. Cuando su lengua se deslizó en mi boca, apoyé una rodilla en el lateral de la cama y me quité los zapatos antes de subirme al colchón.

Tiré de ella hacia el centro, separando su preciosa melena pelirroja y soltó una risita que

me envolvió aún más.

—Puede que no hayamos hecho nuestra boda tan oficial como me hubiera gustado, pero no quiero esperar a la luna de miel.

—No hacía falta esperar. —Me subió las manos por los hombros y me rodeó el cuello con sus delicados brazos.

—Eso era exactamente lo que quería oír. —Besé el moratón de su mejilla y luego bajé la boca, oliendo el aroma de su cuello mientras mordisqueaba la suave piel.

Se le pusieron los pelos de punta y soltó un suave gemido cuando me acerqué al pequeño escote de su blusa.

—¿Te gusta? —Lamí el valle entre sus pechos.

—Sí... —Se estremeció.

Le agarré de la cintura, apretando ligeramente antes de levantar las manos y tirar de la tela por sus brazos, viendo una cicatriz que parecía una herida de bala.

—Ilza...

—Estoy bien. —Se inclinó hacia mí, haciendo que su ropa se deslizara más.

Se había quitado el sujetador y me encantaba ver sus pezones rosados erectos, esperando mi boca. Ilza estaba tan guapa, tan caliente, que mi excitación ya saltaba de mis pantalones y apenas habíamos empezado a tocarnos.

Le chupé un pezón y ella se desparramó en la cama, poniendo los ojos en blanco y hundiendo la cabeza en la suave almohada.

—Nicolae... —gimió mi nombre mientras deslizaba una de mis manos hacia abajo, trazando la línea de su vientre hasta deslizarla dentro de sus pantalones, bajando el elástico de sus bragas para tocar directamente su sexo.

Se retorció aún más mientras mi lengua jugaba con su pezón y mis dedos acariciaban su sexo.

Mordí ligeramente solo para oírla gritar, avivando aún más la erección que rugía en mi interior.

Saqué la mano de su pantalón y le bajé la cremallera. Tiré de él hacia abajo e Ilza levantó las piernas para que pudiera quitárselos por completo, junto con las bragas.

Me miró y vi el deseo que se acumulaba en ese verde esmeralda. Mientras me miraba, ya no mostraba ningún miedo, se sentía completamente segura conmigo, tal y como a mí me

gustaba.

Deslicé la mano bajo su nuca y tiré de su cabeza hacia mí, besándola de nuevo, esta vez con más fuerza. Ilza me agarró de los hombros y sentí sus uñas mientras deslizaba su mano hasta la base de mi espalda para quitarme el polo.

Me aparté justo para que pudiera quitarse la prenda y volví a besarla, sintiendo las puntas de sus pezones frotándome el pecho mientras nos rozábamos.

Mordisqueé su labio inferior, deleitándome con su gemido, y la tumbé de nuevo en la cama mientras me arrodillaba para desabrocharme el cinturón y quitarme los pantalones. En cuanto me quité la ropa interior, mi verga palpitó frenéticamente. Después de la desesperación de perderla, solo quería el mayor contacto posible con ella, pero podía tomármelo con más calma.

Volví a tumbarme encima de ella, con mi boca en la suya. Separé sus muslos, poniendo su pierna alrededor de mi cintura mientras mis labios descendían. Besé cada una de sus pecas hasta que encontré mi cabeza entre sus piernas.

—Nicolae...

—Shhh... —murmuré antes de tocar su sexo con la punta de la lengua y ella se revolvió.

La agarré de la cintura para detener sus movimientos y me llené la boca con su sabor, envolviendo su clítoris y chupándolo hasta que su placer llenó la habitación de sonidos. Estábamos solos y ella podía gritar cuanto quisiera.

Rodeé sus labios con los míos y los rocé con la punta de la lengua, imitando el vaivén que podría estar haciéndole mi pene.

Ilza se inclinó hacia delante y me agarró del pelo, incitándome y demostrando lo mucho que le gustaba tener mi boca allí.

—Te gusta... —Me alejé.

—Continúa. —Tiró de mi cabeza y la chupé y lamí aún más fuerte. Sus gemidos eran mi indicador y parecían cada vez más intensos mientras ella luchaba por retorcerse en mi agarre.

Me di cuenta de que había acabado cuando su grito se hizo más enfático y de repente se desplomó sobre la cama, jadeando, exhausta.

La solté mientras me humedecía los labios, sintiendo más de su sabor en mi boca.

La miré sobre el colchón, jadeante, con los ojos en blanco y la respiración normalizándose poco a poco. No había mejor espectáculo que verla así, completamente rendida al placer que le había dado.

Volví a inclinarme sobre ella e Ilza me rodeó con sus brazos, pegando su cuerpo al mío una vez más. La necesidad que sentía en mi interior palpitaba aún con más fuerza al sentir el roce de su sexo húmedo contra mí. No podía ser paciente mucho más tiempo. Agarré el interior de sus muslos, separándolos, y la penetré más despacio pero con más precisión, sintiendo cómo sus músculos internos se envolvían a mi alrededor mientras la llenaba. Ella se giró, apretándome, y fue mi turno de gemir.

Apoyé sus manos en la cama y me moví, deslizándome dentro y fuera de ella, ganando velocidad con cada movimiento. Ilza me rodeó con los brazos y las piernas, manteniendo su cuerpo pegado al mío.

En medio de nuestra excitación, movió su boca por mi cuello y la acercó a mi oreja, aumentando aún más mi placer mientras practicábamos sexo.

Me deslicé lentamente y penetré con más fuerza, solo para oírla gritar de placer contra mi oído.

Estaba al borde de acabar cuando la saqué y la hice girar sobre la cama, colocándola boca abajo. Sentí su culo mientras penetraba de nuevo su vagina y llené mi mano con su pelo rojo, tirando de su cabeza hacia atrás para poder morder su cuello.

Ilza se agarró a la sábana, apretándola más con cada empujón.

—¿Qué me estás haciendo?

—¿Te duele? —Estaba preocupado, pero no salí de adentro de ella.

—No... —Se estremeció—. Se siente muy bien.

—Eso es exactamente lo que quiero oír. —Le di un buen azote en el trasero que la hizo desperezarse hacia delante y le dejó la ligera marca rojiza de mis dedos.

—¡Ah, Nicolae! —Tiró tan fuerte de la sábana que si hubiera tenido un poco más de fuerza la habría rasgado.

—Eso es... —Le mordisqueé la oreja, apoyando una mano en la cama mientras la otra bajaba para agarrarle la nalga, que ya le había marcado.

Usando mis pies como apoyo, apreté mi cuerpo contra el suyo, sintiendo su redondo culo cada vez que la penetraba profundamente. Tenerla así era maravilloso, sobre todo porque Ilza estaba disfrutando tanto como yo.

—Hay muchas cosas que aún quiero hacerte experimentar. —La agarré por el culo con más fuerza y volví a hacerla gritar de placer.

—¡Nicolae!

Apoyé ambas manos en la cama, para tener más fuerza para moverme contra ella. Podía sentir su placer en la forma alucinante en que me apretaba. No pude resistirme más cuando eyaculé dentro de ella, rindiéndome a los espasmos de mi cuerpo y cediendo a la plenitud de mis sensaciones. Me quedé completamente paralizado, solo sintiendo cómo ella frotaba su culo contra mí y dándome cuenta de que Ilza estaba a punto de llegar también. Luché por continuar y solo me detuve cuando me di cuenta de que ella se había unido a mí.

Saqué unos pañuelos de papel de una caja que había en la mesita de noche y me limpié antes de desplomarme sobre un costado, completamente agotado.

Ilza se acurrucó en mi pecho, recostando la cabeza. Le acaricié el pelo y la besé en la frente. Ninguno de los dos nos atrevimos a decir nada, estábamos agotados pero felices de volver a estar juntos.



Uza

Capítulo cincuenta y nueve

—No sé qué haces aquí, pero es un mal momento.

Me desperté con el tono alterado de Nicolae que parecía llenar el piso. Salí rodando de la cama y tomé una bata que colgaba en el cuarto de baño, ocultando mi desnudez.

Caminé despacio hasta salir al pasillo, donde podía oír la conversación con más claridad.

—Hijo...

—Podría haber muerto, ¿sabes? —El tono de Nicolae era furioso. Aunque no podía verlo, imaginé su ceño fruncido y sus dientes apretados.

—Pero no murió.

—¿Crees que eso justifica todo lo que has hecho?

—Nicolae, mi nieto. —La tercera voz que se unió al diálogo sonaba como la abuela y matriarca de mi familia—. Pronto tendrás tu propia familia y entenderás los sacrificios que tenemos que hacer por los nuestros, aunque les duela.

—¿Por qué no viniste con mamá? Traer a la nona aquí fue un golpe bajo.

—Yo estaba al tanto del plan de tu padre. —aclaró la anciana.

—Claro que lo estabas.

—Cuando Nina se involucró con Vincenzo... —empezó su padre, pero fue interrumpido por una enfática frase de su hijo.

—¡Vincenzo e Ilza son completamente diferentes!

—Puede que no. ¿Crees que solo los hombres trabajan para la Interpol? Hijo mío, tienes el control de una gran parte de nuestro negocio. Nina no sabía nada, pero tú conoces cada proceso y cómo funciona todo nuestro blanqueo. Si esta información cae en las manos equivocadas...

—No voy a decir nada. —Aparecí en la sala, atrayendo la mirada de los tres que estaban allí.

—Ilza —Nicolae murmuró mi nombre.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —me preguntó su padre.

—No mucho. Solo lo suficiente para decir que no trabajo para nadie y no quiero que ninguno de ustedes salga lastimado. Nunca me he sentido mejor que cuando estoy con Nicolae y estoy sola en este mundo. Selenio me amenazó, dijo que me mataría si no le entregaba la corona,

pero yo no quería hacerlo. Si pudiera...

—Ahora todo está bien. —Nicolae se acercó a mí y me rodeó cariñosamente con sus brazos.

—Gracias. —Respiré hondo y le sonreí.

Nicolae se inclinó y me besó en la frente.

—Sentimos por lo que has pasado. —Mi abuela le dedicó una amable sonrisa.

—A partir de ahora serás bienvenida y reconocida como una Bellucci —afirmó el padre.

—Es lo menos que puedo esperar —refunfuñó Nicolae.

—Cariño, ya ha pasado todo. —La abuela trató de aligerar el ambiente—. Esperamos poder empezar una nueva etapa en la boda de mañana.

—¿Mañana? —Me sorprendió.

—Me he ocupado de los invitados y he reorganizado todo para que la ceremonia pueda celebrarse mañana, si así lo deseas.

Nicolae me miró y yo asentí. Luego giró hacia su abuela.

—Ilza necesitará un vestido nuevo.

—Nada que no pueda proporcionar. —La señora sonrió—. No te acuestes muy tarde, mañana temprano mandaré a buscarte para que te prepares.

—La quiero lejos de esa maldita corona —recalcó Nicolae.

—No hay problema.

Nos saludaron y se levantaron, abandonando la sala.

—Lola, cierra la puerta —le dijo al sistema operativo, antes de acercarse a mí y tirar de mí hacia su pecho.

—Sí, Nicolae.

—No puedes estar enfadado con ellos para siempre. —Apoyé la cabeza en su pecho.

—¿Tú estás diciendo eso? —Se dio la vuelta para mirarme.

—Nunca les di ninguna razón para confiar en mí.

—Tampoco para sospechar.

—Soy una ladrona con un gran historial.

—Eras una ladrona. —Me corrigió—. Ahora voy a asegurarme de que tengas todo lo que quieras sin tener que correr más riesgos.

—No tienes que prometer tanto.

—Haría cualquier cosa por ti. —Sus palabras resonaron en la habitación y me estremecieron, poniéndome los pelos de punta y el corazón a mil por hora.

La forma en que Nicolae me amaba me hizo ver un mundo que nunca había imaginado que existiera para mí, donde la felicidad podía ser la única soberana.



Nicolae

Capítulo sesenta

Cuando deslicé el anillo en el delicado dedo de la mano izquierda de Ilza, mirando su rostro que me sonreía, sentí que una sensación de alivio me llenaba el pecho y casi dejé escapar un suspiro. Por fin era mi esposa, una Bellucci como debía ser. A partir de ese momento, era innegablemente de la familia. Nadie, ni siquiera mi padre, se atrevería a actuar contra ella sin atenerse a las consecuencias.

Moví los ojos por el pasillo y lo vi de pie junto a mi madre, que se secaba las lágrimas de la comisura de los ojos con un pañuelo. Ella estaba emocionada, al igual que en la boda de Nina, pero no que en la boda de Ettore, ya que nos había privado de asistir. Tal vez, si me hubiera ido a otro país y casado allá como él, también habría sido más fácil.

Finalmente, ya no importaba, Ilza tenía razón, no tenía por qué seguir enfadado para siempre. No era el único de mi familia que tenía que luchar para estar con la mujer que amaba y dudaba que terminara hasta que todos estuviéramos casados.

La lucha estaba en nuestra familia y la adrenalina en nuestra sangre.

Rodeé la cintura de Ilza con mis brazos y tiré de ella hacia mí, besándola mientras los invitados aplaudían y celebraban nuestra boda.

Salimos de la iglesia tomados de la mano y bañados en arroz.

Un chófer esperaba fuera de la iglesia y abrió la puerta trasera de la limusina para que subiéramos juntos.

Me acomodé en el banco y ella se unió a mí con el voluminoso vestido de novia que mi abuela se había apresurado a arreglar. Pero había vivido lo suficiente para darme cuenta de que Rosimeire Bellucci siempre conseguía todo lo que quería.

Ilza inclinó la cabeza, mirando hacia fuera, y luego se quedó mirando el anillo que llevaba en el dedo antes de girarse hacia mí.

—Es verdad.

—¿Qué cosa? —pregunté sin entender a qué se refería.

—Estamos casados.

—Sí, así es. —Me incliné hacia él y le acaricié la mejilla.

Ilza se acercó y rozó sus labios con los míos, buscando un beso.

Le tiré del pelo, pasándole los dedos hasta despeinárselo. Se inclinó más hacia mí y tomé

su mano entre las mías, colocándola sobre el bulto de mis pantalones.

—¡Nicolae!

—Está bien, nadie lo verá.

Se calmó un poco y la curiosidad la llevó a explorarme. Sus dedos me recorrieron, avivando aún más mi erección que estaba a punto de dejarme palpitante. Me desabroché los pantalones y saqué mi pene de los calzoncillos para que ella pudiera tocarlo directamente.

—Ven aquí... —Tiré de su pelo con más fuerza.

—¿Qué ocurre?

—Póntelo en la boca.

—¡Nicolae!

—No pasa nada. —Le acaricié la mejilla, tratando de tranquilizarla—. Es como hice contigo.

—¿Y el chofer?

—Ni siquiera nos escucha.

Ella se inclinó y yo levanté las caderas para que mi miembro estuviera más cerca de su boca. Temerosa y avergonzada, Ilza me dio un beso y luego me envolvió ligeramente en sus suaves labios.

Tuve que contener un gemido mientras ella me exploraba cada vez con más curiosidad. Cuando sus uñas se clavaron en mi muslo y se inclinó más hacia mí, me di cuenta de que le estaba tomando el truco y estaba perdiendo la vergüenza. Le acaricié el pelo para que siguiera, animándola para que supiera que estaba haciendo lo correcto.

Su boca subía y bajaba por mi miembro con una presión moderada, pero el mero hecho de que fuera ella me llenaba de excitación. Inspiraba y espiraba, tratando de controlarme para poder disfrutar al máximo del momento.

—¡Ilza! —Intenté avisarla, pero ya era demasiado tarde, porque me presionó más y no pude contenerme.

Los ojos de mi dulce esposa se abrieron de par en par, pero no se movió hasta que le solté el pelo y pudo levantar la vista.

Con las mejillas sonrojadas, se limpió un lado de la boca, temiendo que hubiera goteado algo.

—¿Estuvo bien? —Parecía asustada.

—Estuvo espectacular. En cuanto lleguemos a la suite del hotel después de la fiesta, te lo compensaré.

Su sonrisa demostró que había entendido exactamente lo que quería decir.

Unos minutos después, el coche se detuvo y el conductor abrió la puerta trasera, pero Ilza y yo ya nos habíamos recompuesto.

—Estamos aquí, señor.

—Ven, señora Bellucci. —Le tendí la mano.

—Por supuesto, mi marido.

Le besé el dorso de la mano y la conduje al interior del palacio donde habíamos celebrado nuestras bodas durante generaciones.



Nicolae

Epílogo

Unos meses después...

—¡Ilza! —Llamé a la puerta del baño después de despertarme y darme cuenta de que llevaba allí mucho tiempo—. Mi amor, ¿estás enferma?

—No...

—Entonces, ¿qué es?

—Ya salgo...

—De acuerdo. —Me alejé de la puerta y me senté en el borde de la cama.

Podía haberme impacientado por nada, las mujeres eran así, se tomaban su tiempo. Pero cuando estabas de vacaciones en Palermo para un momento a solas, y tu mujer salía corriendo al baño al despertarse, algo iba mal.

Tardó unos minutos en salir, lo que confieso que me impacientó bastante.

—¿Fue algo que comiste ayer? Quizá ese marisco... —Dejé de hablar cuando me mostró un test de embarazo.

—Solo comí algo que me diste tú. —Bromeó.

Me quedé paralizado durante unos segundos mientras asimilaba la noticia. Era obvio que quería un hijo, pero no había planeado que me lo dijera así. Quizá Ilza me hubiera preparado una sorpresa si yo fuera más paciente.

—¿Lo sabías?

—Lo sospechaba, pero esperé a tener un retraso para estar segura.

—¡Ah, mi amor! —Tiré de ella hacia mí y la arrojé sobre la cama, haciéndola reír mientras se acomodaba en las almohadas.

—Tenemos que bajar a desayunar con Perla y Lucca.

—Ellos pueden esperar.

—¡Nicolae!

Cubrí sus labios con los míos y dejó de hablar.

El corazón de alguien siempre es un misterio, pero el mío había sido arrebatado cuando Ilza se cruzó en mi camino por primera vez y esa ladrona nunca me lo devolvió, teniendo mi amor para siempre.

Informazioni sull'autore

Jéssica Macedo, 28 anni, è brasiliana e fa parte della classifica Under 30 di Forbes Brasil, la classifica dei giovani più promettenti del Paese. Vive a Belo Horizonte con il marito, la figlia e tre gatti. Scrive per bambini e adulti, fantasy, avventura, romanticismo e, soprattutto, letteratura hot, un vero fenomeno editoriale tra i lettori.

È una delle autrici più vendute su Amazon in Brasile e in Europa e i suoi libri sono disponibili in sei lingue. Jessica ha iniziato a scrivere all'età di nove anni ed è diventata autrice all'età di 14 anni con l'uscita del suo primo libro, "Vale das Sombras". Con oltre 200 libri pubblicati, è scrittrice, editrice, designer e sceneggiatrice. Ha partecipato all'adattamento di uno dei suoi romanzi, “Eternamente Minha”, in un lungometraggio trasmesso sulla piattaforma Cinebrac. Oggi Jéssica è il nome principale di un team di autrici, in maggioranza donne, che compongono il catalogo del Portale Editoriale Grupo, da lei fondato a partire dalle sue esperienze in altre case editrici.

Scopri gli altri libri dell'autore sui social.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sito web dell'autore Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Leggi anche:



Enlace: https://amzn.eu/d/f6cMamv

Sinopsis:

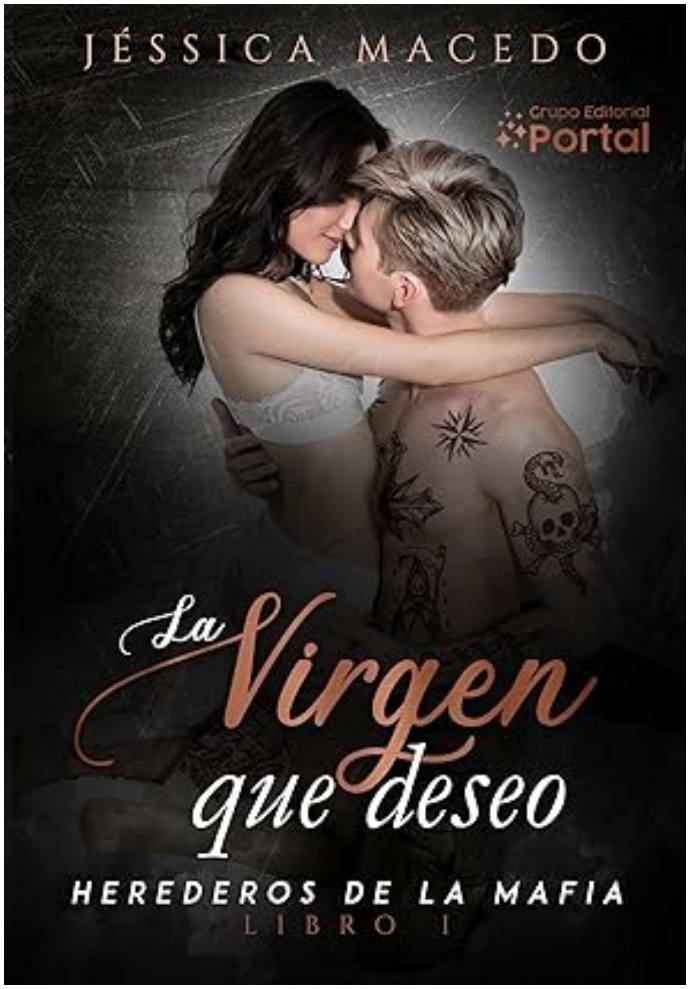
ENEMIES TO LOVERS , DE ENEMIGOS A AMANTES ,

SECUESTRACIÓN, VIRGEN Y MAFIOSO, ROMANTICISMO OSCURO

Pietro Bellucci nació en el corazón de la mafia italiana y fue enviado por el Don al lujo y el caos de Las Vegas tras la destrucción del motoclub que controlaba la ciudad. Decidido a enfrentarse a cualquier amenaza con tal de cumplir su misión de expandir su imperio criminal, Pietro estaba preparado para todo, excepto para la inesperada atracción de una joven indefensa que se cruzó en su camino.

Daniela vio cómo su mundo se ponía patas arriba cuando la separaron de su hermana y acabó en un terrible cautiverio. No esperaba ser rescatada por Pietro y acabar envuelta al peligroso italiano. Atrapada entre el deseo y el miedo, se vio enroscada en un mundo oscuro donde la violencia era la moneda de cambio y la lealtad una cuestión de vida o muerte. A medida que el vínculo entre Pietro y Daniela se intensificaba, tuvieron que navegar por una red de traiciones, enfrentándose a enemigos mortales y secretos devastadores.

Cuando La Santa, una organización enemiga, amenazó con hacerse con el control de Las Vegas, Pietro se vio dividido entre proteger a Daniela y eliminar a sus adversarios. En un mundo donde el poder era la moneda más valiosa, Pietro y Daniela descubrieron que el amor podía ser tanto una debilidad como una fuerza incontrolable.



Enlace: https://amzn.eu/d/3IMOnc2

Sinopsis:

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para

conseguir lo que quiere.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes y comportamientos inapropiados de los personajes.



Enlace: https://amzn.eu/d/cHr2lle

Sinopsis:

Un chico malo implacable.

Una fiscal decidida y firme.

Una bebé adorable que va a sacudir la vida de dos personas completamente opuestas.

River Lansky era un joven peligroso y heredero de la familia criminal más temida de la ciudad. Junto con su hermano, dictaba las normas del crimen organizado.

Deborah Lennox nació en una familia respetada de abogados y decidió seguir la carrera de fiscal, convirtiéndose en un nombre de referencia. Sin embargo, su decisión de apuntar a una familia peligrosa puso en riesgo toda su carrera y su vida.

El subjefe de la mafia de Nueva York tenía una misión: sacar de en medio a una fiscal que se creía una heroína, para que los Lansky pudieran seguir operando sin problemas. Pero había una química explosiva entre ellos, y cedieron fácilmente, lo que resultó en una bebé que se convirtió en el mayor desafío de sus vidas.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

Social network (dall'editore)

Sito web dell'editore: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal